

Mundo Argentino

"—Una infinita piedad llenó mi espíritu, señor juez; en aquella hora aciaga comprendí que mi amor por Leda no había muerto, que su misma caída sólo era la piedra de toque de su vida, que el dolor pasado era el crisol en el que su alma se había purificado."

De la novela corta de ambiente nacional

"En el NOMBRE de la LEY"

De

AUGUSTO ALBERTO CANSTATT

Octubre 18 de 1933

20 centavos en toda la República

RODOLFO CLARO

El ESPEJO de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO



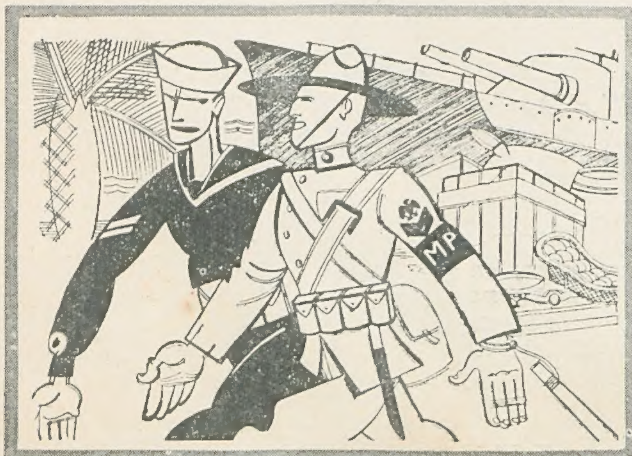
1 LA GUERRA PARAGUAYOBOLIVIANA
Los del A. B. C. P. (retirándose). — Bueno, aquí no hay nada que hacer, por desgracia. Ya terminarán ellos por cansancio.



2 ESPAÑA
¿Esto será un desierto o una sesión de la cámara? (De "Ahora", Madrid)



3 LA SITUACION EUROPEA
Los dos (al unísono). — Mire allá: ¡qué maravilloso espectáculo!
(De "Glasgow Record", Escocia)



4 LA REVOLUCION DE CUBA
Los yanquis. — Esto terminó demasiado pronto. Unos cuantos días más y hubiéramos vendido los nuevos "stocks" americanos.
(De "Le Rire", París)



5 ESTADOS UNIDOS
Queremos avanzar hacia precios más altos, pero...
(De "Daily News", Chicago.)



6 EL CONFLICTO AUSTROALEMAN
El propagandista por radio. — Yo he sufrido las presiones de Dolfuss, y me veo reducido a un esqueleto.
(De "Der Gaetz von Berlichingen", Viena)

El BALANCE de la POLITICA MUNDIAL

(1) Ante la inutilidad de sus esfuerzos pacifistas, los países que integran el A. B. C. P. se han retirado como mediadores, y estas son las horas en que no se vislumbra otra solución del conflicto chaqueño que la que puede desprenderse del mutuo cansancio de los beligerantes.

(2) Que "en todas partes se cuecen habas" lo comprueba esta caricatura española satirizando el obstruccionismo y la indolencia de los representantes del pueblo, que dejan a las Cámaras sin "quórum", del mismo modo que suelen hacerlo nuestros políticos criollos.

(3) Mientras que los estadistas expresan en elocuentes frases su amor al prójimo y un intenso deseo de llegar al desarme total, no dejan de preparar la guerra futura. El dibujante, interpretando esta situación, nos muestra a los cancilleres de Francia y Alemania señalando la fiesta del desarme, al mismo tiempo que colocan una bomba encendida en la embarcación del otro.

(4) En París se ve el desembarco de la marinería de la Unión en Cuba como si se tratara de una empresa comercial, evocando probablemente el sonado asunto de los "stocks americanos" en Francia después de la guerra mundial.

(5) Los círculos conservadores en los Estados Unidos se sienten alarmados ante la intensa campaña de Roosevelt para elevar el nivel de precios y salarios artificialmente, considerándolo un peligroso experimento que requiere una más meditada preparación.

(6) La prensa austríaca rechaza la propaganda de Hitler como falsa y tendenciosa, especialmente la que se vale de la radiotelefonía para impresionar a la opinión pública a favor de las doctrinas nazis, esto es, del fascismo alemán.



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES



EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RÍO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXIII — BUENOS AIRES, 18 DE OCTUBRE DE 1933 — Nº 1187

¿Ha fracasado el internacionalismo?

Por TEODORO RUYSSEN

(Secretario general de la Federación Internacional de la Sociedad de la Liga de las Naciones y vicepresidente del Comité Informativo del Desarme y la Economía.)

EL descorazonador y lento avance de la Conferencia del Desarme y el posiblemente temporario pero impresivo fracaso de la Conferencia Económica y Monetaria Mundial, ha influído para que no pocas personas duden acerca de la conveniencia de aplicar las presentes dificultades políticas a términos internacionalistas. Este indicio de pesimismo fué notable, especialmente en los más autorizados periódicos de Italia, después de la sesión de la Conferencia de Londres. A fin de cuentas, fué Italia quien planeó el Pacto de las Cuatro Potencias, lanzado, sin duda, con el propósito de librar a los principales problemas europeos de la confusión que provocó un excesivo número de conferencias, y poder así retornar a los métodos de la antigua diplomacia, más simples y expeditivos.

Si en realidad está demostrada la impotencia de los procedimientos internacionales en gran escala, lógicamente habrá de ser la Liga de las Naciones quien sufra más, ya que ella representa la más atrevida acción ejecutada hasta ahora por el hombre para lograr la organización de los principales intereses de la humanidad sobre bases comunes. Algunos estados de importancia — los Estados Unidos y la Rusia del Soviet — se han mantenido alejados de esa sociedad, en tanto otros, como el Brasil y Japón, se han retirado, bien que la mayor parte de ellos han prestado su cooperación a la Liga en lo que respecta a sus puntos promordiales, el desarme y la reorganización económica del mundo.

Por consiguiente, basándonos en una crítica sistemática, todo parece condenar la organización de Ginebra y sus métodos: parlamentarismo exagerado; la estéril repartición de tareas entre comisiones, comités y subcomités; la inútil cintilla roja con que se atan los legajos; la esterilidad de una conversación que parece empeñada en concentrarse sobre detalles de menor importancia y evitar los problemas de mayor importancia.

¡Palabras, palabras, palabras!... ¡Carencia de acción y de resultados!

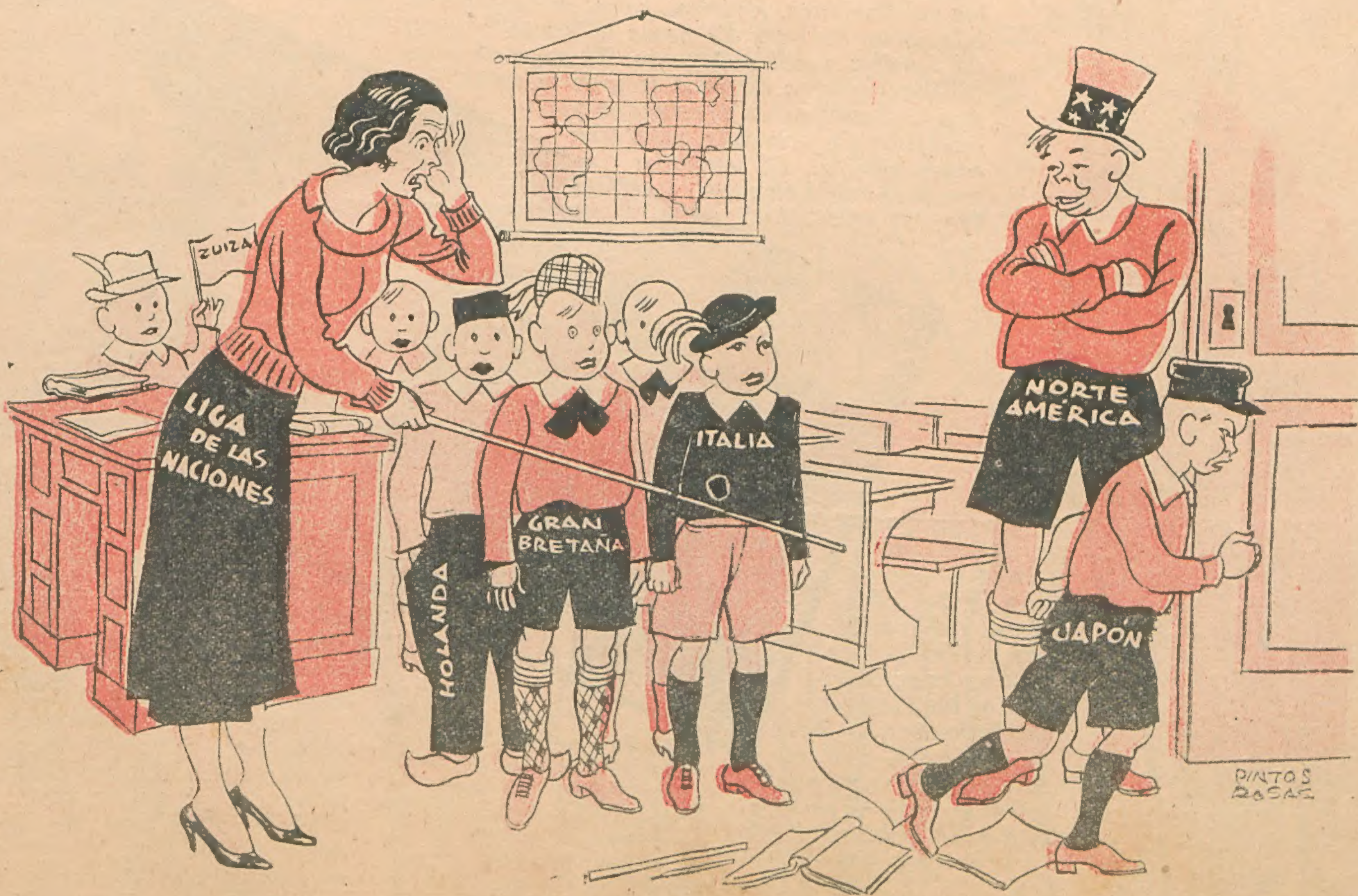
Que estos síntomas existen es evidente. Pero quienes llegan a la conclusión de que el experimento del internacionalismo es, por tal motivo, un fracaso probado, no advierten — si es que se nos permite considerar sus opiniones como genuinas — que el fenómeno político que ellos toman por causas son, en realidad, los efectos.

Y pasemos a la explicación del tal aserto. Si estos críticos, en lugar de dejarse sugestionar por los sucesos más recientes en la vida internacional, la considerasen como un total desde el fin de la guerra, advertirían que las conferencias y las asambleas no están sentenciadas a fracasar por sus miras internacionalistas, ya que algunas de ellas han sido realizadas en condiciones muy satisfactorias.

En 1924, el Quinto Congreso de la Liga triunfó al establecer en cinco semanas el protocolo para el surgimiento de las discusiones internacionales, que constituyó un monumento de legalidad tan perfecto, que de haber sido ratificado y puesto en vigor, casi puede decirse, que habría anulado toda posibilidad de guerra. Sin embargo, hubo de ser encarpetado, ya que el Gabinete Laborista Británico, que había tomado parte activa en su redacción, se vió obligado a hacer abandono del poder por motivos puramente internos, siendo sucedido por un gobierno conservador, que bien pronto repudió el trabajo de su predecesor. En 1927 tuvo lugar en Ginebra la Conferencia Económica Mundial. Tras correctos preparativos hechos por los cuerpos técnicos de la Liga, la conferencia llegó, después de seis semanas de bien llevadas deliberaciones, a la pronunciación de específicas y sistemáticas recomendaciones, que podrían haber salvado al mundo del caos económico. Internacionalmente, la conferencia constituyó un éxito brillante; pero en lo que al plano nacionalista se refiere, los gobiernos retornaron aceleradamente a su peor tendencia — la tendencia a seguir la línea de la resistencia mínima. — Cedieron ante la presión directa de intereses agrícolas e industraliales, que demandaban protección a fin de poder capear la depresión sin sufrir mayores pérdidas. Abandonaron, así, el cooperativismo internacional que tarde o temprano habrían constituído una salvaguardia de esos mismos intereses.

Como se ve, por estos dos casos, no fueron los métodos internacio-

(Continúa en la página 19)



LA MAESTRA. — *No podrá haber paz si todos no se quedan en la clase.*

¡SE FUNDE

La exclamación espeluznante y cierta que hace temblar a 16 mil jubilados

La caja se funde!... La ley 4.349 no es una ley de previsión social. Es una ley de especulación burocrática. Y como es comprensible: toda especulación tiene un límite. "Donde se saca y no se pon — dice un proverbio castellano, — pronto se acaba el montón." Es lo que ha empezado a suceder con la Caja Nacional de Jubilaciones y Pensiones Civiles.

—*Al término del mes de diciembre* — me decía el actual presidente, doctor Santillán, — *el atraso será por lo menos de seis meses. El déficit mensual que pasa de un millón de pesos, irá aumentando en proporción a las nuevas jubilaciones que se otorguen...*

Se explica. Los aportes que ingresan a la caja, con sus intereses capitalizados, se extinguen en la mayoría de los casos antes de los veinte meses de concedido el beneficio. Los jubilados que han constituído un capital ínfimo, perciben en proporción una renta opípara. Demuestra una estadística reciente de la Cámara de Diputados que sería necesario, en el caso de la Caja de Jubilaciones Ferroviarias, que cada afiliado contribuya con el 29 por ciento de sus haberes mensuales, para que la institución — que es una de las mejor organizadas del país — pudiera subsistir.

—*El actual régimen jubilatorio, como usted sabe* — agregaba el presidente de la caja, — *no establece límite para el monto de las jubilaciones. Existen, pues, al lado de jubilaciones de 20 y 30 pesos mensuales, otras de 3 mil a 3 mil 400 pesos. El pago de estas últimas insume en poco tiempo la totalidad de los aportes efectuados por el beneficiario con sus intereses capitalizados. El cálculo que acabo de hacer sobre lo percibido por 21 jubilados hasta la fecha, asciende a 4 millones 312 mil pesos, y el capital constituído por ellos en la caja, inclusive los intereses capitalizados, no llega a los 836 mil pesos. Agréguese que, sobre la base de un promedio de vida calculado en sesenta y cinco años, todavía tendrá que pagárseles 4 millones 800 mil pesos, y se tendrá una idea aproximada de las dificultades con que tropieza la caja para subsistir dentro del régimen actual.*

Son cifras irreplicables. Recibir 800 mil pesos para devolver ocho millones, es un negocio pampa. La ley 4.349 parece una ley financiada por astrónomos. O por pequeros...

Hace ya tiempo que los poderes públicos de la Nación y de las provincias han lanzado su voz de alarma. Es un proceso insidioso y lento, que debió pronosticarse mucho antes,



¡Esperar! Ir todos los días a ver si se cobra. He ahí el trabajo actual de los jubilados. Amargo trabajo que no sospecharon cuando, tras años y años de trabajo, se acogieron a una ley de protección social.

CAJA NACIONAL DE JUBILACIONES Y PENSIONES CIVILES

Jubilados de la ley 4349 existentes al 31 de marzo de 1933, clasificados por su haber mensual.

Haber mensual	Nº	Importe total
Hasta $ 100	890	76.698.95
De $ 100 a „ 200	3.186	492.795.47
„ „ 200 „ „ 300	2.382	599.864.55
„ „ 300 „ „ 400	1.530	484.235.28
„ „ 400 „ „ 500	630	288.539.58
„ „ 500 „ „ 600	388	213.157.12
„ „ 600 „ „ 700	345	224.660.66
„ „ 700 „ „ 800	232	174.025.46
„ „ 800 „ „ 900	136	115.481.17
„ „ 900 „ „ 1.000	174	172.022.12
„ „ 1.000 „ „ 1.500	224	266.499.44
„ „ 1.500 „ „ 2.000	88	157.834.25
De más de „ 2.000	26	67.362.67
	10.231	3.333.086.72



Hay también argentinos que han sido obligados a acogerse a la jubilación, como el doctor Calixto Oyuela, de tan larga y brillante tradición en la cátedra universitaria, pues la ley 4349 también le ha servido al gobierno para hacer vacantes.



¡La caja se funde!... Es la exclamación de orden entre los jubilados, que están viviendo horas de tremenda zozobra, pues el Congreso ha clausurado el período de sesiones ordinarias sin proporcionar el alivio que todos esperaban ansiosamente.

LA CAJA!...

Es lo que aquí traduce
BENIGNO HERRERO ALMADA



El empleado explica, con gesto lleno de expresión lo que ya todo el mundo sabe: que no hay un centavo.

Cuando el Estado es dadivoso, como acontece entre nosotros, la jubilación es una conquista fascinante. Ningún empleado, por sobrio que fuera ahorrando sobre sus sueldos, podría conseguir una renta comparable a una jubilación de tipo medio. Por eso en otra época los padres previsores empezaban a gestionarles a sus hijos un empleo del gobierno, cuando salían de sexto grado. La carrera administrativa fué siempre una gran carrera. Los criollos somos presupuestívoros por temperamento, y aprovechadores por vocación.

sin embargo. Ahora reviste las proporciones de una catástrofe, difícil de contener sin el concurso de esa cirugía heroica que, para el caso, consistiría en la brusca amputación de los abultados beneficios que la jubilación aseguraba.

Pero es el caso que "el potrillo ya no da para botas". La descapitalización de la caja es un hecho. Hay diez y seis mil personas — entre jubilados y pensionados — que no saben cómo y cuándo cobrarán. Los jubilados, en su mayoría, se resisten a creer. No quieren hacerse cargo de las cifras.

El año 1923 las erogaciones de la caja apenas pasaron de 23 millones 500 mil pesos. Y el año último estas erogaciones se elevaron a 52 millones de pesos. Ha habido años como los de 1928 y 1929, durante los cuales el déficit anual llegó a 8 millones y medio de pesos en números redondos.

Es una hemorragia difícil de soportar. Si el Estado pudiera acudir con sus recursos a reponer los que se agotan, no habría problema. Pero ¡ni eso!...

Desde el año 1931 la caja de jubilaciones ya no cobra las vacantes, como sucedía anteriormente. Dos años antes — en 1929 — ese solo rubro había significado un ingreso de más de 6 millones de pesos. Y en 1930 pasó de golpe los 12 millones. Era la época en que las vacantes de la administración se mantenían indefinidamente. Después el gobierno provisional, por razones de economía, las suprimió del presupuesto. Y aquel ingreso se redujo a una cifra ínfima: un millón veintiséis mil pesos en 1932...

Todos hemos oído decir alguna vez que *los que se jubilan se mueren*. Es una de las tantas añagazas que nos vienen de Europa, donde

(Continúa en la página 23)



Entre las más alta jubilaciones que costea la caja figura la del señor Carlos J. Botto, ex director del Banco de la Nación que inició su brillante carrera bancaria desde los puestos ínfimos, y cuya jubilación dentro del régimen de los bancos particulares se habría reducido a mil cincuenta pesos, en lugar de los tres mil cuatrocientos que por la jubilación nacional le corresponden.



También es jubilado el actual intendente municipal, doctor Mariano de Vedia y Mitre, que cumplió el término exigido por la ley 4349 mientras desempeñaba sus funciones de camarista.



El ex ministro de J. e I. P., doctor José Santos Salinas, fallecido recientemente, cumplió el período jubilatorio en momentos en que desempeñaba aquella cartera, bajo el primer gobierno del señor Yrigoyen, quien consideró siempre como una irreverencia para el principio por él enunciado—"del gobierno a casa"—la circunstancia de que el ex inspector de escuelas de Jujuy se acogiera a los beneficios de la ley 4349 antes de abandonar las bien remuneradas funciones ministeriales.



Hombre de larga y laboriosa vida pública, el senador nacional doctor José Nicolás Matienzo, a pesar de haberse acogido a los beneficios de la jubilación como procurador general de la Nación, y de ser asimismo jubilado en el orden municipal y provincial, sigue prestando desde el parlamento argentino sus abnegados servicios al Estado.



No todos conocen el verdadero secreto de la dicha, ni siquiera saben que para ser feliz hay que ser un buen...

¡Comediante!

...frente a todas las pruebas del destino.



CUENTO
POR
GERARDO R. ACUÑA

QUÉ te ocurre, Márgara?

—Nada. ¿Qué ha de ocurrirme?

—Tú me ocultas algo. ¿Te sientes mal? ¿Tienes alguna pena? ¿Algún resentimiento hacia mí?

—Te repito que no tengo nada, Augusto. Quizá un poco de abulia; nada más.

Era en vano que él quisiera arrancarle el secreto de aquel malestar extemporáneo, siendo que siempre se había mostrado saltarina y alegre como un pajarillo; pero Márgara, cerrada en su negativa, respondía con medias palabras o vaguedades, denotando por lo mismo que algo le ocurría. Entonces Augusto apeló al eterno recurso.

—¿Necesitas dinero? Dilo francamente.

A este ofrecimiento espontáneo, sincero, de su marido, Márgara pareció animarse. Y le respondió:

—¡Augusto! Eres muy bueno; pero yo no debo abusar de tu bondad.

—No te disculpes, querida. ¿Necesitas dinero?

—¡Qué pregunta! Bien sabes que el dinero lo es todo en la vida; que sin él no hay alegría ni paz.

—¿Quieres acabar, Márgara? ¿Cuánto quieres?

—Pues...

Dudó Márgara un instante antes de responder. Entornó los ojos, se mordió los labios y, por fin, revolviéndose en su asiento, habló:

—Ante todo perdóname, Augusto. Soy una derrochadora, una incorregible. Acaso yo llegue a ser la causa de tu ruina, y entonces tú tengas que maldecirme.

—No continúes con excusas, Márgara, que acabarás por hacerme enojar..., por obligarme a pensar mal de ti, que sería todavía peor.

—¡Oh, eso no, Augusto! — saltó ella. — Soy una derrochadora, una caprichosa, una inconsciente; pero nada más.

—¿Cuánto quieres? — volvió a preguntar.

—Pues... lo que puedas; lo que quieras.

Extrajo Augusto Zurmarán la cartera del bolsillo y de ella dos billetes de cien pesos, que se los dejó caer en la falda. Márgara los recogió en silencio, e hizo un rollito con ellos. Posiblemente realizó esto sin darse cuenta de lo que hacía, por un impulso mecánico e irreflexivo. Luego dijo como con miedo:

—Discúlpame el atrevimiento, Augusto; pero... ¿no podrías darme otros cien? Con ellos resolvería todas mis pequeñas trampas.

Accedió Augusto a aquel pedido, y volvió a dejar caer sobre su falda un nuevo billete de cien pesos, que ella recogió con un movimiento maquinal, mientras sus ojos brillaban de alegría. Contemplóla él un momento frunciendo el entrecejo, y dijo:

—¿Vas a salir?

—Sí — repuso ella prestamente. — ¡Como para no salir teniendo tanto dinero para gastar! Iré a ver a la modista, luego a la zapatería, después al peluquero...

—No me digas nada, que me ofendes. Ya sabes que yo no te pido cuentas de lo que haces o dejas de hacer. Si por ahora no soy tan espléndido contigo como quisiera, procuro al menos satisfacer todos tus pequeños caprichos. Más adelante, si mis asuntos van mejor, entonces será otra cosa.

Márgara se levantó:

—Lo que no quisiera, Augusto, es que tú pudieras tener un mal pensamiento de mí.

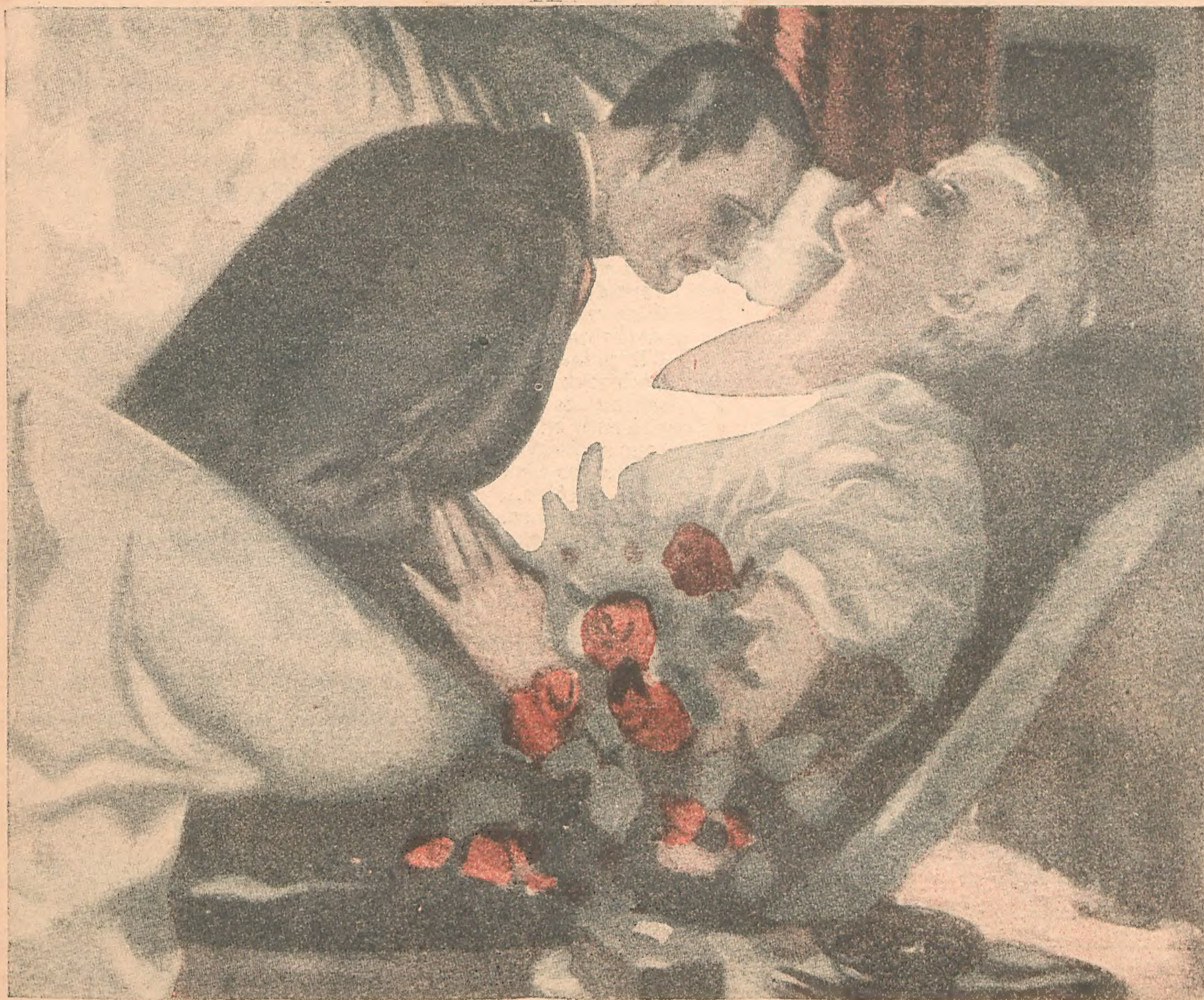
—¡Dios me libre de ello! Sería ofenderme a mí mismo.

Cuando Márgara se retiró a sus habitaciones para vestirse y salir, Augusto Zurmarán permaneció en su despacho, apoyado contra un ventanal, meditando sobre la escena que acababa de tener con su mujercita. A pesar suyo, Márgara se le antojaba una chiquilla inconsciente, caprichosa, que no sabía valorar el dinero. ¡Esto era lo peor! Pero ella no tenía la culpa, sino su madre, que no había sabido inculcarle los más elementales principios de economía doméstica. Pero aparte de esto, lo que con frecuencia le preocupaba era su aire sombrío y meditabundo de ciertos momentos; de esos momentos en que sin duda le venían a la mente recuerdos amargos, o... Al llegar a este punto, Augusto se sobrecogió. ¿Era posible que él, que tenía una ciega confianza en su mujercita, pudiera suponerla tan canalla, que no conforme con echar un borrón sobre su apellido y una sombra su felicidad, llegara aun más lejos, a mantener a un villano con su dinero?

"¡No puede ser! — se dijo nervioso, irascible. — Soy un infame al pensar así de ella, ¡La ofendo! ¡Me ofendo a mí mismo! Márgara sería incapaz de una villanía semejante. Lo más que podría hacer sería..."

Sus ojos se iluminaron rápidamente:

"Sí, sí; eso debe ser — siguió diciéndose. — Ese dinero que me saca no lo derrocha ella, como dice, ni siquiera lo gasta. Ya me figuro adónde va a parar ese dinero. A manos de su madre. ¡Está claro! ¡Clarísimo como el agua! La buena señora, con zalemas y lloriqueos, no debe hacer otra cosa que desplumar a sus hijas casadas para que su hijo Sempronio, el soltero, la joya de la casa, pueda seguir haciendo su vida de gandul de siempre. ¡Sí, sí; esto debe ser! Después de todo, más vale que sea esto."



—*No me digas nada, que me ofendes. Ya sabes que yo no te pido cuentas de lo que haces o dejas de hacer.*

Miró un momento hacia la calle por entre los visillos del ventanal y vió accidentalmente cómo una mujer, después de mirar recelosa hacia todos lados, como para cerciorarse de que no era espiada por alguien, se metía en una casa de la acera de enfrente: una casa de departamentos, algunos de los cuales — bien lo sabía él — eran alquilados por hombres solos para recibir en ellos a sus conquistas.

Aquella mujer no podía ser otra cosa que una desleal, una infame, que burlando la confianza de su marido, y acaso de sus hijos, acudía a una cita de un mal hombre que ni siquiera sentía un ápice de respeto para los angelitos, que verían entrar y salir a su madre con una sonrisa y un beso en los labios, sin pensar que aquella mujer, tan sagrada para ellos, no hacía más que deshonrarlos.

Esta meditación volvió a despertar la duda en su espíritu. ¿Y si su Márgara querida, al salir de su casa, con "su" dinero en la cartera, concurría a otra casa y entraba en ella subrepticiamente, lo mismo que esa otra mujer que había visto hacía un momento por entre los visillos? En el maremagnum de sus meditaciones le vinieron a las mientes unas palabras de ella: "Lo que no quisiera, Augusto, es que tú pudieras tener un mal pensamiento de mí." ¿Por qué le habría dicho ella eso? ¿Es que procedía con deslealtad? Sí; debía ser eso, porque, fatalmente, sin darse cuenta de ello, todos los delincuentes caen en el grave error de hacer referencias a sus delitos.

"¡Me engaña! ¡Me engaña! — volvió a decirse. Y sintió que se le crispaban los dedos. — ¡Ah! Que Dios haga que esto no sea verdad, porque entonces..., ¡entonces no la perdonaría! Podría perdonárselo todo: una bofetada, un insulto, una calumnia, pero jamás una afrenta a mi honor. ¡La ahogaría! ¡La arrojaría a la calle!"

Nervioso, intranquilo, empezó a pasearse de un extremo al otro del despacho. Se sentía furioso contra Dios. ¿Por qué Dios, que es tan bueno, que lo había ayudado en todas sus cosas, ahora lo sometía a un tormento semejante? Si bien en sus momentos de apuro invocó a Dios suplicándole su mediación, en ese momento, frente al peor de los males, se arrepintió de haber "explotado" la generosidad del Sumo Hacedor para resolver pequeños o estúpidos problemas mercantiles o sentimentales. ¿Y si ocurría que ahora Dios, lejos de prestarle ayuda, lo hundía más en aquel tembladeral en que había caído? Se le ocurrió, y nunca con más cordura, por supuesto, que el cielo le había dado una varita de virtudes a la que sólo podía pedir tres favores; y que él, a pesar de su talento y su conciencia, había procedido como el inexperto del cuento: que había aprovechado los tres dones de la varita sin ningún beneficio verdadero, y que cuando necesitó uno, el más vital, el más positivo, ya la varita carecía de virtud.

Cuando, poco después, Márgara se asomó a la puerta del despacho para despedirse de él hasta su regreso, Augusto, como un verdadero comediante, supo enmascarar sus angustias con un gesto de buen humor, de felicidad, de confianza:

—¡Hasta luego, querida! ¡Que te vaya bien!

En cuanto quedó solo, Augusto Zurmarán tuvo una inspiración. La de aprovechar aquella ausencia de su mujer para hurgar en su habitación. Aferrado a este propósito, corrió a ella y se encerró con llave por dentro, para evitar que la sirvienta pudiera sorprenderlo en aquel tan poco honroso menester.

Estaba tan poseído por la duda que, como un vesánico, empezó a arrojar todo al suelo revolviendo cajones y revisando objetos. Su rostro aparecía terriblemente congestionado: como si hubiera afluído a él toda la sangre de sus venas.

Mucho trabajo le costó forzar la cerradura del secreter, pero al fin lo consiguió. Allí, en un cajón muy bien disimulado, halló un puñado de cartas.

Al tomarlas, sus manos parecieron abrasarse al contacto del papel. Aquellas cartas parecían impregnadas de un fuego infernal. Temblando de miedo y de odio, desdobló una de ellas. La letra era de hombre y la firma, al pie, un signo. Esto le indignó aun más. ¿Sería tan cobarde aquel hombre que no se atrevía a afrontar la responsabilidad de la afrenta firmando las cartas con su nombre? ¿Y era ella, su Márgara, tan infame que fuese capaz de serle desleal para corresponder a un hombre que no tenía la valentía de jugárselo todo..., el porvenir, la felicidad, y hasta la vida, como se lo jugaba ella?

Pero no eran esos momentos muy oportunos para dedicarse a hacer reflexiones. Con la carta extendida ante sus ojos, Augusto Zurmarán se dispuso a leerla, y lo hizo de un tirón, sin vacilar, sin fruncir un solo músculo del rostro. La carta, la última carta de él, a juzgar por la fecha, ya que ostentaba la de la víspera, decía lo siguiente:

"Márgara: sólo te falta un plazo para saldar el precio de mi silencio: son trescientos pesos. En cuanto los reciba quedarás libre; libre por completo. Te devolveré tus cartas y podrás vivir tranquila al lado de tu marido, sin que la más leve sombra turbe tu felicidad. Si por un momento ha anidado en tu corazón la duda de que no cumpliré esta palabra que te he dado, con ella me has ofendido profundamente, porque soy un esclavo de mis juramentos. Es verdad que soy un hombre sin honor, un tahur, un malvado, pero también tengo mis arrestos de hombría de bien.

"Cometí contigo la mala acción de expoliarte, como si tú, en lugar de ser una pobre mujer desventurada, rendida a mí por la fatalidad, sólo fueras una mujerzuela; pero yo no tengo la culpa de ello, Márgara, sino mi destino, que

(Continúa en la página 9)

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR


Ercilia M. Brunella, que acaba de contraer enlace con Juan Carlos Ozarán.
Foto Pérez.

EN LA ACTUALIDAD hay mucha liberalidad para hacer las cosas; así que ya que se les presenta ese inconveniente, haga las participaciones de ambos como ha pensado. Que sean ustedes muy felices.

Contestando a "Esteban B. Barranqueras", de Chaco.

● ●

1º **CUANDO EL CASAMIENTO** es con música de esponsales, la novia debe llevar en la mano un rosario o un libro de misa.

2º No se acostumbra actualmente recibir el saludo de las amigas en la iglesia después de la ceremonia.

Contestando a "Ingenua", de Ascochinga".

● ●

PRESENTE USTED el candidato a su papá y que él mismo le haga el pedido. Su padre debe insinuarle algunas referencias, pero yo creo que no habrá necesidad de ello, pues seguramente el joven se las dará a satisfacción, ya que, según me dice, se trata de una persona de excelentes condiciones. Antes de la entrevista converse con su festejante sobre estas cosas; así el momento no resulta violento para nadie. Es mejor en este caso suprimir el intermediario, desde el momento que la persona que desempeñaría ese papel tampoco es amiga de su familia. Espero quede satisfecha.

Contestando a "Anankée".

AUNQUE ESTE de luto riguroso, puede el día de su boda vestir el traje blanco.

Contestando a "Chiquita", de Junín.

● ●

LOS PADRES del novio concurrirán a su casa el día fijado para el compromiso a fin de pedir su mano. Usted aparece en escena una vez llenado este requisito, y entonces la misma persona que solicitó su mano, entrega a los que se comprometen los anillos. La felicito de todo corazón y deseo que no termine su felicidad.

Contestando a "Novia de primavera", de Mercedes (San Luis).

● ●

TRATE DE BUSCAR ahora una oportunidad para una entrevista, y entonces le explica y aclara todas las dudas. Cuando ocurren estas cosas, los interesados deben entenderse por sí solos y hablar con toda franqueza.

No demore. Agradezco sus elogiosos conceptos y le deseo buena suerte en su empresa.

Contestando a "Admirer of Nenúfar", de Bragado.

● ●

EL DIA que le corresponde a usted visitar a su novia, ella no debe ir a ninguna parte si no es en su compañía. Por otra parte, sabiendo que causas muy justificadas le impiden a usted asistir a esa fiesta, no veo qué puede interesarle a esa señorita concurrir a ella. Tendré el mayor gusto en recibir su colaboración.

Contestando a "Néstor", de Córdoba.

El amor no es más que un episodio en la vida de los hombres; es la historia entera de la vida de las mujeres.

Mme. STAEL.

¿ESTA SEGURA de que las ofensas telefónicas provenían de la misma persona que después le habló seriamente? En ese caso, hay que desconfiar de las intenciones de dicho individuo, y le conviene mantenerse en la misma actitud que hasta ahora.

Contestando a "Totita", de Santa Fe.

● ●

SU CONSULTA no puedo contestarla en esta sección. Diríjase a un médico; él será quien podrá darle toda clase de explicaciones a ese respecto.

Contestando a "Un afligido", de Tucumán.

● ●

¿LA ÑATITA no lo acepta? No persista en su intento, y si aún ama a su antigua noviecita, vuelva a ella, ya que sabe que lo espera. En caso contrario, viva otro poco su juventud libre de preocupaciones, porque me parece que actualmente usted todavía no sabe a quién quiere realmente.

Contestando a "Morochito que sufre", de Tosquita.

● ●

LA DECLARACION que haga a su simpática amiga, no podrá ofenderla. En caso de que no sea usted el candidato soñado, le contestará con una negativa, y nada más.

Contestando a "Morocho", de Pellegrini.

● ●

SI HA TERMINADO sus relaciones con ese joven, no tiene por qué felicitarlo el día de su cumpleaños.

Contestando a "Rubia encantadora", de S. Fe.

Milagrosa Primavera

(COLABORACION)

¡Llegó la primavera
portadora de gracias,
de sutiles encantos,
de doradas quimeras!
¡Llegó la primavera!
¡Lo proclaman las flores
y lo cantan las aves
en sus tiernas endechas!
Y aunque no hubiera flores,
ni brotaran las plantas,
a su sabio conjuro,
yo lo mismo supiera.
Porque el alma que siente
cómo inunda de gracia
este aliento tan tibio
que la llena de sueños
y de suave inquietud,
la presiente, la acecha...
Y mi espíritu lleno
de tormentos extraños,
de fantásticos sueños,
de pueriles deseos,
de ilusiones sublimes,
ha sentido, muy leve,
su deseada caricia,
y ha lanzado este grito:
¡Primavera bendita!
¡Primavera hechicera!

Por EMREH

OLVIDE el "romántico incidente". Tenga seguro que su desconocida novia ha puesto punto final a la comedia, y quién sabe si algún hermoso retoño no le absorbe ahora todos los instantes y le ha hecho cambiar el giro de sus pensamientos. No espere.

Contestando a "Negrito adorado", de Capital.

● ●

PUEDE IR a recibirlo a la estación, pero acompañada de sus padres, y a éstos les corresponde invitar al joven a ir a su casa.

Contestando a "Pirucha", de Marcos Juárez.

● ●

SUS PADRES proceden con toda corrección, y tienen razón de hacerlo, porque son aún muy recientes esas relaciones.

Si ese joven está bien intencionado, no puede ofenderse por su seriedad ni porque obedezca a los que velan por su felicidad.

Contestando a "Chica seria de 19 años", de Junín.

● ●

YA HA HECHO usted todo lo que debía. Es mejor que vaya poco a poco perdiendo sus esperanzas, pues creo que el ingrato no volverá. ¿Qué puede esperar de ese hombre que se alejó como un cobarde y no contestó a su pedido? Trate de no pensar más en él.

Contestando a "María Elisa", de capital.

El amor hace al hombre joven, poeta; al maduro, filósofo, y al viejo, banquero...

AL HOMBRE le corresponde manifestar a la chica que festeja su deseo de visitarla en su casa y hablar con los padres al respecto.

No hay tiempo determinado para estas cosas, pero cuando guían buenas intenciones, puede pedirse en seguida que se ha tratado a la chica.

Contestando a "Un lector", de Bartolomé Mitre.

● ●

1º **CUANDO VEA** a su novio, le agradece personalmente la gentileza que tuvo al dedicarle esa poesía.

2º Si el joven no tiene padres o parientes cercanos, puede hacer que un íntimo amigo solicite la mano de su novia.

Contestando a "Lirio del valle", Alicia.

¡PUEDEN ESPERAR, ya lo creo! Cuando se ama se espera con fe y optimismo. No doy opiniones sobre las poesías que se me envían; lo único que puedo decirle con respecto a la suya, es que no se publicar; lo lamento.

Contestando a "Lita", de Mendoza.

● ●


Sofía Nazar Basualdo, cuyo enlace con Roberto Caravias Vera ha tenido lugar recientemente.
Foto Pérez.

PON EN EL AMOR TODA TU ESPERANZA

1º **DEBE LLEVAR** guantes blancos.
2º El collar puede ser blanco o celeste.
Deseo que la dicha la acompañe en su nueva vida.

Contestando a "Novia feliz", de Conhello.

1º **AUNQUE ESTÉ** de luto riguroso, lo mismo debe enviar a sus relaciones las participaciones del enlace.
2º El casamiento debe realizarse en la mayor intimidad.

Contestando a "Enlutado", de Buena Vista.

LAS PARTICIPACIONES de su enlace tienen que ser encabezadas con el nombre de su mamá; no debe hacerlo en la forma que usted me indica. Reciba mis votos de felicidad.

Contestando a "No sé nada", de Chivilcoy.

VUELVA A VISITAR a su novia y le explica con toda franqueza al padre la situación en que se halla, prometiéndole que en seguida que termine su curación, cumplirá la palabra empeñada anteriormente. Él sabe que usted no miente, así que si vela por la felicidad de su hija, aceptará sus razones. Que se mejore y pueda realizar su sueño.

Contestando a "El hombre de la voz de acero", de Rosario.

NO SON NECESARIOS. Cuando tocan esos temas, es mejor que trate de desviar el giro de la conversación hacia otro punto; con eso demostrará a su novio que dichos temas no son de su agrado y él los evitará sabiendo que le molestan.

Agradezco y retribuyo sus buenos augurios.

Contestando a "Corazón triste", de Rosario.

PUEDE REGALARLE una alhaja, un lindo frasco con su correspondiente perfume; si es religiosa, un rosario; un necesaire de uñas, una polverita para cartera, un cofre, una artística bombonera. Elija.

Contestando a "Ignorante", de Villa Mitre (Bahía Blanca).

DÍGAME, ¿he entendido bien su edad? ¿Trece abriles? En ese caso lo único que puedo decirle es que los dos son demasiado chiquilines para pensar en esas cosas. Ocúpese de asuntos más adecuados para sus años.

Contestando a "Loco por Emma P.", de Rivadavia (Mendoza).

REALMENTE, para un gran amor no hay obstáculos, pues el mismo cariño busca la forma de allanarlos. Sin embargo, yo necesitaría conocer el porqué de la oposición de los padres de su adorada para aconsejarlo mejor. Vuelva a escribirme en seguida y trataré de ayudarlo a conseguir lo que tanto desea. No desespere, que si los dos se aman tanto y esa resistencia no se funda en ningún motivo poderoso, vencerán.

Contestando a "Mi dolor", de Jujuy.

¡Comediante!

(Continuación de la pág. 7)

no quiso dejarme ser digno de ti ni siquiera un momento. Pero eso sí; puedes estar segura de que luego no te molestaré más, de que "dejaré de existir" para ti."

Un gran rencor hacia su mujer llenó de pronto el espíritu de Augusto. ¿De modo que él la había creído siempre fiel, siempre honrada, y tenía una mancha negra en su vida? ¡Ah! No se lo perdonaría. Le escupiría en la cara su rencor, su desprecio, y la arrojaría a la calle como a un perro.

Sus ojos, enrojecidos por la rabia, volvieron a posarse en la carta que conservaba entre las manos, y aun sin tener el propósito de volver a leerla, sus ojos volvieron a repasar aquellas líneas que decían: "Son trescientos pesos. En cuanto los reciba, quedarás libre, libre por completo. Te devolveré tus cartas y podrás vivir tranquila al lado de tu marido, sin que la más leve sombra turbe tu felicidad."

¿Y si fuera así, en efecto?... ¿Y si fuera así?... Es verdad que ella tenía un pecado en la conciencia; pero ¿lo había cometido por instinto, por perversión? ¿No podría haber sido por culpa de la fatalidad, o de la inexperiencia? Además, y esto era para él como un lenitivo, ¿podría reprocharle ella jamás su complacencia, siendo que era un secreto que le guardaba y que él hubiera continuado ignorando indefinidamente, por toda la vida quizá? Y por si esto no era suficiente, ¿no le debía a la pobre mujer muchas horas de esa felicidad que sólo se paga con un gran perdón o con un gran sacrificio?

Lo único positivo era que Márgara, en su hora fatal, había tenido la desgracia de caer en manos de un mal hombre, de un expoliador. Al pensar en esto, Augusto sintió deseos de interrogar a su mujer y de correr luego a casa del malvado, a estrangularlo; pero ¿no sería esto labrar su infelicidad de toda la vida? Afortunadamente, aquel hombre le decía en la carta que, saldado el precio de su secreto, le devolvería unas cartas que le comprometían y la dejaría en completa libertad. De ser así, ¿qué más podía desear él? Entonces su Márgara volvería a sentirse dichosa como antes, y su dicha, por reflejo, lo convertiría a él en el hombre más feliz de la tierra.

Rodando de un pensamiento a otro, recién en ese momento comprendió por qué su mujer le había pedido cien pesos más, y por qué al dárselos él, su rostro se iluminó con un destello de alegría y felicidad. Este recuerdo lo enterneció al punto de sentir que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Pero, ¿debía perdonarla, en efecto? ¿Debía permanecer impasible ante aquel desliz de su mujer? Su orgullo de hombre de honor quiso rebelarse. No; no debía perdonarla. Entonces, ¿dónde estaba su orgullo?

Siguió pensando, y a fuerza de dar vueltas a las cosas llegó al convencimiento de que si ella le pedía perdón por aquel mal paso, él no podría negárselo, pese a su orgullo. Y antes de llegar a ese extremo de claudicar, de "saber" su deshonra, ¿no era mil veces mejor seguir "ignorándola"?

Más sereno ya empezó a ordenar las cosas en los cajones, de manera que su mujer no pudiera sospechar que le había andado en ellos. Echó una última mirada a la carta delatora, y volvió a colocarla donde estaba, cerrando el secreter. Luego volvió a su despacho y se puso a escribir. Quería olvidar del todo; no volver a acordarse de cuanto acababa de ocurrirle. Se hizo la ilusión de que todo lo ocurrido era sólo un mal sueño, una escena de comedia, como tantas que había escrito en el curso de su gloriosa carrera de autor teatral.

Y pasaron una, dos, tres horas. Al cabo de este lapso, Augusto Zurmarán sintió que se abría suavemente la puerta del despacho y que unos pasos menudos, amortiguados por la alfombra, se acercaban a él. En seguida los brazos sedosos, cálidos, de ella, le rodearon el cuello, y sus labios, también cálidos y sedosos, se posaron sobre sus ojos. En medio de esta caricia que le enervaba, que le desarmaba de sus últimos escrúpulos, oyó la voz acariciadora de su mujercita, impregnada de felicidad y de agradecimiento, que le decía:

—¡Gracias, queridito! ¡Ya no te molestaré más! ¡Ya he saldado todas mis deudas!

FIN

OTRA INICIATIVA INTERESANTE

BIBLIOTECA TEATRAL de Mundo Argentino

La dirección de *Mundo Argentino* se propone aportar su esfuerzo encauzado a mantener e intensificar la vinculación de nuestro teatro con el público, mediante la publicación de obras, creyendo así servir a la cultura del país, y en particular beneficio de nuestra literatura escénica, tan injustamente relegada por las preferencias del momento.

Cabe señalar que esta decisión es consecuente con la preocupación que demuestra la Empresa Editorial Haynes por todas las manifestaciones estéticas y que en lo que a nuestra escena se refiere se concreta en la publicación de esta **BIBLIOTECA TEATRAL de Mundo Argentino**

Opina el **Circulo Argentino de Autores**

"He dado traslado a la presidencia de este Círculo de los propósitos que animan a Vd. al iniciar la publicación de piezas de nuestro repertorio, y ella me encarga le transmita en nombre de todos los asociados, su reconocimiento por su interés por el teatro nacional.

"Al dar a Vd. traslado de todo ello, me complazco en saludarle muy atte.,

Francisco E. Collazo
Tesorero del Círculo Argentino de Autores."

Opina la **Sociedad Argentina de Autores**

"La Sociedad Argentina de Autores ha recibido con profundo agrado, la noticia de que la prestigiosa revista de su digna dirección, ha resuelto publicar como suplemento, obras teatrales argentinas. Es esta una prueba más del interés que merece a esa dirección el teatro nacional; y en este sentido, interpretando el sentimiento de nuestros asociados, me permito expresarle nuestra profunda gratitud.

Dr. Carlos S. Damel
Presidente de la Sociedad Argentina de Autores."

Coleccione usted la Biblioteca Teatral que publicaremos, a partir del próximo número de nuestra revista, y en la cual tendrán cabida las más celebradas piezas de la escena criolla.

Esta iniciativa ofrece, además, un incentivo distinto, o sea el que determina la forma en que las obras serán publicadas. Tras meditado estudio, hemos creído conveniente que esas obras puedan ser desglosadas del cuerpo de la revista, a objeto de coleccionarlas hasta el momento de hacerlas encuadernar. De esta suerte nuestra iniciativa tiende a formar una verdadera Biblioteca Teatral en cada hogar, y estamos seguros de que ello será del agrado de nuestros lectores.



Con las MESMAS ARMAS

...sabe muy bien el valeroso gaucho herir cuando quiere inferir una humillación a quien lo atacó o castigó injustamente.

QUERÉS que ti acarree unos mates?

—No; no viá tomar.

—¿Y un churrasquito?

—No tengo desposesión.

—Pero... ti hayo raro; ¿qué te pasa?... Desí...

—Me pasa qui áhura, dispués 'e traint'años que vivimos juntos, risién mi acabo 'e dar cuenta que no soy yo quien yeva puesto el chiripá en esta casa.

Y para darles un "resueyito" a los nervios, don Primitivo Arana chirleó con rabia sobre la caña de su bota fuerte.

—Pero... no te compriendo...

—No ti alagartés, Rosaura, pensando que po'estar más estirada va'ser más suave'l simbrón. ¡A ver! ¿Quién 'tuvo yerbiando aquí antiyer a l'orasión?

—¡Ah, sí!... Benildo.

—¡Conque Benildo! ¿no? Yo craigo, si es que no se mi h'achaguanao la memoria, qui había ordenao qu'ese mosito no pusiera más los pieses en esta casa.

—Sí..., ansina es..., pero los muchachos se apresean. ¡Sos injusto, Primitivo! Él es honrao, trabajador y además hijo 'e tu compadre...

—¡Crus diablo! Te privo que me lo nuembres; jué mi compadre y amigo en antes 'e las últimas elesiones; áhura, pa mi no es más qui un maula, un "calungo", y ansina a 'e ser tuita su cachorrada; y ¡basta!; esta 'ta terminao; yamala a Flora.

Feliz doña Rosaura de poder repartir con su hija el lote de ira que había producido la "tapada", obedeció presurosa y, dos minutos después, estrujando las flores dibujadas en su delantal de batista, la joven penetró en la cocina.

—Mande, tata.

—¡No! Su tata no manda nada, desde que parese qui ha perdido s'utoridá; la he yamao nada más que pa desirle que si a ése, "su pior es nada", lo yego a mereser alguna güelta'aunque más no sea que aprosimao a las casas, le viá curtir el cuero a lonjasos. ¡Conque ya lo sabe! Y si es qui usté lo apresea tanto como asigura su madre, avísele al mosito qu'el guadal es projundo y le va' costar vadiarlo. Ahura vaya nomás.

Habituada Flora a no encontrar objeciones para las órdenes de su padre, salió sumisa, conformándose con depositar sobre los claveles del delantal su confidencia de lágrimas.

—¿Te retó mucho?

—¡Pior qu'eso!

—¿Qué te dijo?—iba a preguntar la madre, cuando un rezongo de su esposo le obligó a cambiar la frase:

—¡Ahura pagan los gayos!

En efecto, la voz de don Primitivo ahogó el canto de un "cenizo cresta bola" (1) que, recién "envainillado" (2) por el correntino "vareador" (3) iba a iniciar su "golpeo" (4) con el "giro tabaco" (5) ganador de siete riñas, crédito y orgullo del viejo Arana.

—¡A ver!—ordenó al cuidador,—desenvairá el poyo.—Y mientras el otro cumplía su cometido, él tomó al "tabaco" para arrancarle de un tirón las vendas que cubrían los "machos" (6) y agregó:—¡A pata limpia, pa que apriendan los tiernos a conocer el rigor! ¡Largalo!

Se juntaron las aves; picó el pollo, pero antes que tirara, el gallo aflojó el pescuezo, zafó la cresta y tiró de revuelo.

Se oyó un ¡crack! seco y el ojo del cenizo quedó velado por una nube sanguínea; dos arremetidas más, tres, cinco, y de nuevo la voz de don Primitivo ordenando:

—Levantá el "seniso"; ya no ve. ¡Si hubieran estao "calsaos"! (7).

Y así era en realidad; la cabeza del pollo embestidor y de raza había sido magnífico blanco para la pata veterana del crédito de las galleras de Aranda, reñidor sin contrarios en cincuenta leguas a la redonda.

Don Primitivo levantó al "tabaco", lo "peinó" desde la garganta a medio pescuezo, como exigiéndole una clarinada y, satisfecho en sus deseos, mandó al tape:

—Salmuerialo; metelo en la jaula y vamos.

Minutos después, sosteniendo en la rienda el pique de un pangaré bragado, se alejó de las casas escoltado por su batallón: el correntino.

Y transcurrió una semana, y al caer de una tarde de febrero, cuando los cocuyos iniciaban su silencioso contrapunto de luminarias y el lucero ponía la primicia de su luz plateada sobre las aguas del jagüel, a cuyo borde una pareja bordaba en esperanzas el nido azul del porvenir, dos hombres llegaron hasta ellos.

Un ¡ah! ahogado en un suspiro brotó de la garganta de Flora; el mozo se incorporó y miró serenamente a don Primitivo, sin cuidarse del correntino, que se situaba a su espalda.

—¡Te había prevenido qu'iba'chirliarte si te meresía po aquí! ¡Yo nunca he faltao a mi palabra! ¡Y ha 'e ser con tu mesmo rebenque!

(Continúa en la página 13)

CUENTO *por*

Arsenio Cavilla Sinclair

(1) Cresta abundante y redondeada.
(2) Que lleva vendas sobre los "machos" para evitar la rudeza del golpe.
(3) El encargado de cuidar y alivianar los gallos.
(4) Ejercicio de los animales con "vainillas".
(5) Plumas amarillentas en el pescuezo y café rojizo el resto.
(6) Lo que queda de la púa natural después de cortada.
(7) Afianzar la púa de acero sobre los "machos".

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

DEFECTO

Ese defecto de su nena puede depender, en efecto, de las causas a que usted se refiere en su carta, y, claro está, tendría arreglo; pero para ello tendría usted que hacerla ver por un especialista en esa localidad y, caso de necesitar de la intervención quirúrgica, dirigirse a un establecimiento de su conveniencia.

Por tratarse de una niña de tan corta edad, no creemos que debe usted descuidar ese detalle, que el día de mañana, cuando la nena sea una señorita, pueda avergonzarla por su renguera. Nunca está de más hacer una tentativa por corregirle ese defecto.

Cdo. a "M. B. C.", de Comodoro Py.

A LOS NIÑOS DEBE ENSEÑARSELES A CAMINAR A SU DEBIDO TIEMPO. HACERLO ANTES, ES EXPONER SUS PIERNITAS. ESTA ES LA CAUSA DE QUE HAYA TANTOS NIÑOS CON LAS PIERNAS DEFECTUOSAS.

EL ALIENTO

Para combatir la fetidez del aliento, que tanto la preocupa, puede usted recurrir al siguiente preparado:

Hiposulfito de sodio	10 gramos
Tintura de eucalipto	3 „
Jarabe simple	40 „
Agua destilada	120 „

Este preparado debe tomarse en cucharadas, de las de sopa, con intervalos de cuatro a seis horas.

Se entiende que no siempre el mal aliento depende de la cavidad bucal, ni del estómago, propiamente dicho, sino que también puede provenir de las vías respiratorias.

Suponiendo que a esto obedece el que sufre usted, es por eso que le detallamos la receta que le recomendamos.

Cdo. a "Morocha afligida", de Villa Dolores.

● ●

"EDAD DE LA LECHE"

No pase cuidado por eso. Aunque su nene no tenga más que tres meses de edad, no importa que la leche sea de una edad bastante diferente, es decir, de "más edad". Por ejemplo, para un bebé de la edad de suyo, puede tomarse una nodriza de cinco o seis meses. Sólo debe cuidarse que la leche no esté ya en disminución, y como esto no es fácil de averiguar por lo menos debe procurarse de seis o siete meses, después de cuyo tiempo en muchas mujeres la secreción ya empieza a declinar.

Creemos dar por satisfecha la consulta que nos hace.

Cdo. a "T. M.", de Mármol.

● ●

ENTRETENIMIENTOS PELIGROSOS



La frecuencia con que los niños de corta edad se lastiman por permitírseles jugar con objetos frágiles o muy pequeños, nos mueve a insistir ante las madres sobre esto que consideramos una falta de tino.

Es frecuente ver madres—desgraciadamente muy atareadas—que para poder substraerse del constante cuidado de sus niños y entregarse de lleno a sus quehaceres, no titubean en darles para entretenerlos lo que más a mano encuentran. Esto unas veces es un plato, un juguete de loza o vidrio o lata, bolitas, botones, etc.

Es verdad que logran su objeto de entretener a su nene, pero ¿piensan estas madres un momento a qué precio lo han conseguido? ¿Se dan cuenta a qué peligros exponen a sus hijos? Indudablemente no, porque entonces se cuidarían muy bien de darles tales objetos

Hay muchos objetos de trapo, goma o celuloide para que los niños se entretengan, y sobre todo, de tamaño grande, que hace imposible que puedan tragárselos, como ocurre frecuentemente con botones, bolitas, etc.

DENTIFRICO

He aquí la receta de dentífrico que usted nos solicita en su carta:

Sabol	*40 gramos*
Sacarina	*0,4 „*
Esencia de clavos	*10 gotas*
Esencia de menta	*5 gramos*
Tintura de vainilla	*200 „*
Alcohol hasta completar	*1 litro*

Este dentífrico es para persona mayor; en cuanto a un dentífrico para uso de los niños, he aquí uno muy conveniente:

Acido tartárico	*3 gramos*
Agua destilada	*100 „*
Agua de menta	*20 „*

Si usted así lo desea, puede substituir el agua de menta por un gramo de mentol.

No use cepillo para limpiar la dentadura de sus niños. Fróteles la cavidad bucal con un lienzo empapado en la solución cuya receta le damos.

Cdo. a "Felisa", I. de Amorós, de Vedia.

● ●

RESPUESTAS

1º He aquí la receta de un excelente jarabe para combatir la arterioesclerosis, que usted nos solicita en su carta última:

Nitrato de sodio	2 gramos
Agua destilada	10 „
Alcoholato de melisa	5 „
Jarabe simple	200 „

Se toma así: tres cucharaditas, de las de café, al cabo del día y durante cinco días consecutivos. Trancurrido este plazo, se descansarán otros cinco días, y volverá a seguirse el tratamiento.

HEMOS DICHO MUCHAS VECES QUE EL CHUPETE DEBERIA SER REPUDIADO POR LAS MADRES. Y COMO VEMOS QUE AUN HAY MADRES OBSTINADAS EN ACALLAR A SUS NIÑOS CON EL, INSISTIMOS: EL CHUPETE ES ANTIHIGIENICO Y PERJUDICIAL.

2º Su otra consulta no corresponde a esta sección. Puede usted dirigirse a la sección "Los lectores que preguntan", de esta misma revista, que se la contestarán inmediatamente.

Cdo. a "Lectora", de Avellaneda.

● ●

DENTICION

No hay una época fija para la aparición de los primeros dientes, de modo que no debe usted alarmarse. La naturaleza es muy sabia y muy complicada, y alguna razón existe siempre para que unos niños sean precoces en la dentición y otros retardados, sin que ello signifique que la criatura pueda estar enferma.

Por lo tanto, hace usted mal en alarmarse tanto por ahora.

Cdo. a "suscriptora", de Gualeguay.

(Continúa en la página 49)

Cuando sus niños estén tristes, averigüe las causas. Es importante.

Con las mesmas armas

(Continuación de la página 11)

Y rápidamente, apoderándose del que Benildo mantenía en su mano, cruzó por dos veces el cuerpo del mozo con toda la fuerza de su brazo robusto.

La reacción que se inició en un como rugido fué sofocada por la punta del puñal del correntino apuntando a sus pulmones y por la presión suave de una mano que acompañó a este ruego:

—¡Por favor! Es mi tata.

Un "¡ta güeno!" salió de los labios convulsos de Benildo, recogió su rebenque, y como acicateado por la carcajada irónica de don Primitivo, llegó hasta su caballo, montó de un salto, lo animó con el cuerpo y partió. A las dos cuadras, como un puntazo lo alcanzó la última burla:

—¡Calungo! ¡Maula! Y con tus mesmas armas.

Había transcurrido poco más de un año, y mayo tocaba a su mitad.

La pulpería del vasco Yanvide estaba de fiesta, adornada con cien crestas rojas que simulaban banderolas de sangre prendidas a las lanzas de los picos curvados y fuertes de los gallos de pelea.

Cacareos por aquí; gritos de hombres por allá; chuscadas más lejos, rezongos de los ebrios amarrados por diez garfios de nervios a los barrotes del boliche, para contrastar luego con un silencio casi religioso, cuando el juez de riña ordenaba:

—¡Larguen los gayos!

Y las apuestas de muchos patacones entre los pudientes, o de "media libra del juerte" entre los más pobres, se hacían poco menos que en secreto, para luego de "rematada" la pelea, desbordar en conclusiones como estas:

—¿No te decía, hermano, qu'el batarás era crusao con gayineta?

O si no:

—Si parese cría 'e sorro por lo "mascador" (8).

Y en medio de todo este alboroto, a intervalos prudentes, la voz de don Primitivo Arana, en desafío:

—Pero, ¡canejo! ¿Es qui han tráido gayinas o quí han tráido? A ver, aparsero; aunque más no sea que pa probar la rasa. ¿Será posible qu'entre tanto güeno no encuentre pareja po mi "tabaco"?

Y agregaba:

—Si'unque más no sea que po'el rispeto que le tienen, soy capás 'e regalar unas "onsas" (9).

—No hay dos sin tres, dise un algo que ricuerdo, y estoy aguaitando su terser convite, don Primitivo, pa ver si se alarga en la ventajita...

Y abriéndose paso entre los que circundaban el reñidero, Benildo se cuadró frente al viejo Arana, mostrando por entre los pliegues de su poncho la cabeza alorada de un "overo tapas naranjas" (10).

—¿Qué peso tiene el "tapao"?

—Sais libras clavadas.

—El mío da sais con dos; es pelea.

—Será, si empareja; el mío es poyo di onse meses.

—¿Y qué ventaja m'esige?

—La que va de poyo a gayo: una "punta".

—Di acuerdo; pero sepa que yo no "calso" al "tabaco" por menos 'e quinientos patacones.

—Naide prigunta si el unto es unto...

Y dando vuelta su tirador, Benildo depositó la suma en manos de un criollo viejo, indicando:

—Si el contrario no tiene reparos, sírvase, don, y haga 'e jues.

Pesáronse a los animales, que dieron exactamente el peso acusado por sus dueños, y los calzaron.

En la "zurda" del overo se afianzó un puón como una chuza.

—¡Listos!

—¡Larguen los gayos!

—¡Dies, vainte, sien voy al "tabaco"!

Con la vista clavada en el adversario, amagó el invicto un picotón a la arpillera que oficiaba de alfombra, como si pretendiera levantar un grano imaginario; luego cambió de lado y tiró sin picar.

Como esperando este momento, el pollo se escurrió por bajo sus patas y, antes que el contrario alcanzara a dar de nuevo el frente, "mordió" del extremo de un ala y afirmó el puón en el nacimiento de la misma tiñéndolo de sangre.

—¡Trainta a vainte con el poyo!

—¡Derecho, voy al overo lo que gusten!

—Ya roncó el güeno—indicó alguno.

—Sierto; y menos mal que sangrea p'ajuera.

La chuza del "overo" había marcado un "degüello" profundo en la garganta del contrario, "parao 'e puro guapo", y como si quisiera quitar toda esperanza al viejo Arana, tomó de la mejilla y pateó.

Se escuchó otro ronquido y el "tabaco" dió en tierra.

—¡"Sentido"!—gritó el juez.—Y ordenó:—¡Corredores al sentro! Alsen los gayos y delen dos minutos al "tabaco".

Don Primitivo, pálido, arrancó de un revés una lágrima que le quemaba el párpado y miró al correntino con desaliento.

El tape meneó la cabeza.

—Ya están los dos minutos; dé "pie" al "tabaco".

El correntino levantó a su gallo por la cola para afirmarlo, pero el "tabaco" volvió a desplomarse.

La operación fué repetida tres veces sin resultado; el crédito de Arana seguía inconsciente.

—¡Ganó el overo pa tuitos!—exclamó el juez, entregando la apuesta a Benildo.

Don Primitivo se hallaba ya acomodando el cinchón de su recado, cuando el mozo se acercó a él.

La mano nervuda del viejo criollo acarició el puñal.

—No vengo a peliarlo, sino a devolverle su plata.

—Yo no presiso limosna, ¡trompeta!

—Si se asienta le viá esplicar.—Y continuó:—Yo tamién, don Primitivo, había jurao aporriarlo "con sus mesmas armas"; el "overo" ganador es de su cría; yo l'hise sacar con Flora tres güevos y me salió este macho..., que tamién se lo entriego.

Una brusca transición se operó en la fisonomía de Arana y, apoyando su mano sobre el hombro del muchacho, dijo entre el hipar de una carcajada:

—¡Ta bonito! ¡Muy bonito! Ahura risién m'esplico la redota. ¡No podía ser di otro modo.

Y sujetando sus ansias de ir a aclarar situaciones ante los presentes, dijo despacio a Benildo:

—¿Por qué no ti ayegás esta tarde por casa a tomarte unos amargos? ¡Ah! Y de paso me le decís a Rosaura que no me aguaite a senar, que viá yegar algo tarde porque tengo que dir hasta l'estansia 'e "Los Guindos".

FIN

---

(8) Que pica demasiado sin "tirar".

(9) Medida que conjuntamente con la libra se usa para pesar los gallos.

(10) Plumas blancas, negras y rojas con las alas anaranjadas.

Juez inflexible como pocos, el juez Marzán era un inexorable magistrado que...

"En el nombre de la ley"

sentenciaba a los hombres que habían delinquido, hasta que un día comprendió que no podía seguir siendo juez porque no lograría serlo más a conciencia.

I

DOCTOR, acaban de subir al acusado de uxoricidio...

—Hágalo pasar...

El secretario retiróse a cumplir lo ordenado, en tanto el doctor Marzán, juez del crimen, buscó entre sus papeles el expediente de la causa.

Instantes después penetró en el despacho el prevenido. El juez lo observó de una ojeada.

—Siéntese...

El detenido tomó asiento tímidamente en una silla frente a frente del magistrado.

Éste, simulando leer en el sumario, examinó atentamente al preso y al parecer el examen debió resultarle favorable, por cuanto, distendiendo el ceño hasta entonces cejijunto, y con una inflexión de voz grave pero serena, comenzó a hablar:

—Ya sabe usted, González, que se le acusa de haber dado muerte a su esposa...

El interpelado, con la voz velada por la emoción, repuso:

—Es cierto, señor juez..., no lo he negado nunca, en ningún momento...



—¿Es que no tiene usted remordimientos?...

—¡Oh, señor juez!... Diferentes sentimientos se entrechocan en mi alma... A veces siento una profunda pena, una piedad infinita por la vida en flor que tronchó mi mano; otras, un odio irresistible, un impulso de destrucción hace revivir en mí las horas de angustia pasadas. En mi cerebro torturado, la danza macabra de la traición repite una y mil veces sus contorsiones, y, entonces, señor, como en la hora fatal, un velo de sangre empaña mis ojos y los dedos de mis manos se agarrotan, convulsos, como apretando un cuello imaginario..., un blanco cuello que, en días plácidos, mis labios cubrieron de besos ardientes...

—¿Tanto sufre usted? — replicó el doctor Marzán tras un breve silencio, durante el cual el preso cerró los ojos como para rever su vida pasada, y que el juez aprovechó para estudiar en las dolorosas facciones del acusado la sinceridad de las palabras que escuchara.

—Sufro, señor juez..., ¡y sufro intensamente!...

—Me interesa usted, González... Desahogue su corazón sin reatos, pues si bien por imperioso deber de magistrado debo escucharlo en nombre de la justicia que represento, también soy hombre..., ¡tan hombre como usted!..., y así, quizá, hombre y juez, es decir, corazón y deber, puedan conciliarse y aliviar, si es posible, la pena corporal, y con ella la inmensa pena moral que no admite más ley que la resignación, ni tiene más juez que la propia conciencia.

Y la voz del doctor Marzán se veló ligeramente.

El preso se conturbó por un instante. Desde la hora aciaga de su crimen hasta el presente, ninguna palabra llegó a su oído con la cálida entonación de las que terminara de escuchar; ningún hombre de los muchos que en tan pocos días intervinieron en su vida, tuvo para con él la dulzura de un gesto de simpatía o de afectuoso interés. Para todos era el criminal, para todos carne de presidio, para todos una fiera desenfrenada y rabiosa; y ahora, cuando esperaba encontrar en el magistrado el resumen frío y cruel de todas las vejaciones sufridas; cuando imaginaba que tras el bufete judicial hallaría un alma empedernida para la que la letra de los códigos lo era todo, he aquí que se encontraba frente a un hombre de palabra grave y dulce a la vez, de gesto mesurado y franco, que le hablaba al corazón, y que, como si hubiera compenetrado todo su íntimo sufrir, lo invitaba a desahogar su dolor en una confidencia en la que los oídos del juez tendrían que ser controlados por los nobles sentimientos del hombre.

—¡Hablaré, señor juez!...

—Le escucho, González...

Este último pasóse las manos por los párpados cansados como en un ademán de despejo, y después, fijando la mirada en un punto lejano e imaginario, cual si con ello fuera incitando a las escenas de su vida a repasar ante ellos, comenzó:

—Yo nací en una provincia del litoral, en un hogar tranquilo y bueno... Las almas de mis padres eran tan blancas y tan puras como las encaladas paredes de nuestra casa solariega, y si alguna sombra nubló alguna vez nuestra apacible vida, fué siempre por el dolor de los otros, cuando ese dolor no podía remediarse con el franco ofrecimiento de nuestro techo amoroso y el fresco pan de nuestra mesa. También para los hambrientos de consuelo, el regazo de mi madre fué pan propicio, y el brazo viril y laborioso de mi padre, resguardo protector y honesto.

"Fuí el hijo único de aquellos dos santos seres que fueron mis padres, y también su esperanza y su orgullo.

"Terminé los grados elementales en la humilde escuelita de mi pueblo, y después de muchos ruegos y de muchas lágrimas obtuve el consentimiento de pasar a la capital provinciana para cursar el bachillerato.

"A fuerza de economías y de privaciones, mi padre costeó mis estudios secundarios, y así fuí instalado en una modesta casa de familia en calidad de pensionista. En mi nuevo hogar recibí el trato y el afecto que, salvo el cariño de los míos, fué para mí ayuda y consuelo, en el desgarramiento de una separación que era la primera de mi vida.

NOVELA CORTA

Por AUGUSTO ALBERTO CANSTATT

"Allí, en la casa, vivía una niña huérfana que sus tías, las dueñas de la pensión, recogieron desde muy pequeña y criaron y cuidaron con toda bondad y desvelo infinito.

"Leda se llamaba, y ella fué mi primer amor."

Llegado à este punto, el acusado hizo una pausa, y como recogiéndose en sus íntimos recuerdos, quedó en suspenso.

—Continúe, González... — dijo el juez, comprendiendo que, a partir del punto interrumpido del relato, comenzaba la historia de toda la tragedia de ese hombre joven que tenía a su frente.

El aludido respiró hondamente, tragó con esfuerzo algo que no era nada, y después, con lentas palabras, prosiguió:

—Fué mi primero y único amor... La amé tanto, tan pura y tan castamente, que muchas noches pensando en ella y en mi madre, ambos amores se confundían en mi ser cual si fuera uno solo. Jamás mis manos, al entrelazarse en las diminutas de ella, jamás tuvieron otro temblor que no fuera el ritmo de mi corazón acelerado por la pura emoción de su contacto: mis dedos de colegial tocaban sus dedos con la misma unción que se tocan los lirios para el altar de la Virgen, cuando en las dominicales mañanitas de la primavera íbamos los niños a ayudar al párroco en el adorno de la iglesia. ¡Es preciso, señor juez, tener quince años para entender todo lo que era aquel amor!

Y Raúl González volvió a descansar de su relato como si con ello buscara revivir los tiempos lejanos en los que las asechanzas de la vida dormían aún sus crueles potestades y la tragedia alentaba tan remota como era hoy remota la felicidad pasada.

El juez del crimen, con la mejilla apoyada en dos dedos de su mano derecha, veía y observaba sin articular palabra, sin un gesto, como temiendo espantar con el más leve de sus movimientos la ilación de recuerdos que en esos instantes venían a la mente del acusado y que se iban desenvolviendo cual un film cinematográfico.

Después de esta corta pausa, González prosiguió:

—Y bien, señor: aquel dulce y casto amor epilogó, en su primera etapa, con un desgarramiento: tuvimos que separarnos. ¡Cinco años unidos por todo lo que existe de más noble en la vida, habían pasado tan fugaces como un sueño! La realidad, al despertar, exigía nuestro alejamiento. Mis estudios secundarios habían terminado y mi deber me obligaba a corresponder al sacrificio de mis padres obteniendo una carrera.

"En la ciudad provinciana ya nada tenía que hacer. En Buenos Aires, la Meca de todos los que hemos nacido en el interior, estaba mi porvenir; y hacia la gran metrópoli era imprescindible que encaminara mis pasos.

"Por la influencia política de un íntimo de mi padre, amigo del gobernador, conseguí un empleo en el correo de Buenos Aires y con él los medios suficientes para costear mi carrera, que había elegido de acuerdo con mis viejos: sería médico, Dios mediante.

"Me despedí de Leda. La noche en que con nuestras manos entrelazadas juramos no olvidarnos jamás, fué una noche memorable para mí. Prometimos seguir amándonos con más fuerza, si posible era, a través de la distancia. Ella sería el acicate y el aliento de mis afanes; por ella estudiaría sin desmayos, y por ella y para ella serían todas las acciones de mi vida. En cambio, ella me aguardaría fiel y constante; le serían suficientes para mantener viva la llama de mi amor y mi recuerdo, mis cartas y un retrato mío... No pedía más...

"Y yo partí de su lado con el alma plena de promesas y de ensueños para lo porvenir...

"En la ciudad provinciana quedaba la ilusión más grande de mi vida y me juré a mí mismo que por esa ilusión sería un hombre de provecho.

"Durante el primer año de mis estudios en la capital falleció mi madre, y antes de terminar ese año nefasto mi padre fué a reunirse con ella en la gloria, donde por la bondad infinita de sus almas serenas y por la nobleza de sus corazones tan plenos de ternura, deben seguramente estar..."

Y, al terminar estas palabras, los ojos del hombre se agrandaron inexpresivos bajo el amargo cristal de aumento de dos lágrimas a punto de rodar; pero se rehizo, y continuó:

— En ambas crueles ocasiones volví a mi pueblo y, junto a mis muertos queridos, siempre la encontré a ella; y en esas dos pruebas de mi vida, mi cabeza se reclinó sobre su regazo tibio y casto, en busca de un poco de consuelo para tanto dolor. Y ella, amante y buena, acarició mi frente con la seda de sus manos, y sus labios dijeron las más dulces y santas palabras de resignación.

"Transcurrió otro año. Ahora todo lo que tenía en la vida era ella, mi Leda, y en ella estaba concentrada toda la ternura de mi afán.

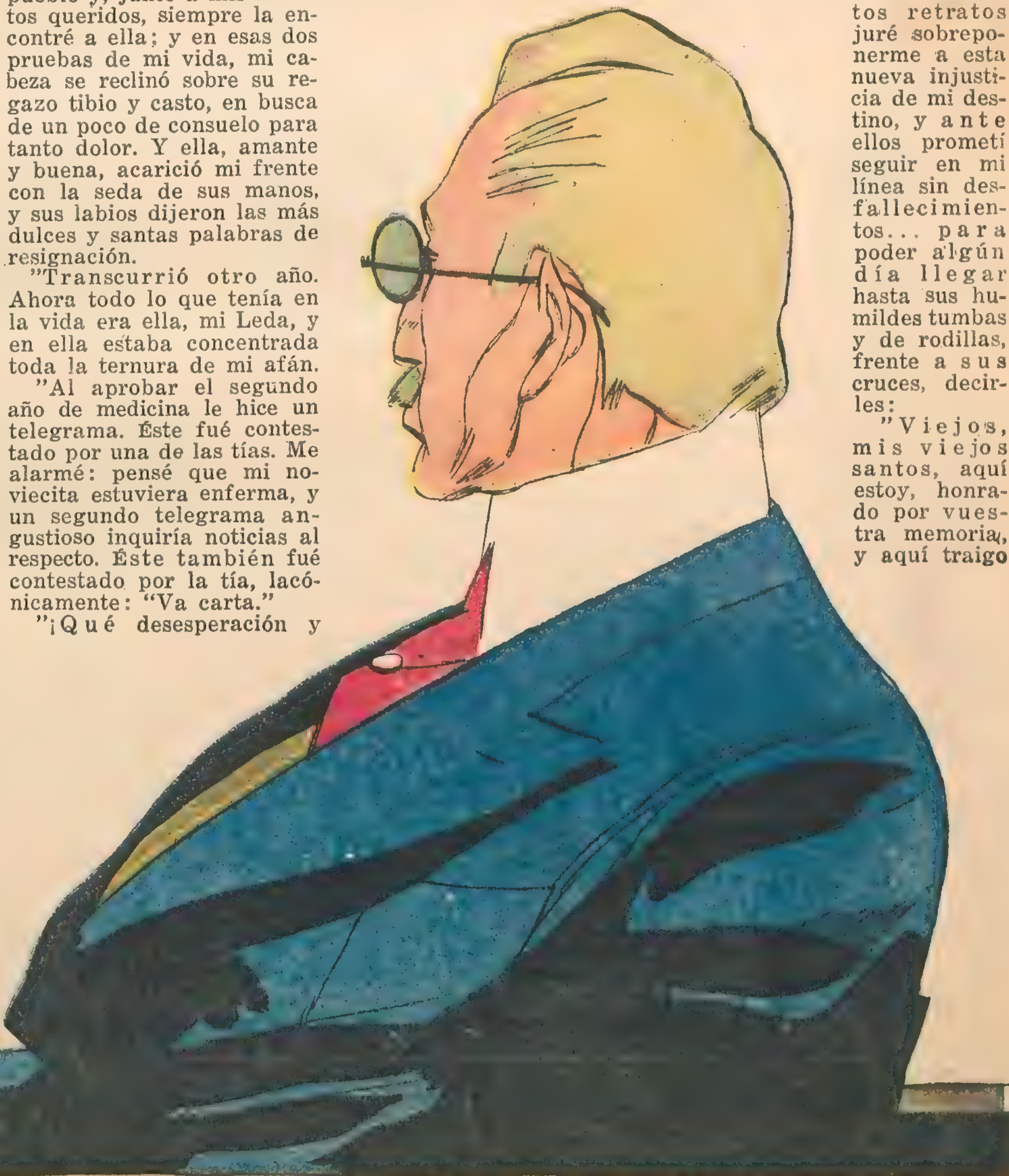
"Al aprobar el segundo año de medicina le hice un telegrama. Éste fué contestado por una de las tías. Me alarmé: pensé que mi noviecita estuviera enferma, y un segundo telegrama angustioso inquiría noticias al respecto. Éste también fué contestado por la tía, lacónicamente: "Va carta."

"¡Qué desesperación y qué angustia prolongaron las más grandes y terribles horas que sufrir pude, cuando llegó la carta!...

En ella, con pocas palabras, la tía me hacía entender que Leda había abandonado el hogar desde ocho días antes, y, reticente y ambigua, me dió le sensación de que allá creían que Leda abandonara el terruño para reunirse conmigo aquí en Buenos Aires. ¡Cuán lejos de mí semejante cosa! Contesté de inmediato pidiendo datos, noticias, informes; pero, después de un intercambio de tres o cuatro cartas, un silencio de plomo cayó entre aquellas mujeres y yo.

"Quedé desorientado. ¿Dónde buscarla? ¿Por qué se había ido? Y así, mil interrogantes angustiosos rebullían en mi mente sin que una sola respuesta, sin que una sola claridad me diera la pauta de mi desgracia... Y así transcurrieron los meses... El dolor de la ingratitud y del perjurio doblaron mis energías en un principio, pero después, a fuerza de reflexión y enterza, fuí reponiéndome lentamente. Comprendí que era en vano todo cuanto hiciera; que mi bien estaba perdido para siempre y que mi desesperación a nada me conduciría, pues nada me era dado remediar ni nada me era posible emprender. Y pensé en la santa memoria de mis pobres viejos: ante sus amarillentos retratos juré sobreponerme a esta nueva injusticia de mi destino, y ante ellos prometí seguir en mi línea sin desfallecimientos... para poder algún día llegar hasta sus humildes tumbas y de rodillas, frente a sus cruces, decirles:

"Viejos, mis viejos santos, aquí estoy, honrado por vuestra memoria, y aquí traigo



DON PÁNFILO Y SU PERRO ADOLFO

DON PÁNFILO, POR RARA COINCIDENCIA, LLEVA A SU ADOLFO A LA EXPOSICIÓN CANINA INTERNACIONAL.











como un ramo de flores que nunca se marchitarán, este pedazo de papel ganado por mi esfuerzo; este título por el que tanto luché!

"¡Vieja!... ¡Mamita mía!... ¡Aquí está tu hijo, tu doctor, como tú querías que fuese en tu santo orgullo de madre humilde y sencilla para quien ese título era como el de un rey para su hijo..."

Y esta vez el preso, dejando caer la cabeza entrambas manos, sollozó fuerte, convulsivamente, a grandes sollozos.

Por la faz severa del magistrado una lágrima rebelde corrió, y después de dejar una huella brillante y húmeda, fué a caer plena sobre el expediente del hombre que lloraba.

— Después, señor juez, el azar, el destino, o qué sé yo qué fuerza inescrutable, en una noche sin sueño me puso frente a frente de Leda en una calle céntrica de esta ciudad. De la noviecita provinciana nada quedaba: la purísima flor de mis ensueños juveniles había desaparecido y ante mis ojos obsortos una mujer enflaquecida, pobre, casi enferma, con la cabeza caída sobre el pecho, aguardaba, quizá, la frase ruda, el reproche sangriento por la traición. Pero todos mis impulsos se inhibieron al contemplarla...

"Mis puños, que en un principio se crisparon como en un amago, se distendieron y la palabra hiriente que pugnó en mis labios, quedó trunca frente a tanta miseria, a tanto dolor, a tanta desgracia y desamparo tanto. Sólo atiné a tomarla dulcemente de un brazo y llevarla hasta un café próximo. Allí la interrogué y allí supe toda la desesperante historia de aquella infeliz... Una historia vulgar, tan vulgar como amarga... La historia de siempre: un hombre infame que miente amor y un corazón cándido al que esas palabras venenosas encandilan... Después, la huída del hogar; más tarde el abandono y así, en sucesión inhumana, todos los capítulos de la historia...

"Una infinita piedad llenó mi espíritu, señor juez; en aquella hora aciaga comprendí que mi amor por Leda no había muerto, que su misma caída sólo era la piedra de toque de su vida, que el dolor pasado era el crisol en el que su alma se había purificado, y entonces, señor juez, sin vacilaciones, rotundamente, le ofrecí el amparo de mi brazo, el refugio de mi amor que todavía perduraba.

"Ella vaciló: me habló de su deshonor, de su mancha imborrable; pero yo, siempre obcecado por el recuerdo de mi dulce e inocente noviecita provinciana, acallé sus escrúpulos y le hablé de rehacer su vida ennoblecida por el arrepentimiento...

"Abreviando, señor juez: aquella noche la acompañé a un hotel, pues no me pareció propio llevarla a mi habitación... Ella pareció agradecerme con los ojos este rasgo de mi delicadeza... Al siguiente día buscamos una pensión y allí nos presentamos como matrimonio... Y no mentíamos, señor, pues esa misma mañana habíamos jurado ante Dios que lo seríamos...

"Ocho días más tarde, en un Registro Civil, quedó cumplida ante los hombres la promesa hecha ante Dios."

— ¿Por qué resolvió usted casarse con una mujer así? — preguntó el juez suavemente.

— ¿Por qué?... ¡Porque la amaba, señor! Porque para hacerla mía, yo no hubiera podido tomarla con ofensa y con agravio.

— Pero..., arriesgaba usted mucho... — insistió el magistrado.

— Nada arriesgaba, señor juez, comparado con el inmenso bien que hacía... Yo pensé que mi acción generosa la conmovería hasta sus fibras más escondidas redimiéndola de su falta que yo imaginé fruto de su inexperiencia, resguardándola así de toda asechanza para el futuro. Pero, por sobre todas las cosas, señor, porque la amaba desesperadamente, porque ella había sido la ilusión de mi vida; por eso, señor...

— ¿Y...? — interrumpió el doctor Marzán, comprendiendo que era inútil insistir sobre los motivos del matrimonio.

— Prosigo, señor: así transcurrió un año y mis estudios progresaban. Para mayor dicha, un pequeño ascenso en mi empleo vino a colmar mi felicidad y mi anhelo de tener una casita para nosotros solos. De esta manera alquilamos por los alrededores de la ciudad una casa como la soñada, y en mi nido, en ese tibio hogar que tanto ambicioné, allí, señor, se consumó la tragedia.

El preso hizo una pausa, pasó su pañuelo por la frente sudorosa y como si tomara reservas de energías para proseguir su relato, suspiró hondamente:

— Allí — continuó, — allí se perdió todo...

"Una tarde regresé fuera de hora a casa por no encontrarme bien, y mi mujer no estaba en ella. Cuando regresó se inmutó al ver que yo la estaba esperando, y antes de que yo le preguntara nada en absoluto, ella misma trató de dar una explicación; pero fué incoherente, hilvanó mal, con poca felicidad, no sé qué pretexto que la había obligado a salir... Nada le reproché, pero un vago sentimiento indefinible cruzó por mi cerebro. El primer amago de una sospecha me atenaceó. La cortedad de mi mujer y la historia baladí que me contara, me daban la evidencia de la mentira y si mentía era porque su salida no era lícita.

"¡Desde ese día maldito la felicidad huyó de mi hogar! Repugnaba a todo mi ser espiar los pasos de mi esposa, mas, repugnándome y todo, fué imprescindible que yo conociera la verdad a cualquier precio... Consecuente con ello fingí la mayor despreocupación por el suceso, tal cual si hubiera creído todo cuanto ella quiso que creyera. La confianza renació en su alma, y la que tan mal me pagaba, con esa confianza cometió lo inaudito...

"Un chico del barrio a quien yo tenía pago para que me avisara todos los movimientos que durante mis ausencias diarias pudieran ocurrir en mi casa, me avisó telefónicamente a la oficina que un hombre estaba en ella...

"Desatinado tomé mi sombrero y corrí a evidenciar mi deshonra y mi desdicha...

"Llegué y... ¡los sorprendí!... Qui-

se matarlos a ambos y busqué mi revólver en el cajón de la mesa de noche, pero ella, la infame, se interpuso en mi camino al tiempo que amparando la huída del seductor, gritaba:

"—¡Sálvate, Alfredo!... ¡Sálvate, Alfredo, por Dios!...

"El canalla huyó cobardemente..., y el canalla era el mismo hombre que la había seducido en la lejana ciudad de provincia. ¡Al pronunciar su nombre lo había vendido!

"Entonces, ciego, loco, como una fiera rabiosa le clavé las manos en el cuello y apreté, apreté... ¡No quería que el nombre maldito volviera a salir de aquella garganta!... Cuando mis manos convulsas se aflojaron, cuando mis dedos soltaron la presa amada y odiada, ella, la mujer a quien tanto adoré, era una muerta y yo un asesino..."

Las últimas palabras del preso fueron casi un murmullo...

—¡Nada más, señor juez!... Eso es todo...

El juez quedó pensativo. Un silencio de plomo cayó sobre ambos hombres. Sólo se oía la respiración entrecortada del uxoricida.

Finalmente, el magistrado, con lentas y graves palabras, mirando fijamente a González, dijo:

—Amigo mío: siento, tengo la certeza de que ha sido usted sincero; su desgracia, los acontecimientos de su vida anterior al hecho, su misma juventud, lo que hay de noble en usted y que entreveo al través de su relato, me conmueven hondamente, hieren simpáticamente todas mis fibras de hombre, me identifican con su mismo dolor; pero la ley es fría, la ley no contempla sentimientos, sino casos tangibles; la ley exige circunstancias especiales para que, en casos como este, el acto de matar sea un derecho. Desgraciadamente, de las constancias sumariales no se desprende ningún indicio que dé, aunque sólo sea levemente, la sospecha de la infidelidad de su mujer. En mi fuero íntimo, yo entiendo que usted no miente, pero la ley pide, exige, necesita pruebas y, por desgracia, su sola afirmación, que es una prueba para mí, como hombre, no lo es para mí como juez. La presencia de un individuo en su casa no justifica el crimen, pues no significa ella que el hombre sea forzosamente un seductor. Faltan testigos, pruebas oculares de la infidelidad. La ley manda que el marido ultrajado pruebe con testimonios irrefutables la realidad del ultraje. Y, en su caso, amigo mío, los testigos faltan, desgraciadamente... La declaración confusa de un niño no puede legalmente ser tenida en cuenta.

—¡Señor, yo no he mentido!

—Lo sé, González... Yo juraría por mi honor, sin vacilaciones, que usted no miente, pero eso no basta. En el nombre de la ley yo no puedo absolverlo, a pesar de todo, porque en el nombre de la ley yo no puedo tener corazón.

Y, después de una pausa, terminó, con tristeza:

—Haré, sin embargo, cuanto de mí dependa para atenuar la pena.

II

El doctor Marzán llegó a su domicilio entristecido por la dolorosa confesión del acusado, mayormente comprendiendo que no existía en el código ni un leve resquicio que diera escape a toda la severidad de la pena. El juez comprendía que el desdichado había dicho la verdad, pero, para absolver o condenar, no era bastante su fuero íntimo: el código ordenaba requisitos, encuadraba circunstancias y las recargaba o aliviaba según fueran ellas; pero en todos los casos era precisa la prueba material, tangible, ya fuera por instrumento, ya fuera por testimonio. En el caso González ninguna prueba material o testimonial tenía el acusado para probar su derecho. Por eso la ley caería sobre el infeliz, inexorable y cruel, con todo el peso de su letra implacable.

El doctor Marzán llegó a su casa y pasó a la habitación de su esposa, una hermosa mujercita joven en veinte años menos que él y a la que adoraba tiernamente.

Llegado al "boudoir" de su esposa, no la encontró, mas en un bonito escritorio femenino un pliego de papel de escribir y la pluma todavía húmeda, indicaban que la dueña no hacía mucho que había empleado ambos cosas. El doctor Marzán se aproximó desaprensivamente al escritorio y también sin prejuicio alguno contempló las cosas: sin quererlo reparó en un papel secante en cuya grisácea superficie se manifestaban unas líneas... y, a título de simple curiosidad, tomó el papel secante en sus manos y lo aproximó a un espejo para descifrar lo escrito... Los ojos del doctor Marzán fueron deletreando...

III

Las primeras luces del alba sorprendieron al doctor Marzán inclinado sobre su bufete...

Tenía los ojos enrojecidos como si hubiera llorado mucho...

Encima de la carpeta había dos papeles escritos:

"Marta: Cuando esta carta llegue a tus manos estaré muy lejos de aquí, para siempre.

"Conozco toda tu traición...

"En los hombres de mi clase el desprecio es más cruel que la muerte. Por ello es que no me he cobrado con tu vida. *Marzán*."

El otro papel decía:

"Exma. Cámara: El magistrado que suscribe eleva a vuestra consideración la renuncia indeclinable de su cargo de juez del crimen.

"El día que juré ante V. V. S. S. cumplir con rectitud y dignidad la noble función de administrar justicia, lo hice en toda la plenitud de mi conciencia sin mancha. Hoy ya eso no me sería posible...

"El hombre ha muerto al juez.

"*Marzán*, juez del crimen."

FIN

En el próximo número:

LA SANGRE MUERTA

NOVELA CORTA POR

PILAR DE LUSARRETA



DON FERMÍN

POR DANTE QUINTERNO











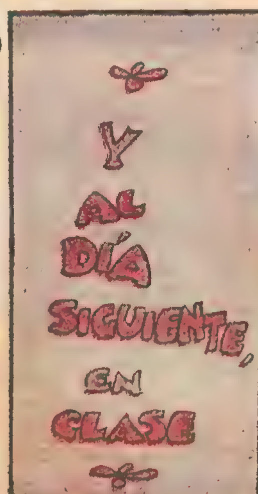


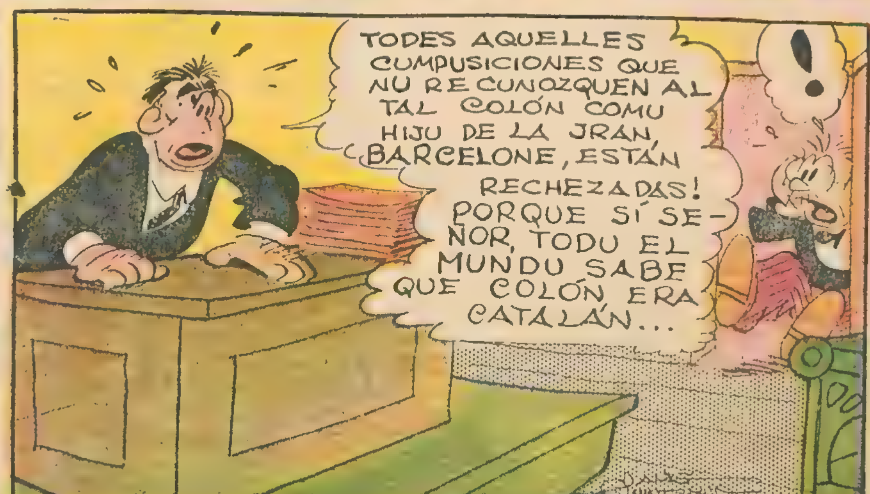












¿Ha fracasado...?
(Continuación de la página 3)

nales los que fracasaron, sino que el nacionalismo resultó incapaz de adaptarse a las necesidades de la época.

Y lo mismo puede decirse con respecto al obstáculo más serio opuesto a la Liga: el conflicto chinojaponés. Fué, en realidad, la casi total inercia de Estados Unidos que privó a la organización de Ginebra de obtener éxito. En consecuencia no fué el método universal, sino el latente conflicto entre la Liga y la política nacionalista norteamericana que inhibió el exitoso desarrollo de la acción ginebrina. Al mismo tiempo, y aun en una Liga incompleta, se habría podido hacer mucho más si esas grandes potencias, que son miembros de la Liga, se hubiesen atrevido a hacer uso de las armas concedidas por el convenio. Lejos de temer la debilidad de los métodos colectivos, estas potencias, bueno es decirlo, se asustaron de esa arma formidable que el convenio ponía en sus manos y eludieron la enorme responsabilidad sin darse cuenta de que al hacerlo cargaban aun con una responsabilidad mayor, ya que, en política, no hacer nada significa dejar librada la iniciativa a otros, abandonar el timón en manos de egotistas o dejarse arrastrar por la ciega corriente de los impulsos colectivos.

Corremos también el peligro de juzgar falsamente las realidades de la vida internacional si nos conformamos con analizar los accidentes que la agitan o señalar sus progresos.

Paul Valéry, en sus profundas observaciones históricas, hace notar muy sugestivamente que una de las debilidades principales en toda mente política la constituye el hecho de "pensar en los sucesos" en lugar de considerar los factores activos y prevalentes en la vida de las naciones.

Episodios fundamentalmente dramáticos, tales como la batalla de Waterloo o la caída austrohúngara, en 1918, pueden ser pasados por alto si se les compara con las transformaciones que el vapor y la electricidad han traído al mundo moderno. Por lo tanto, ninguna crisis en la vida internacional puede justificar las dudas de su realidad esencial y de la eficacia de máquinas que funcionan aún en épocas de depresión. No puede dudarse que desde el año 1928 el comercio ha disminuído en un sesenta por ciento, pero ¿quién se atreverá a imaginar que habrá de paralizarse por completo o que no habrá de producirse un repunte vigoroso, tanto en los intereses del productor como del consumidor?

La máquina — vapores, trenes, automóviles, aeroplanos, — trabajan con mayor lentitud, pero también con regularidad. Lo mismo puede aplicarse al correo, al telégrafo y al teléfono, especialmente este último que funciona más que nunca.

La acción del turista ha decaído a consecuencia de la depresión, pero no hay duda que tornará a ser ostensible. Ni el nacionalismo podrá levantarse ante la irresistible necesidad de circulación internacional, que cada vez es más sentida por la humanidad entera.

En este mecanismo de la vida internacional la Liga de las Naciones, a pesar de las actuales dificultades, continúa desempeñando un papel de suma importancia. La opinión pública se halla ocupada con esos manifiestos obstáculos y se siente inclinada a olvidar, por ejemplo, que la Corte de Justicia Internacional se halla casi en función permanente, lo mismo que la Unión Postal Universal y el otro Bureau en Berna.

Olvida que de ahora en lo sucesivo la Oficina Internacional de Trabajo es el punto indicutido, sobre el cual habrán de converger ideas que, como las de las lucha del trabajo contra las fuerzas económicas, se encontrarán allí para reconciliarse; que el sistema de mandatos coloniales actúa con perfecta regularidad; que el Saar y Danzig son administrados satisfactoriamente considerando las violencias de las pasiones nacionalistas que luchan por la obtención del predominio.

En las conferencias de Lausana, Stosa y Londres, un terreno sólido para las discusiones fué proporcionado por el excelente trabajo preparatorio de las organizaciones técnicas de la Liga, cuya "Agenda Controlada" para la Conferencia de Londres es un modelo de precisión y objetividad.

Aun la protección de las minorías, aunque no la aparenten, no posee fuerza de argumento. En verdad, resulta violento el hecho de que el Consejo no haya prestado oído a las muchas peticiones hechas por las minorías, pero no debe olvidarse que éstas, protegidas por la entidad ginebrina, gozan de privilegios que hace veinte años habían dejando perplejos a los franceses de Alsacia- Lorena, a los polacos del moderno "corredor" y a los rumanos de la Transilvania. El público sólo tiene conocimiento de los debates que se originan ante el Consejo, pero ignora que en algunos países las minorías gozan la tranquilidad de sus escuelas y de sus instituciones filantrópicas y religiosas.

Fundamentalmente, es la función lo que crea el órgano. No es simple teoría, sino el más positivo realismo asegurar que cualquiera vida internacional necesita la maquinaria capaz de hacerla trabajar.

El mundo entero depende de la reciprocidad y debe poseer un centro que coordine las diferentes actividades y mantega la paz entre las fuerzas en conflicto. Ese centro es actualmente Ginebra. No tiene derecho a la concentración de todos los detalles de la vida internacional, pero otorga un punto de unión, un "clearing" donde la organización del trabajo se efectúa en común por procedimientos científicos y donde prevalece una atmósfera harto favorable para el hallazgo de un arreglo equitativo a todas las disputas.

Al mismo tiempo, no podemos repetir con mucha frecuencia que la eficacia de la organización ginebrina depende esencialmente de la sinceridad de sus miembros. La experiencia de años recientes da a entender que algunos de ellos aún están sufriendo esa especie de atrofia de la conciencia internacional. Esto es acaso comprensible.

En 1919, teniendo los pacifistas que enfrentar un vacío absoluto, fueron capaces de construir, sobre las ruinas de un mundo desvanecido, un edificio nuevo, dinámico, completo. Nadie duda que esta erección política fué poderosamente substentada por un idealismo, ante cuya realidad arquitectónica resulta dificultoso adaptarse.

La Liga de las Naciones, creada por un esfuerzo mental que carecía de preparación, supo adelantarse a la empírica experiencia y no resulta dificultoso reconocer que, en épocas críticas, el nacionalismo, que aún no ha agotado el caudal de sus fuerzas, volverá a despertar agresivo pero desilusionado.

Es en tales circunstancias que se hace un llamado a los hombres de estado para que asuman sus responsabilidades.

¿Reconocerán acaso que si pretenden evitar nuevas catástrofes no podrán "marchar hacia el futuro con los ojos puestos en el pasado", sino extraer deliberadamente todos los beneficios que la cooperación internacional ofrece a la causa de la paz y del progreso?

FIN

SI QUIERE PERDER *su* PLATA, COMPRE *un* CABALLO *de* CARRERA

Por MARCOS ANTÚNEZ

LARGARON!

Siete mil voces repitieron el grito y catorce mil ojos miraron el palo de los 1400 metros de donde largaron los once caballos.

No era esta carrera el Derby de Kentucky ni ninguno de los grandes clásicos del turf norteamericano. Era solamente una carrera con un premio de 900 dólares; sin embargo, fué el capítulo final de uno de los dramas más grandes del turf norteamericano.

Pasados los primeros doscientos metros los caballos tomaron sus posiciones. Junto a los palos, corriendo sexto, iba un hermoso caballo alazán, hijo de un famoso padre.

Aunque no con frecuencia, las carreras de caballos están siempre expuestas a alterar su resultado por un simple accidente ocurrido a los caballos.

Entre nosotros está muy arraigado el vicio de las carreras, y con él el deseo de ser propietario de caballos. Esto, sin duda, por creer que ellos pueden constituir la base de una gran fortuna, cuando, por lo general, ocurre lo contrario: que los caballos traen la bancarrota de muchas personas adineradas.

Sabemos que en nuestro ambiente son muchos los que han pasado por semejantes trances de ver evaporarse sus capitales: están frescos aún los casos de un conocido empresario teatral, de grandes industriales, hacendados y simples burgueses que han caído en esta tentación malsana de tener caballos.

Otros doscientos metros, y los punteros se distanciaron del alazán. Los de la retaguardia también lo pasaron y pronto corría último. Último en una carrera de caballos de tercera categoría. Último el que había sido destinado a correr en clásicos.

Volcando el codo, el jockey del puntero se dió vuelta la cabeza para ver cómo venían los demás, y apenas si echó una mirada al alazán, que visiblemente agotado hacía esfuerzos para mejorar su posición. Desesperadamente, el alazán ensayó una última atropellada. En la recta pudo alcanzar al caballo que corría décimo, dió unos pasos más, trastabilló y cayó pesadamente.

El alazán nunca se levantó de esa caída. Después de la carrera lo vinieron a buscar en una ambulancia para ser llevado a su última morada. Murió con el freno en la boca, tratando hasta lo último de ser un digno hijo de un famoso padre y de merecer la confianza que su dueño aún depositaba en él.



El Aga Khan es uno de los más afortunados dueños de caballos de carreras. En nuestro país, ¡cuántos por tener la satisfacción de llevar un día su caballo de las riendas vencedor, han perdido toda su fortuna en estériles tentativas!

Había sido un potrillo muy codiciado y fué vendido por una pequeña fortuna en la gran venta anual. Sin embargo, en las nueve carreras en las cuales participó, su mejor colocación fué en la primera cuando llegó cuarto, y, por supuesto, nunca pagó un dividendo.

Ese fué Broadway Limited, hijo del gran Man O'War, que dió por terminada su corta actuación en el turf, ese 30 de agosto de 1930, en el hipódromo de Lincoln Fields.

Había sido comprado en Saratoga en 1928 por W. T. Waggoner para su stud de Three D., pagando por él el precio casi record de 65.000 dólares. Con él pensó hacer una fortuna.

El señor Waggoner gastó en concepto de entrenamiento la suma de 7.300 dólares en dos años. Otros 2.500 dólares se fueron en gastos de inscripción. Los gastos de transporte también eran bastante elevados, calculándose por el mismo período unos 2.000 dólares. El alquiler de los boxes en los hipódromos aumentó el total por unos 2.000, y el sueldo de los jockeys se calculó en unos noventa

(Continúa en la página 53)

MUJERES con PANTALONES

AMELIA BLOOMER JENKS



Por
ELOY MARTINEZ DE SUCRE

ES lo común, que la mujer que cambia su traje por las ropas de hombre, lo haga como complemento de su espíritu varonil, para facilitar su propia vida, sin miras ni deseos de que otras la imiten, más como cosa personal que como ejemplo. Amelia Bloomer Jenks no fué de éstas; su historia es la de una fanática feminista que veía en su molesta y embarazosa ropa la causa de la inferioridad social de la mujer.

Nació en 1818 y casó joven con un abogado. Hacia 1849 concibió su particular teoría: "Todo cuanto la mujer padece, cuanto del hombre depende y por él se humilla, reside en las faldas."

No le bastaba predicar contra ellas entre sus amigas; instruída y audaz, buscó las páginas de un periódico que admitiera sus artículos, y en la publicación llamada "The Lily" comenzó una fulminante campaña contra las faldas mujeriles. En el "Illustrated London News" apareció hacia 1851 una fotografía de Amelia Bloomer Jenks ataviada según las reglas de su traje ideal: una especie de bombacha turca cubierta por una túnica hasta la rodilla y recogida en la cintura por una banda.

"Si la mujer — decía — combina esta sencilla vestimenta con un aire de dignidad, nada tendrá que envidiar al hombre; nada, sin embargo, de imitar servilmente sus ropas pesadas y groseras; que les aprovechen; nosotras podemos valer tanto como ellos y que se nos reconozca nuestro valor sin necesidad de imitarles en su traje, ni en sus modales, ni en su estúpida vanidad, ni en su vergonzosa jactancia."

El "bloomerismo" hizo en Norte América muchas discípulas; la sala de Mrs. Bloomer parecía un harén; estaba prohibido allí hablar de los maridos ni contarse pequeñas intimidades conyugales. Se hacían proyectos para el porvenir y se soñaba con sus beneficios.

"En América — escribía Barbey d'Aurevilly — las "bas bleu" han armado un formidable movimiento de avance. Las "medias azules" se han vuelto calzones azules; las damas visten pantalones, y reducirlas es para los hombres tan dificultoso como evitar la cornada de un toro en la niebla."

Fué el "Punch" el que, con sus chistes, introdujo el virus del bloomerismo en Europa. "Punch" se lanzó él mismo en la tarea de difundir, dibujo tras dibujo, las modas que las asociadas del "American bloomerismo" habían adoptado, bajo la aprobación de su jefe y directora.

Las jóvenes en bombachas llenaban las páginas de la revista humorística, y para indicar su origen, esas bombachas se adornaban con rayas como las de la bandera de la Unión.

Otras revistas, parisienses sobre todo, explotaron también el tema, de modo que Mrs. Bloomer y sus discípulas alcanzaron en poco tiempo una popularidad que ellas mismas estaban, sin duda, muy lejos de esperar, al menos por el momento y fuera de su tierra. Lo que querían no era meter escándalo, sino imponer una moda higiénica, segura y simple. Pero cuando ella o ellas abandonaban el salón morisco por la americana calzada, iban a parar a la policía, en donde eran vestidas por guardianas de su sexo con el infamante delantal — dos veces infamante — de las mujeres presas. Pero, ¿qué es la fortaleza espiritual sino la voluntad de imponerse?

No bien fuera de la prisión las bloomeristas recomenzaban, recorriendo las tiendas en busca de tela apropiada y encerrándose en sus casas, a componer los agravios hechos por las brutales guardianas de la prisión a sus vestidos de sultanas.

Ni las protestas de sus maridos, ni el desvío de sus novios, ni

(Continúa en la página 3)



CORREO CINEMATOGRÁFICO



Por

KING



MADGE EVANS

por JOSE ALVADO

En la localidad de Monte Maíz vive el realizador de este acertado trabajo, cuyo mérito indiscutible le ha hecho acreedor al premio de diez pesos moneda nacional que todas las semanas otorgamos a la mejor ilustración recibida.

















2. — **ERICH VON STROHEIM**, por Armando Pelliccia, de capital.
3. — **SYLVIA SIDNEY**, por Martha E. Sánchez, de Córdoba.
4. — **RICHARD BARTHELMESS**, por Jorge R. Butin, de La Plata.
5. — **DOLORES DEL RIO**, por Eduardo E Castro, de Mendoza.
6. — **DOUGLAS FAIRBANKS (h)**, por M. J. Rodriguez, de capital.
7. — **MARLENE DIETRICH**, por Verónica Dominguez, de Mendoza.
8. — **JEAN HARLOW**, por María L. Suárez, de Tandil.
9. — **JOSEPH SCHILDKRAUT**, por Pedro Cattera, de Rosario.

★ Estás completamente desacertada en tus opiniones ya que después del triunfo de **BABY LE ROY** en **Cuento Nocturno**, los estudios de la Paramount soportaron una verdadera avalancha de madres que traían sus hijos en brazos para probarlos ante la cámara. Todas tenían la seguridad de que "sus pedazos de entrañas" eran unos portentos en eso de hacer gestos ante las cámaras. La que no decía que su hijo descendía de Sarah Bernhardt aseguraba que era primo en segundo grado del cuñado de un hijo del hermano de Emil Jannings; esta declaraba que a recitar ni la Berta Singerman le ganaba a su tierno retoño de cinco primaveras; aquella opinaba modestamente que su hijito de seis años cantaba mejor que José Mojica, y la otra no cesaba de referirse al tatarabuelo de su hijo, que había sido un actor muy conocido en Rusia. Y así todas. Cada cual tiraba para su lado, y nadie sacó tajada. Alguien dice que aquel día el estudio parecía un dispensario de lactantes...

a **Flor de loto.**

★ Conozco a Mesec Tubac y le comunicaré tu deseo. Sin embargo, creo que será mejor que tú le escribas porque como es una persona muy ocupada, lo más fácil es que haya olvidado mi encargo. Y en cuanto a mi persona, permíteme que me haga el interesante y me escape por la tangente. ¿Quién te dice que, influenciado por los actores, no termino hablándote bien de mi mismo? Y con franqueza te digo que eso sería terriblemente fatuo. Por eso callo...

a **Alraune.**

★ **CLARK GABLE** está casado con Ría Langham, **ROBERT MONTGOMERY** con Elizabeth Allen y **RAMON NOVARRO** "debe" estar con Myrna Loy. Sí, al segundo le gusta mucho bailar. Bailar y tomar helados en platos redondos. Y en cuanto a la vida íntima de **RAMON NOVARRO** calculo que debe ser tan aburridora y vulgar como la tuya o la del señor que vive en un tercer piso de la calle Córdoba. El pobrecito bostezará, dirá malas palabras cuando al bañarse le entra espuma de jabón en los ojos, se pondrá los zapatos con calzador, dormirá encogido, que es la vulgaridad más grande, y de vez en cuando hasta fumará. ¿Quieres tú vida menos interesante que esa?

a **Jujeña curiosa.**

★ Es mu yprobable que tus cartas junto con tus dibujos los haya yo recibido. Y si no te contesté fué sencillamente porque desde que inauguré la **SECCION ILUSTRACIONES** sólo en contadísimos casos he mantenido correspondencia con los lectores en lo referente a sus dibujos. Yo creo haber ya explicado los motivos por los cuales adopté tal sistema, pero como posiblemente esas explicaciones las escribí en griego, y muy pocos pudieron entenderlas, voy a darlas otra vez. Actualmente recibo, término medio, de cincuenta a sesenta dibujos diarios. Fácilmente de esos cincuenta colaboradores cuarenta me piden que les diga si sus dibujos se publicarán o no, y si no se publican, que les explique el porqué. Un elevado porcentaje de los lectores cuyos trabajos son rechazados tienen, a pesar de ello, condiciones de dibujantes. Otros han enviado sus dibujos en papel transparente, y entonces no los publico. Otros los remiten en colores, y no pueden aparecer, ya que mi página va en negro. Otros mandan dibujos muy buenos, pero hechos con trazos débiles, por cuyo motivo una vez reproducidos casi no se verían. Ahora bien, ¿calculas tú el espacio que ocuparía estar explicando a cada uno de los lectores los motivos por los que he rechazado sus trabajos? Tú me dirás que bien podría yo colocar en recuadro aparte una lista semanal con los nombres de los autores rechazados. Me parece muy bien, siempre que logremos salvar el inconveniente que representa el hecho de que entre esos lectores habría muchos que trabajando con mayor atención podrían hacer dibujos publicables. Yo tengo muchos colaboradores a los que hace un año no les publicaba nada, pero ahora sí. Sus dibujos anteriores eran malos, pero ellos no cejaron en su empeño. Siguieron mandando trabajos, y paulatinamente se notaba en ellos un gran adelanto. A mí me resultaría muy violento colocar esa lista todas las semanas. Eso sería decirles a todos los que figuran en ella: **—Los dibujos de ustedes no sirven para nada. Dejen de dibujar, porque pierden el tiempo.** Y esto no es posible decirlo. Sería un insulto, sería ahogarlos, humillarlos, arrebatarles una aspiración que ellos alimentan, y que por el hecho de no cuajar en algo práctico no es posible desechar. Aparte de esto está mi agradecimiento personal por la forma como han respondido a mi llamado. Yo sé que ellos trabajan, que se esfuerzan por ser merecedores de que sus nombres aparezcan en esta página al pie de algún dibujo. Y sólo por eso merecen mi aprobación, que por fuerza debo sintetizar en un silencio casi permanente. Colocar en el **Correo Cinematográfico** un nuevo **Correo de la Sección Ilustraciones**, significaría robarles

un espacio enorme a los lectores que no envían dibujos, pero que todas las semanas tienen algo que preguntar. ¿Comprendés ahora tú y todos los que lean esto, por qué desde el principio decidí no sostener correspondencia con mis colaboradores gráficos?

a **París.**

La esposa de **LIONEL BARRYMORE** se llama **Irene Fenwick. MYRNA LOY**, aunque nadie lo asegure, ya debe estar a estas horas bien casada con el dulce **Novarro**. Y en cuanto al fallecimiento de **MAURICE CHEVALIER**, paso. Entré con **Mona Maris**, pero con él, no.

a **Ruby.**

¡Se funde la caja!

(Continuación de la página 5)

la jubilación no se concibe sino como un amparo para la vejez. Allá los funcionarios abandonan sus tareas cuando la salud nos les da para más.

En nuestro país, *los empleados cuando se jubilan empiezan a vivir*. Conozco un inspector de enseñanza que se hizo avicultor. Y un secretario de juzgado que empezó a estudiar abogacía. Otros se casan cuando se jubilan. O viajan. O se divorcian. Hay 2.355 funcionarios del Estado jubilados antes de los cuarenta y cinco años.

Es comprensible. Los más precoces, *a los once años "eran" ordenanzas, o vigilantes, o carteros*. El propósito era ganar tiempo. Y puesto que la ley 4.349 no exigía un mínimun de edad para acogerse a los beneficios de la jubilación, se jubilaban a los treinta y seis años.

No tiene, sin embargo, toda la culpa la primitiva ley 4.349. Las que luego vinieron a modificarla eran peores. La 4.870, la 5.143, la 6.007 extremaban la liberalidad de aquélla, aumentaban las regalías. La última — la 7.497 — señaló un record: fijaba el monto de la jubilación en el promedio de los últimos doce meses de sueldo. ¡Era una gauchada!

Hay 26 jubilados con más de 2 mil pesos cada uno, que le cuestan a la caja 67 mil pesos mensuales en números redondos. En cambio, hay 890 que cobran menos de cien pesos cada uno, y cuestan lo mismo. Lo penoso es que la caja al fundirse, se funde por igual para unos y para otros.

Las altas jubilaciones son un drenaje permanente. La ley de jubilaciones ferroviarias y la de empresas particulares establecen un límite máximo de 745 pesos mensuales. Los bancarios — entre los cuales hay sueldos de varios miles de pesos — acuerdan como máxima jubilación 1.050 pesos. Además, establecen un mínimun de edad. Hay que tener, cuando menos, cincuenta años para empezar a descansar.

La caja nocional, en cambio, paga jubilaciones hasta de 3 400 pesos. Se han jubilado directores de bancos oficiales, procuradores de la Nación, y hasta ministros de Instrucción Pública con semejantes sueldos. Si los hubiera más altos, la caja tendría que apechugar con ellos.

Medio millón de pesos mensuales desembolsa nada más que en costear 338 jubilaciones, de las cuales la menor pasa de mil pesos. Quiere decir que si se estableciera este límite máximo, en este solo rubro podrían economizarse casi dos millones de pesos anuales.

El doctor Santillán, que es un abnegado funcionario, hacía mérito de ella en una reciente comunicación elevada al Poder Ejecutivo. Y me decía comentándola:

—Ha sido necesario que las dificultades se pusieran de manifiesto frente a los pagos mensuales, para que cundiese la alarma. Organizada como está, la caja no puede subsistir. Hay que rectificar las injustificadas liberalidades de la ley vigente para enderezarla y defenderla. Sufrirán los que ya estaban habituados a sus considerables beneficios, pero se beneficiarán quienes, habiendo conquistado el derecho a una jubilación, ahora no pueden disfrutarla, porque la caja no aguanta nuevas cargas...

FIN

Mujeres con pantalones

(Continuación de la página 21)

el ridículo de que se las cubría en una época en que nada se había dicho aún de la "jupe-culotte", en que los pijamas yacían en la Nirvana y los "breeches" eran prenda exclusivamente hombruna, lograban desviarlas de su ideal: un traje adecuado a la vida práctica que no tuviese faldas ni fuera una sumisa imitación de la prenda masculina.

Amelia Bloomer Jenks recorría los pueblos y ciudades arrastrando tras sí una turba de curiosos; subía en las plazas y las ferias a un tablado, predicaba ante un público risueño y no tenía gastos de hotel; la policía la alojaba, generalmente, después de una de estas manifestaciones.

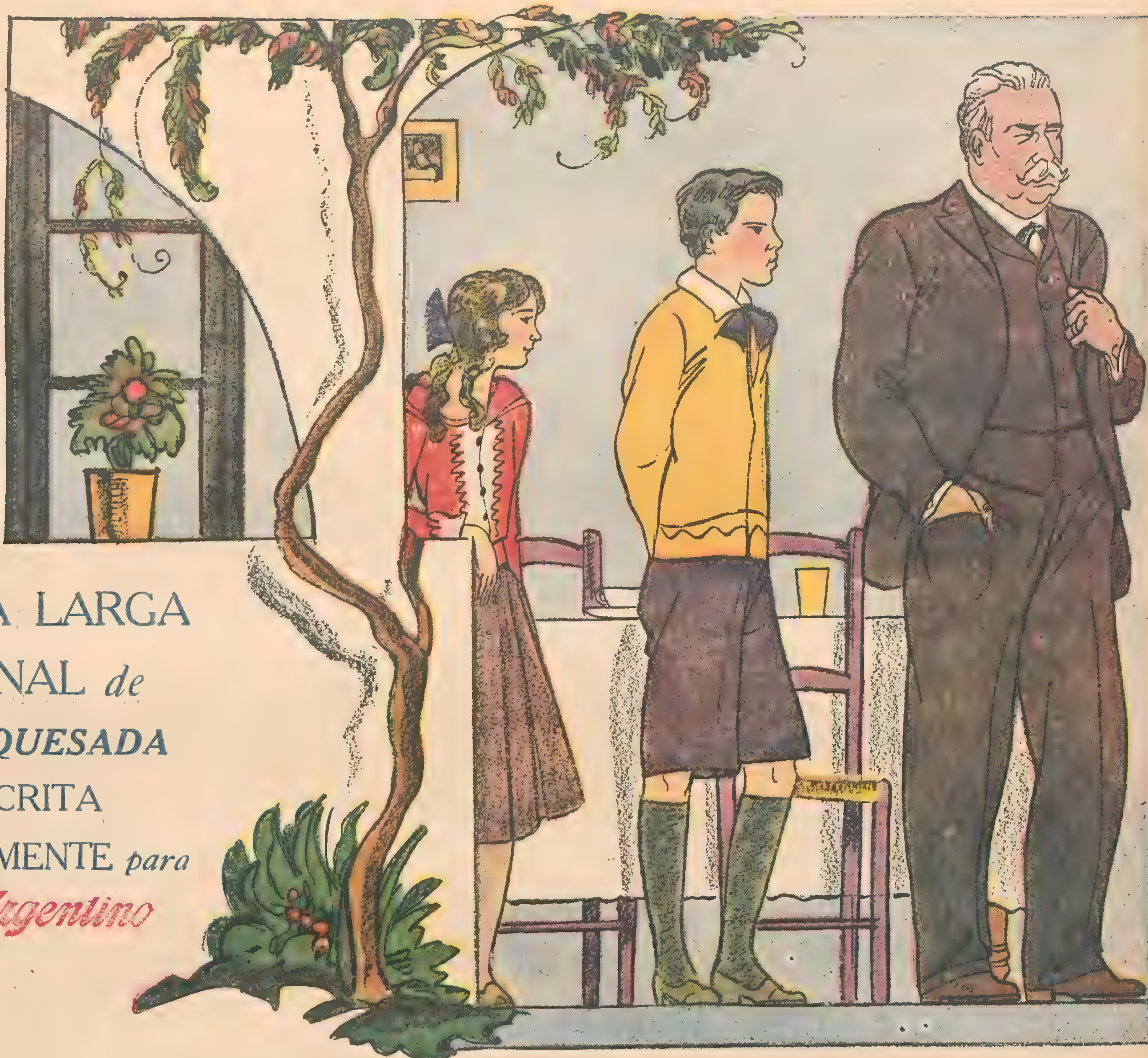
Una cosa la perjudicó vivamente; Amelia, pese a su nombre romántico, comenzó con los años a echar bozo en el labio superior y la papada se le fué paulatinamente llenando de cañones obscuros, que ni el agua oxigenada ni las pinzas fueron bastante a disimular... ¿Sería aquello causa de las bombachas turcas?

Seguramente, no. Pero las masas son veleidosas y supersticiosas; sus más entusiastas discípulas se despertaban de noche, llevándose horrorizadas la palma de las manos a las mejillas; y una enloqueció porque a obscuras confundió la barba de su esposo, que dormía a su lado, con la suya propia...

Amelia, bigotuda y barbuda (pero no más que cualquier mujer enfaldada) fué quedándose sola; sola y en bombachas.

Todo conoce fin en este viejo y resquebrajado mundo; Mrs. Bloomer sobrevivió a su teoría de la libertad de la mujer por medio de la transformación de su atuendo.

Pocos años después, cualquier mujer usaba, sin acordarse para nade de ella, los horribles "breeches" de ciclismo; después se impuso la moda de ellos para andar a caballo; en los balnearios se usó con soltura el pantalón... Y la mártir de sus ideales y de la liberación femenil acabó sus días criando pollos en una "farm" de Dakota del Sur, ignominiosamente vestida de faldas.



NOVELA LARGA ORIGINAL de **JOSUÉ QUESADA** y ESCRITA ESPECIALMENTE para *Mundo Argentino*

EL NUEVO FOLLETIN NACIO

Los ULTIMOS

(VIDAS

V

EN medio siglo el panorama se había modificado en absoluto, y cuando don León evocaba el camino recorrido, los tiempos de su lejana juventud se le ocurrían otra vida. ¡Cuántas y cuántas alternativas para llegar a la última etapa rodeado por el cariño de los suyos y la consideración de todos sus contemporáneos, que le saludaban como un exponente de aquellos esforzados pobladores del desierto, que se sacrificaron para colaborar en el progreso común y que se enriquecieron para legar a sus hijos la fortuna que habían amasado sin desfallecimientos ni fatigas! Los campos eran ahora las fértiles praderas que el espíritu de Ángel Leal presintiera en sus visiones juveniles. El arado había herido la tierra de punta punta para concluir con la paja brava que impedía la vida de los pastos finos. Y en una labor ardua, sin treguas, aquellos campos vieron brotar las gramillas, el trébol y la flor morada. Las lomas eran ahora verdes alfombras donde pacían las novilladas mestizas y engordaban las "lincolns" cada vez más refinadas. Podía morir satisfecho el viejo don León, cuya trayectoria estaba señalada por un esfuerzo siempre ascendente.

Sus hijos habrían de perpetuar su obra, cumplida hasta al fin como un apostolado. Así, por lo menos, lo confiaba el buen anciano, que en cincuenta años acrecentó el acervo recibido de su padre, aquel coronel Rosales que lo envió como al destierro para que se hiciera hombre y afrontara valientemente la vida.

¡Sus hijos! Don León los había visto crecer sanos y fuertes, inteligentes y ágiles. Cinco "cachorros", como él los llamaba, constituían el núcleo que alegró los primeros años la soledad de la estancia. Tres "machitos" y dos "hembras" matizaban el conjunto, y alineados por orden de edad, eran: León, Esther, Lisandro, Margarita y Francisco. Fueron naciendo en el Azul y se criaron en la estancia, ya próspera y confortable. Cuando les llegó la edad escolar, don León pensó que los muchachos no podían ser tan "negaus" como él, y uno por uno, cada cual a su turno, fué transponiendo los umbrales del colegio "San José" en la metrópoli. Cuando les llegó la hora a Esther y Margarita, la madre intervino y si bien se coincidió en destinarlas como pupilas a la "Santa Unión", no estuvieron muy de acuerdo cuando ella habló de la necesidad de dejar la estancia para irse a vivir a Buenos Aires.

Se le hacía cuesta arriba abandonar la placidez de su vida campesina, acostumbrado como estaba a la atención permanente de sus intereses, que se habían multiplicado, porque por mucho que se hubiera arraigado en aquel vasto solar, cedió a las sugestiones y consejos de algunos amigos y sumó a las suyas nuevas leguas de campo en otros partidos. Se compraban todavía casi por nada y se desprendían de ellas los que no podían trabajarlas. Don León pensó muchas veces que sus hijos habrían de necesitar mayores rentas que aquellas que pudiera proporcionarles la "estancia vieja". Y cada año, cuando realizaba el balance de sus ganancias, invertía el saldo favorable en la adquisición de otros campos. De esta manera se repetiría también su propia historia. Sus hijos se dedicarían a formar nuevas estancias, habituándose así a trabajar,



RESUMEN DE LO PUBLICADO

Don León Rosales, después de muchos años de improba labor en la provincia de Buenos Aires, ve coronados sus esfuerzos por el éxito. Lo acompañó en su aventura de "pionner" de la pampa su amigo Angel Leal, que también triunfó y formó un hogar, como don León. Y juntamente con ellos se labró una posición José Peral, un inmigrante español que asimismo se lanzó con ellos a la conquista del desierto.

NAL de *MUNDO ARGENTINO*

ROSALES

ARGENTINAS)

labrándose ellos mismos su porvenir. En cuanto a sus hijas, ya "caerían" los aspirantes, sabiendo que estaban bien "forradas" para el futuro.

—Estamos ricos — le había dicho más de una vez su esposa, alentándolo a que pusiera casa en Buenos Aires. — ¡Los inviernos son muy lluviosos y fríos!... Ahora que las chicas han de entrar al colegio, mejor estaremos allá...

Don León no tuvo otro recurso que ceder, y en Buenos Aires se enredó en el examen de los planos que le presentó el arquitecto, un francés de barba en punta que había hecho venir de París D. Mariano Unzué para que le hiciera el palacio de su quinta en Palermo.

Fué en la calle Florida, junto a otras residencias señoriales, donde don León Rosales levantó su vasto palacio. El terreno valía entonces poco, y como no era el caso de encerrarse luego de haber pasado toda la vida en el campo, los planos dieron al palacio el aspecto de un cuartel. Además, don León, que aspiraba a mantener la unión de la familia, pensó que algún día sus hijos prolongarían la estirpe, y dispuso lo necesario para que todos tuvieran allí su techo.

Ya la estancia quedó relegada a las incursiones más o menos fugaces del propio don León, que le había tomado el gusto al agradable confort de la ciudad. Solamente durante los meses del verano "Loma Blanca" adquiría animación y bullicio, porque llegaba "la familia" — al decir de todos, — y en pocas horas el aspecto apacible y casi de abandono se tornaba en un permanente recreo donde los niños, grandecitos ya, brincaban como cachorros en libertad. La estancia ya era otra; sus grandes calles arboladas, los altos montes de eucaliptos y paraísos rodeaban las casas. Frente a éstas, un pequeño parque inglés formaba un marco que destacaba las líneas del viejo caserón, defendido con gruesos barrotes contra los ataques de los indios. Veinte majadas mestizonas y otros tantos rodeos de hacienda "criollona" integraban el haber ganadero de "Loma Blanca"; muchas tropillas de un solo pelo, para el servicio de la peonada, pastaban en el cuadro de la estancia. Allí estaban también la tropilla del patrón — diez zainos estrellados — y la tropilla del coche, donde por excepción se habían incorporado algunas yeguas de tiro.

Para su diversión, los muchachos tenían cada cual su petiso y el apero correspondiente; a los mayores, a medida que iban creciendo, se les asignaba algún caballo con el cual podían seguir los trabajos en el rodeo y arriesgarse por los altos pajonales.

Vida gloriosa la de don León, que iba viendo formarse en torno suyo los brotes de su propio esfuerzo. Los hijos, como los árboles, las haciendas y los pastos, crecían y crecían, perfilando unos su personalidad, dando otros su sombra, convirtiendo en pesos las novilladas gordas y los capones de pella, que le iban a comprar algunos reseros hasta la misma estancia.

Don León también había visto aumentar su prestigio. En el Azul — ya no era "Fortín Azul", — donde se acababa de instalar la primera sucursal bancaria, su cuenta corriente le colocaba entre los grandes señorones de la zona.

(Continúa en la página 27)

EXISTE una pequeña duda: si la cirugía facial será la ciencia del futuro. Hoy día la apariencia es cosa de tener muy en cuenta, y aunque esta ciencia tiene que luchar con una enormidad de prejuicios, a la larga triunfará.

La cirugía facial puede considerarse como el arte del embellecimiento del cuerpo; porque aunque hasta el momento esta ciencia se ocupe exclusivamente de la cara, es muy posible que sirva para embellecer el resto del cuerpo, quitando o agregando tejidos.

Una operación facial, por sencilla que sea, es complicada, y la más pequeña equivocación puede traer resultados terribles. Últimamente un famoso cirujajano vienés fué asesinado por una clienta, porque su trabajo habíale estropeado la nariz. El operador facial debe poseer los más altos conocimientos de cirugía. Debe ser suave y al mismo tiempo firme; debe comprender las necesidades y el temperamento de sus pacientes; pero, sobre todo, debe ser un artista. Él debe juzgar el cambio que puede producir en la cara, o qué arreglo beneficiaría más a ésta; claro que no puede convertir en una Venus o en un Adonis a un esperpento, pero sí puede sacar ventajas a los rasgos naturales.



El embellecimiento facial es una de las mayores preocupaciones de la mujer. He aquí a la experta Catalina Carey haciendo una demostración de sus procedimientos. La mitad limpia de la cara ya ha sido sometida a la prueba.



Dos jóvenes sometidas a tratamiento: la de la izquierda lleva puesta una faja para reducir la doble papada, y la de la derecha una máscara para estirar el cutis.

Una nota de CARLOS WILLI

Todas las MUJERES PUEDEN ser BELLAS con AYUDA de la CIRUGIA FACIAL

La cirugía facial que más se conoce es la llamada "estiramiento de la piel". Esta operación es muy simple, y consiste en achicar la piel para que las arrugas disminuyan. Esta operación es perfectamente natural, puesto que no hace más que eliminar la piel superflua. De los millares de casos que he tenido entre manos, no recuerdo que en ninguno de ellos haya quedado cicatriz. En la mayor parte de los casos, la piel ha vuelto a su estado normal en el término de una semana, y ni siquiera con ayuda de un lente de aumento se conocen los rasgos de la operación.

Hay algo trágico en esas mujeres que caen en la categoría de "cuarentonas"; si sólo se dieran cuenta de que no es necesario mucho para hacer desaparecer las arrugas y los bultos debajo de los ojos, no sufrirían tanto. La operación para hacer desaparecer las arrugas no dura más de cuarenta minutos, y aunque en la mayor parte de los casos un descanso de veinticuatro horas es necesario; muchas mujeres pueden hacer sus quehaceres después de la operación.



Un ejemplo de estiramiento de la piel del rostro y del cuello. Aquí aparece una señora antes de someterse al tratamiento, y después de realizado éste. Como se ve, los resultados no pueden ser más notables.

La cirugía facial hace mayores progresos cada día que pasa, de suerte que antes de mucho tiempo no habrá más mujeres feas que aquellas que no quieran dejar de serlo. Los nuevos procedimientos garantizan por mucho tiempo el arreglo del rostro. Y ya se sabe que no hay mayor estímulo para el amor que un rostro que, a pesar de los años, siga conservando su belleza y su frescura.

Debemos también tomar en consideración que el vigor juvenil de una mujer se restaura en gran parte cuando recupera la apariencia de juventud. Es una de las tragedias de la vida que la mujer se avejenta por el sólo hecho de preocuparse continuamente de su vejez. Una vez que las arrugas desaparecen, ella es otra mujer; le parece que recupera de nuevo su juventud y su personalidad.

La mayor parte de las mujeres reconquistan por medio de esta operación su juventud por cinco o diez años, y a veces por más. Al final de ese tiempo pueden hacerse de nuevo esa operación, y las arrugas vuelven a desaparecer. No conozco nada que haga alargar la vida como el arte de la cirugía facial.

Los bultos debajo de los ojos es otro de los signos que demuestran la edad: esta operación es algo más difícil, pero perfectamente segura, si la hace un experto.

El sistema que uso para mejorar los bultos debajo de los ojos, es único. Hay, es claro, muchos cirujanos faciales en el mundo que tratan estos casos con éxito, pero usan diferentes métodos. Como en los casos del estiramiento facial, no encuentro que sea necesaria la anes-

sia general; creo suficiente tratar la parte afectada con un proceso de enfriamiento, que insensibilice la piel, o con una anestesia local, que no perjudique.

Las bolsas debajo de los ojos son abiertas, y por mi procedimiento especial, su contenido es sacado inmediatamente. Esta operación puede ser hecha tan rápidamente como el estiramiento de la piel, y la paciente no sufre la más ligera molestia. Claro está que se necesitan cuidados extraordinarios, porque el lugar de la operación es más delicado; pero si la operación ha sido hecha por un experto, no hay el menor peligro.

A los que dicen que siempre hay peligro en las operaciones faciales, les contestaré que si fueran a un herrero para hacerse extraer un diente y tuvieran malas consecuencias, a los únicos en culpar es a ellos mismos.

El cirujano facial no pretende hacer hombres y mujeres perfectos; busca hacer recuperar la juventud a sus pacientes, usando procedimientos naturales.

Por ejemplo: el sacar la piel superflua de las orejas tiene un extraordinario efecto de rejuvenecimiento.

No se puede vislumbrar todo lo que puede dar la cirugía facial. Las señoras que han perdido el afecto de su esposo por su avejentamiento, deben someterse a estas operaciones. Los esposos deben obligar a sus esposas a someterse a la operación facial, en lugar de criticarla, como lo hacen ahora. No creo que nadie sea más contrario a estas operaciones que la mayor parte de los esposos. No quieren que la mujer tenga una belleza standard. Creo que estos esposos deberían informarse personalmente sobre las maravillas de las operaciones faciales.

Hace veinte años, un joven ingeniero se fué al Africa a hacer fortuna, dejando una novia que lo esperó paciente hasta su regreso. Pocos días antes del regreso, la novia, después de mirarse al espejo, tuvo el dolor de darse cuenta de que su belleza había desaparecido. Vino a mi consultorio, y las arrugas y carnes superfluas desaparecieron; su novio quedó sorprendido de lo bien que estaba, y comenzó a preocuparse de su propia cara, que había sufrido los efectos del clima y del sol de Africa. Un día vino a verme; lo operé, y la pareja ganó diez años.

No veo ninguna razón que impida en el futuro a los hombres y a las mujeres gozar de las ventajas de la cirugía facial.

Tenemos en nuestras manos la libertad de la edad; no la dejemos escapar.

FIN

Los últimos Rosales

(Continuación de la página 25)

En cierta oportunidad fué requerido por el coronel Leyria para subscribir un petitorio al gobierno, relacionado con la cesión de algunas parcelas de tierra a los indios, y por primera vez se vinculó a los que como él habían afrontado años antes el desierto y eran ahora estancieros que no sólo defendían allí su vida, sino también sus intereses.

Fué en una de estas oportunidades en que León y Angel volvieron a encontrarse. Por mucho que los hubiera vinculado una amistad casi fraterna, el alejamiento de tantos años, algunos pedidos de aparte inoportunos y otros rozamientos naturales en vecinos que son por fuerza rivales, había determinado entre ambos una situación de equidistancia casi inamistosa. Pero se saludaban con aparente cordialidad y se interesaban por sus respectivas familias.

Angel, por su parte, había realizado en su vida una trayectoria no menos interesante; hombre inquieto, movido por el estímulo de su propio entusiasmo, había logrado transformar el páramo en un oasis. La hija del "vasco Larrieu" le había proporcionado la consabida media docena de muchachos, que aun cuando medio baguales, le resultaban muy útiles, pues que cada uno de ellos, a medida que se iban desarrollando, pasaba a ocupar un lugar entre la peonada.

El padre los quería así, "hombres de campo", sin más conocimientos que aquellos que pudiera proporcionarle la escuela rural, ya que en la vida no habrían de necesitar mayor caudal de sapiencia, destinados como estaban a ser en la estancia la prolongación del fundador.

Hasta en esto disentían los viejos amigos, y cuando Angel se refería a los hijos de León, los ridiculizaba porque alguna vez uno de ellos llegó hasta el pueblo con caballo de tiro y sentado en una montura inglesa.

Ya antes que él los peones habían expresado su inquietud, cuando el "niño" decidió reemplazar el recado por aquel extraño y sintético atalaje.

—Pero, cristiano bárbaro, ¿no está viendo qu'es muy duro pa galopiar las treinta leguas d'ida y güelta?... Eso ha de estar lindo pa un paseíto por dentro de la quinta... Pero habrá de ser brujo si no se refala y castiga con el costillar contra el suelo...

Los muchachos de don León eran "puebleros" que comenzaron por incorporar a la estancia las primeras modalidades que conmenzaban a llegar al país procedentes de Europa. A su vez, los Leales se confundían, y lo hacían con orgullo, con la propia peonada de "Los Angeles". De bombachas y alpargatas, no se les caía del recado el lazo ni las boleadoras. ¿Por qué se había establecido entre ambos núcleos una situación inamistosa? Nadie hubiera podido explicarlo muy claramente.

Angel y León habían sido amigos casi fraternales, y cuando llegó el momento, el primero recibió el apoyo del segundo y fué así cómo había hallado en la vida su verdadero camino. Independizado Angel, campeó por sus propios fueros y piedra sobre piedra fué levantando su casa. La amistad se había enfriado por leves rozamientos relacionados con las tareas del campo. Pero nada más. Los hijos, en cambio, educados de distinta manera, apenas si se conocían; pero cuando alguna vez el azar los ponía frente a frente, se miraban como adversarios. Ya eran muchachos cuyo bozo comenzaba a apuntar y a flor de piel se advertía que no era posible ningún acercamiento. La situación se agravó luego de algunas de las reuniones celebradas en el Azul bajo la presidencia del coronel Leyria: se habló de política.

El gobernador necesitaba un hombre para integrar la lista de senadores que estaba preparando, y el coronel le había indicado el de León Rosales. Por puro espíritu de emulación, más que por el afán de ser útil al progreso de la provincia, Angel aspiró a disputar esa banca al amigo. Y movió cielo y tierra para lograrla. Cuando advirtió que los esfuerzos eran inútiles y que nada había de lograr contrariando las decisiones de quienes mandaban, cortó todo vínculo con el núcleo directivo y decidió encabezar una oposición tenaz y enérgica. No imaginó nunca don

(Continúa en la página 43)

Los cuentos de
MAMA NONA



Cómo se aprende a cocinar

RULITO, mi hija, quiere ser una mujer útil y sabia en todo sentido. Estudia idiomas, aprende labores y sigue sus clases sin interrupción en el colegio.

Ahora quiere ser buena cocinera, y me ha pedido que una vez por semana la dejemos descansar a Brígida.

Ayer fué el estreno; nos preparó un menú magnífico.

Se levantó a las 6, encendió la cocina, preparó dos postres, uno para el almuerzo y otro para la noche. Preparó también una torta para la hora del té.

Con el deseo de que las pequeñas lectoras de mis cuentos hagan lo que Rulito y alegren con ello y ayuden a su mamá, voy a indicarles las recetas que tan buen resultado dieron ayer en mi casa.

Para el almuerzo: "sopa caprichosa".

Se tuestan rebanadas de pan; se ponen en la sopera en que se va a servir y se cubre con la siguiente salsa: se hacer hervir un litro de leche con sal y unas hojas de hierbabuena; se le agregan cuatro yemas de huevo batidas y se revuelven con una cuchara de madera hasta que se espesen, sin hervir, para evitar que puedan cortarse; se cubren con rebanadas de pan tostado o frito y se sirve.

Luego nos preparó un plato de pescado.

Cortó en pedazos grandes el pescado, lo sazonó con sal y pimienta, luego lo mojó en leche y clara de huevo batida, lo pasó por harina y lo frió en aceite bien caliente.

Le siguió un conejo a la veneciana. Cortó el conejo en trozos y lo adobó con sal, pimienta y vinagre. Aparte puso a calentar cinco cucharadas de aceite con un poco de cebolla picada, tres dientes de ajo, un vaso de vino blanco, pimienta y sal; luego añadió el conejo, dejó la cacerola tapada; a fuego lento fué cociéndole, y cuando nos lo envió a la mesa, era un delicado manjar.

De postre, leche asada, que se hace de la manera siguiente:

Se mezclan seis huevos, tres con su clara, medio litro de leche, un cuarto de kilo de azúcar, vainilla y raspadura de limón; se revuelve todo y se pone al horno en una asadera untada con manteca.

Para la hora del té hizo una torta magnífica, de la manera siguiente:

Un kilo de harina, un pan de manteca, una taza de azúcar, cinco huevos, una cucharada de levadura y el rallado de un limón; se mezcla todo y se pone al horno en una tartera con manteca.

¡Era de ver qué hermosa y aliñada estaba Rulito en la cocina, desempeñándose en su tarea con una prontitud asombrosa!

Llevaba puesto un delantalcito de cretona, floreado, que le protegía el traje, y las mangas arremangadas.

A Brígida no pudimos sacarla de la cocina. Se hacía de cruces de ver a Rulito en la tarea. Pero obediente a la orden se mantuvo sentada en un ángulo de la cocina.

Por la noche cenamos opíparamente un fiambre casero hecho así:

Se pica bien medio kilo de lomo, media libra de jamón y media de pan rallado; se le agrega nuez moscada, sal, pimienta y tres huevos duros; se mezcla bien todo, amasándolo, y se pone en una bolsita de lienzo en forma de almohadilla y se hace hervir durante

(Continúa en la página 50)

INAUGURACION DE UN COMEDOR MUNICIPAL EN LA PLATA



En la ciudad de La Plata acaba de inaugurarse un comedor popular, organizado por la Municipalidad, en el cual se puede comer por sólo diez centavos. El intendente municipal, doctor Marchissoti, prueba la comida antes de ser distribuída entre los primeros concurrentes del comedor municipal.



Estos pobres niños comen vorazmente la sopa del comedor municipal. Se ve que el apetito es excelente y que todo lo demás les tiene sin cuidado.



Apenas consiguieron el plato de sopa, estos hermanitos no esperaron sentarse para hacerle los honores. El mayor, que es más voraz, ha comenzado a comer, mientras que el menor espera su turno no de muy buen humor, por cierto.



Como se ve, el comedor municipal platense ha sido todo un éxito. El cocinero tiene buena tarea en atender a tantos clientes, que no disimulan su impaciencia de hincar el diente. Los platos van y vienen sin cesar.
Fotos De la Mela



Aspecto que presentaba el salón comedor donde se realizó el banquete mensual de la Cámara de Comercio Británica, a la que asistieron el embajador de Gran Bretaña y conocidas personalidades de las finanzas y la industria.



Los banquetes de la semana

Parte de la concurrencia que asistió a la demostración ofrecida en "Novelty" a la señora Elizabeth Howard con motivo de su actuación al frente de diversas instituciones patrióticas, cuyas comisiones directivas evidenciaron de este modo su reconocimiento.



En honor del escritor Emilio de Lazcano Tegui se ofreció en el "Trocadero" una comida a la que asistió un caracterizado núcleo de amigos y hombres de letras. He aquí al obsequiado, en amable plática con su vecina.



Los médicos egresados en 1912 se reunieron en una comida, que tuvo lugar en el Hotel España, con el objeto de estrechar vínculos de camaradería. La fiesta reunió a un considerable y calificado núcleo de facultativos, según puede verse en la presente vista fotográfica.



El doctor José María Monner Sans fué agasajado en el "Trocadero" celebrando el éxito de la obra "Yo me llamo Juan García", de la que es coautor, en compañía del doctor Gómez Masía. He aquí al obsequiado, ubicado entre la pintora Emilia Bertolé y la escritora Concepción Ríos.



Los miembros de la Federación Odontológica Argentina celebraron el "Día de la Odontología", con un banquete que se llevó a cabo en el "Jousten Hotel", y que reunió a un considerable núcleo de profesionales de esa ciencia, entre los que figuran los más destacados de la metrópoli.

El DIA de la RAZA



El embajador de España, doctor Danvila, el subsecretario de R. E., doctor Alcorta, el contraalmirante Montes, el general uruguayo Gamarra, el capitán Cambier, el cónsul de España, doctor de Luque, en el palco oficial de la Sociedad Rural, donde se celebró el Día de la Raza



Un desfile de gauchos, a quienes acompaña un vaquero español, inició el desfile típico, el que alcanzó extraordinario lucimiento, constituyendo uno de los números más interesante

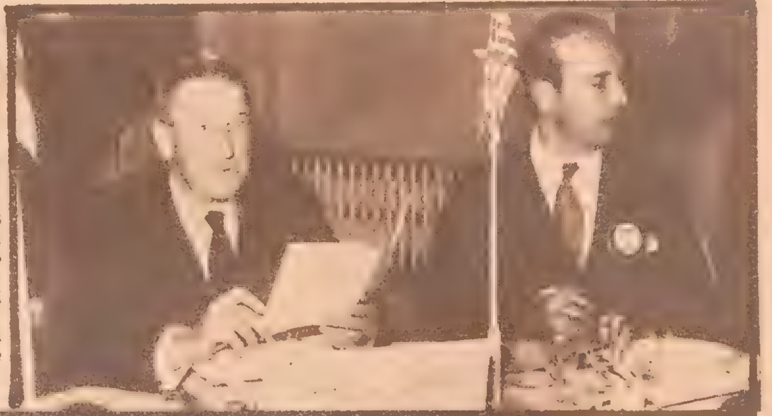


Una de las muchas sociedades españolas que participaron de la fiesta de la Raza, desfilando con sus conjuntos musicales al frente. En la presente fotografía aparecen los clásicos gaiteros españoles, que recogieron nutridos aplausos de la concurrencia, que llenaba las amplias tribunas de la Sociedad Rural.



Las vendedoras de flores pusieron en la fiesta de la Raza, realizada en los jardines de la Sociedad Rural, una nota amable y de fuerte colorido. Vistieron, como puede verse, los trajes típicos regionales

ALMUERZO EN EL "ROTARY CLUB"



El embajador de los Estados Unidos, señor Alexander Wilbourne Weddell, acompañado del señor Enrique Gil, ocupó una de las cabeceras de la mesa, en el almuerzo ofrecido en el Plaza por el "Rotary Club" en celebración del "Día de la Raza".



Dos socios del "Rotary Club", que "no hablan ma se fican", según el clásico cuento del loro, se han dedicado a observar el horizonte rotariano, que presenta caras nuevas en la festividad de la Raza".



El almirante Martín, ex presidente del "Rotary Club", firmando la planilla de asistencia al banquete; a su lado, el embajador de Chile, don Luis A. Cariola, se apresta a poner su firma y busca con tiempo en su chaleco las correspondientes gafas.



El embajador de España, doctor Adolfo Danvila ocupó un puesto de honor en el banquete del "Rotary Club". A su izquierda ocupa un asiento el secretario de la entidad, señor Benjamín Ledesma, y a la derecha, el presidente, doctor Ceballos.



El embajador de Italia, señor Mario Arlotta, también ocupó uno de los puestos de honor en el almuerzo del "Rotary Club", que obtuvo ese día una concurrencia extraordinaria.



PIERNAS...

Piernas de artistas, finas, espirituales, perfectas..., las más lindas piernas del mundo que se reúnen en los escenarios de los teatros. Los proyectores cinematográficos reflejan también sobre las telas multitud de piernas de verdaderos ejércitos femeninos, que demuestran una destreza militar en sus ejercicios de conjunto. Los concurrentes a las filas "0" de los teatros podrán reconocer en este círculo a las piernas familiares de las artistas más en boga en los espectáculos bailables. Aunque en apariencia resulten semejantes, las piernas tienen en cada caso personalidad propia. Un análisis detenido despejará la incógnita y si por acaso el "habitué" impaciente de la fila "0" quisiera evitarse la tarea de conceder a cada artista su correspondiente juego de piernas, le bastará con trasladarse a la página 49 del presente número, donde hallará la solución. Comprobará así que las piernas complementan la feminidad.



La defensa de F. C. Oeste en plena labor. Frente a un centro de MAGAN, sus compañeros de línea, PETRONHILO y GARCIA, pretenden entrar en poder de la pelota. El primero está marcado por VOLANTE, mientras que a GARCIA lo obstaculizan en su acción el back NOCEDA y el half PELLIZARI. El triunfo que logró San Lorenzo por 5 goals a 1 fué, puede decirse fácil, puesto que mantuvo a la zaga rival en constante labor.



En esta escena cerca del área peligrosa de los perdedores se aprecia el inútil intento de PELLIZARI para evitar que GARCIA se apodere de la pelota e hiciera un pase a VILLALBA, pero NOCEDA se interpone y consigue neutralizarlo. Detrás de NOCEDA está GILLI. PETRONHILO a la expectativa entre GARCIA y PELLIZARI.

San Lorenzo de Almagro venció facilmente a F. C. Oeste

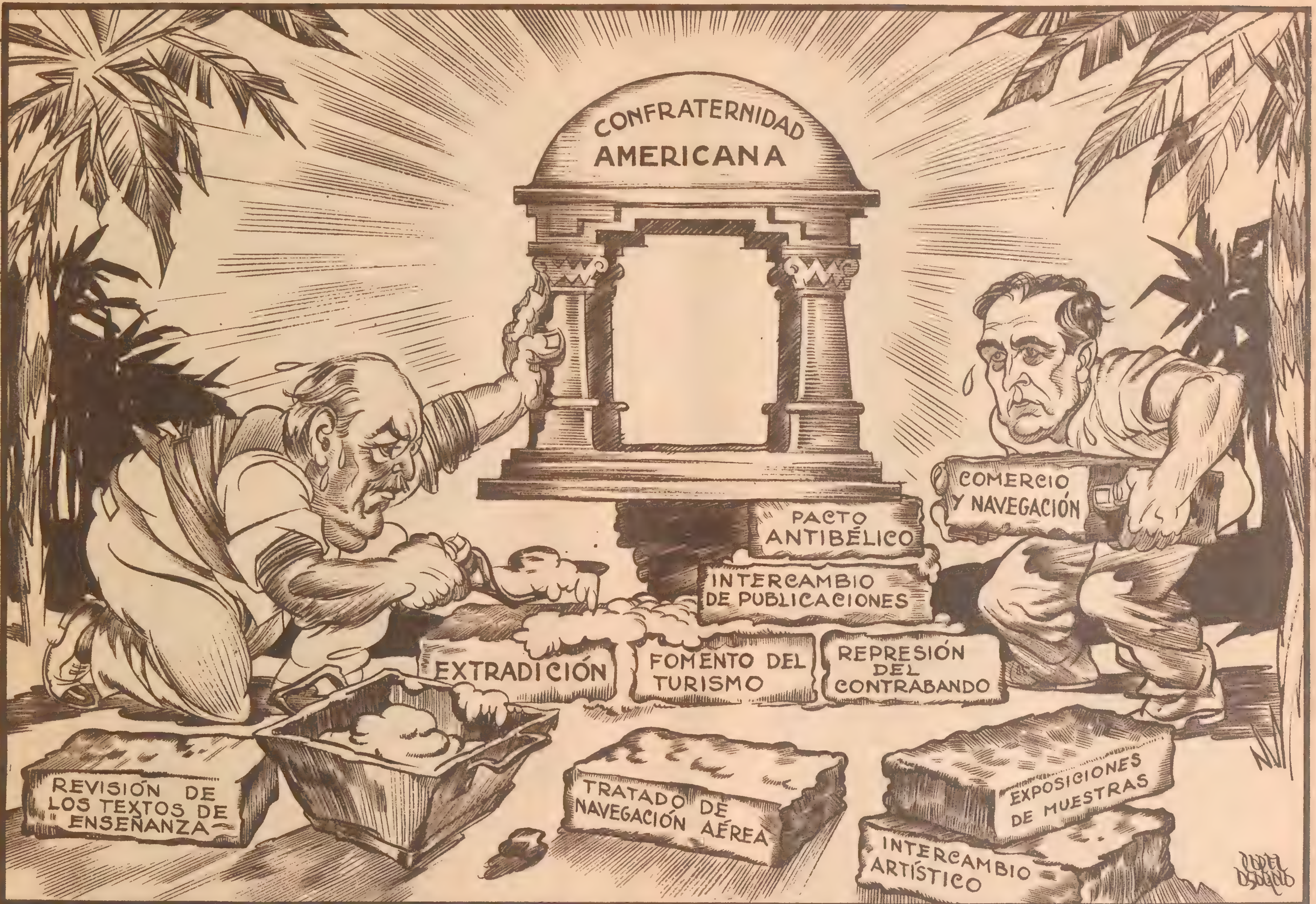


Este es el cuarto goal que conquistaron los vencedores. MAGAN a la carrera tomó la pelota proveniente de un pase de GARCIA, y con un violento y certero tiro alto dejó sin chance a PATRIGNANI, quien, pese a los tantos que se le filtraron, fué sin embargo el arquero eficaz de siempre, y merced a sus intervenciones lucidas y efectivas el score no registró cifras más altas.



El arquero LEMA en una de sus felices intervenciones. Pese a que fueron pocas las situaciones de apremio en que debió emplearse, cuando lo hizo tuvo éxito. Esta fotografía lo muestra en el instante mismo que detiene la pelota enviada por ESPONDA. FOSSA, ACHINELLI e INFANTE intervienen en la acción.

El TEMPLO de la CONFRATERNIDAD AMERICANA



La visita del presidente Justo a Brasil ha motivado la firma de varios tratados internacionales que constituyen, sin duda, los cimientos del templo de la confraternidad americana, en servicio de la cual acaban Brasil y la Argentina de realizar actos trascendentales. El ejemplo de las dos grandes repúblicas debe ser imitado por todas las demás naciones, a fin de que nuestro continente no siga el rumbo torcido de Europa, donde parece imposible concertar las voluntades en favor de la paz.

Hay que acentuar el nacionalismo en la enseñanza media



En la asamblea de profesores convocada por el Ministerio de I. Pública para acentuar el nacionalismo en la enseñanza media. Escuchan los discursos y sonríen los profesores Campori, Carlos Pizzurno, Arigós, Pianta y von Stecher.



Al doctor Juan José Leiva le ha tocado una compañera de asiento gentilísima, la señorita Juana A. Correa, a la que apenas logra hacer sonreír. Como buen radical, el doctor Leiva no cree naturalmente en las iniciativas oficiales.



En un breve cuarto intermedio los profesores conversan animadamente. Aquí aparecen, con la señorita Manón Guaglianone, los señores Aguilar, Posse y Larrechea.



El inspector general de enseñanza secundaria, profesor Juan Mantovani, declara abierta la asamblea del Mariano Moreno. En la secretaría, según puede verse, actúan los señores Córdova y Martiarena.



El nacionalismo en la enseñanza de la historia, tema que en ese instante se está considerando, preocupa al profesor que aquí aparece, ensimismado.



El ingeniero Lorenzo Dagnino Pastore, dos veces profesor, porque también desempeña la noble cátedra del periodismo, tuvo un descollante papel en la reciente asamblea convocada por el M. de I. Pública.

Los catangos tirados por la clásica yunta de bueyes sirven muchas veces, en las desiertas soledades patagónicas, para auxiliar a los automóviles en la forma de que da idea esta fotografía. La escena ha sido sorprendida en el Chubut, en la huella llena de baches que va de Paso de Indios a Tenka.



También hay que recurrir al viejo remedio de los caballos de verdad (los del motor no cuentan en estos casos) cuando un río o un arroyo se interponen en el camino. Tal vemos en la fotografía la forma en que un auto cruza el río Senguer en el Chubut, tras haberse quedado en la corriente.



HUELLAS, VADOS y BARRIALES: POR LOS



Los arenales del Neuquén son famosos por lo difíciles de cruzar. Los autos patinan en su escurridiza extensión, y una vez más hay que recurrir a las nobles bestias para salir del apuro. Esta fotografía ha sido obtenida en el camino de Zapala a Chos Malal.

LA ubicación diseminada de los centros poblados de los territorios argentinos, como asimismo la falta de caminos y medios de movilidad hace penosa y ardua la empresa de viajar por ellos, pues hay que hacer largas travesías por entre montes, bosques y bañados o por médanos, serranías y pedregales inhospitalarios y estériles.

Dan una idea más o menos exacta de lo aseverado las fotografías que ilustran esta página.

Las comunicaciones se interrumpen en el invierno por las grandes nevadas y en el verano se necesita ser muy avezado para atravesar los ríos, que por los deshielos o las lluvias se convierten en torrentes. El correo, las cargas y hasta las comunicaciones telegráficas se interrumpen a menudo, hasta por meses. De ahí que viajar por los territorios sea tarea casi heroica, según podrá verse en los grabados de estas páginas.



¡Up!... Una manito, y ya está. Mientras por atrás los voluntarios tratan de levantar el coche, los caballos tiran por delante. Ya se saldrá del bache. Pero ello no será sin quedar a la miseria de barro y más cansado que ñandú perseguido. La foto ha sido tomada camino a Río Grande, en el Chubut.



Atascarse en la huella es algo tan frecuente, que casi ni valdría la pena referirlo; pero este caso es singular debido a la "clavada del fortacho" y a la cavilación que produce el problema, difícil por cierto, de sacarlo de ahí.



En el Chaco la naturaleza es distinta. Más cálida, más generosa. Ello ha hecho que los medios de comunicación sean mejores. En la foto puede apreciarse así al contemplar la "zorrita" a punto de deslizarse por la vía, rumbo al pueblo.

ESO Y NADA MAS ES VIAJAR TERRITORIOS ARGENTINOS



A veces no bastan los caballos y hay que ir a buscar bueyes para sumar su lenta fuerza a la de los nerviosos pingos. Así los automóviles salen de los barriales y de los sitios en que la arena vuelve inútil la desesperación del motor. La típica escena transcurre a orillas del río Negro.



Las balsas son otro de los recursos sin los cuales no se podría viajar en los territorios del Sur. Aquí vemos la que sirve para cruzar el río Agrio en el Neuquén, barrera fluvial que hay que franquear para hacer la travesía de Zapala a Chos Malal, o viceversa.



Esta tropa de carros va hacia San Martín de Los Andes por el camino de Vega Maipú, en el Neuquén. Lenta, pero seguramente los bueyes van franqueando la distancia, mientras los troperos dormitan en el pescante, acunados por el chirrido de las ruedas y los remezones que en ellos ponen los baches.

NOVEDAD DEPORTIVA

EL BOTE SIDECAR



La novedosa moto-sidecar vista desde atrás. En tierra ambas partes van unidas, pero hallándose en el agua se desprenden. Obsérvense los dos grandes flotadores que lleva



He aquí un aspecto de la parte delantera del sidecar, de gran similitud con un dirigible. A la derecha puede verse uno de los dos flotadores de que está provisto y que, a la vez, es portador del motor.

Instante en que el cuerpo del sidecar está totalmente separado de la motocicleta y convertido así en bote. Esta novedad deportiva es invento de un alemán, muy amante, sin duda, de las innovaciones acuáticas.



Un ocupante del novedoso aparato acuático en el momento de hacer funcionar el motor que pondrá en marcha al bote sidecar, que ha constituído todo un éxito en Alemania, principalmente por ser útil y muy original.



He aquí dos sidecars avanzando por el agua; uno de ellos impulsado por el motor y el otro por la fuerza de los remos. Obsérvese la graciosa forma de ambos.

Aplicación OVALADA interpretada en CROCHET ARTISTICO





He aquí la forma como Clyde Beatty hace que sus elefantes sean embarcados, perfectamente asegurados por el vientre y las patas

¡DOMANDO FIERAS!!...

Una serie de EMOCIONANTES ALTERNATIVAS en la AZAROSA VIDA del GRAN DOMADOR CLYDE BEATTY



Uno de los números circenses más difíciles de presentar es el que consiste en la exhibición de un tigre montado sobre el lomo de un elefante trotando por la pista. Harto conocido resulta el odio que estas dos bestias selváticas se profesan desde siglos atrás, odio que en lugar de mermar se acentúa cada vez más. En este interesante capítulo nos narra Clyde Beatty las incidencias de una breve lucha sostenida en la pista entre estos dos animales, así como el momento en que él estuvo a punto de perder su propia vida entre los colmillos de un elefante que lo atacó sin motivo aparente alguno, pero con causas suficientes, según se vino a comprobar después de pasado el mal momento.

ES un detalle harto conocido el odio que mutuamente se profesan los tigres y los elefantes. Es un odio de razas nacido quién sabe dónde e imposible de extirpar. ¿Considera el lector, entonces, los grandes inconvenientes con que debe tropezar un domador que se ha empeñado en hacer que estas dos bestias actúen juntas en una exhibición circense? Tratar de que un tigre monte sobre el lomo de tal paquidermo es mucho más dificultoso que otras pruebas más o menos conocidas, debido a que en este caso el domador debe tratar de unir a dos fieras dispuestas a atacarse en cuanto se hallan frente a frente.

En cierta oportunidad conseguí, tras muchos esfuerzos, hacer que "Jojo", un elefante, y "Jake", un tigre, hiciesen algo similar a la prueba del tigre cabalgando sobre el caballo. Pero fué por poco tiempo, ya que un incidente, que en principio careció de importancia, lo echó todo a perder. Después de haberlos dejado en perfecta armonía regresé de un corto viaje a diversos pueblos del interior de Estados Unidos, y al reiniciar la prueba que tan amigablemente realizaban antes, ambos comenzaron a actuar como si jamás se hubiesen visto.

Pegó el tigre un brinco y fué a caer sobre el lomo del elefante que comenzó a agitarse con el evidente propósito de despedir aquella carga. En tal situación, ni corto ni perezoso saltó el tigre. Y apenas había entrado en contacto con el suelo, "Jojo" hizo todo cuanto pudo para aplastarlo con sus patas delanteras. Pero fué lento en comparación con la rapidez desarrollada por el gran gato, que dando un brinco logró escapar de una muerte segura.

Evidentemente, "Jake" no comprendía por qué su compañero de tareas había querido aplastarlo. ¿Acaso él le había hecho daño al saltar sobre su lomo? Decididamente tenía sobrados motivos para sentirse ofendido. Y dispuesto a vengar tal ofensa, inició un ataque a las patas traseras del paquidermo, poniendo en juego simultáneamente sus dientes y garras. Cinco segundos después de esto el estado de las patas del elefante denotaban la extremada ferocidad que animaba al felino. Sacudiendo fuertemente su trompa, "Jojo" trataba de librarse de aquel martirio, y no encontró forma más eficaz de hacerlo que retrocediendo y apretando al tigre contra los hierros de la pista. Al sentir la horrible presión lanzó el felino un rugido de dolor y soltó su presa. El elefante bajó la cabeza y cargó contra los barrotes torciendo varios de ellos, tal fué el ímpetu con que atacó. Pero no cesó aquí en su acción sino que con una nueva carga partió varios hierros dejando un boquete bastante grande.

Afortunadamente, "Jojo" era en el fondo un elefante tranquilo, y no resultó dificultoso a mis ayudantes apresarlo. En cambio, con "Jake", el peligro era mayor. Él fué más rápido, pero yo advertí primero la dificultad; el boquete abierto, por el que podría escapar. Rugiendo, "Jake" comenzó a caminar en dirección a mí. Sabía, sin duda, que era yo el único que podría privarlo de la libertad. Apelé entonces a mi revólver, y un estampido lo hizo parar en seco. Gritando, advertí a uno de mis ayudantes que abriese la puerta de la celda de seguridad en la que yo me colocaba siempre antes de aparecer en la pista, y en seguida tomé la iniciativa. No sin bastante trabajo obligué al felino a refugiarse en aquella celda, ayudado por mi látigo y la silla.



Luego de haber visitado al tigre y comprobado que se hallaba perfectamente tranquilo, me dirigí a visitar al elefante.

En todo el resto del día no quise volver a colocar frente a frente aquellas fieras. Hubiese sido demasiado peligroso hacerlo.

"Jojo", por su parte, se había tranquilizado; pero varios días más tarde me demostró que no había olvidado el incidente. Mi intención era llevarlo a la pista y hacerlo trotear un poco, prueba psicológica esta que me haría reconocer qué clase de memorias le traía aquel lugar. En otras palabras, quise tener la seguridad de que la bestia en cuestión actuaría en la pista sin intentar rebelarse. Fué así que, luego de haber visitado al tigre y comprobado que se hallaba totalmente tranquilo, me dirigí hacia "Jojo".

También éste había aparentemente olvidado lo ocurrido días anteriores. Y digo "aparentemente", porque en realidad no fué así, pues en cuanto entramos a la pista, el paquidermo levantó la trompa y, a tiempo que resoplaba sonoramente, descargó sobre mis espaldas un golpe que me hizo entrar en contacto con el suelo. El hombre reza de rodillas, mas puedo asegurar que en aquel momento yo recé de espaldas, en tanto "Jojo" avanzaba con la trompa en alto con no muy tranquilizador aspecto.

Pero estuve rezando por muy poco tiempo. Fué una suerte enorme la que tuve, pues alcancé apenas a desviarme y evitar tan terrible golpe. Pero mi salvación fué sólo momentánea, ya que el paquidermo insistió y no tuve siquiera tiempo para advertir su maniobra. Y me encontré en el suelo, prisionero frente a aquellos dos poderosos cuernos de marfil. Si el cerebro de "Jojo" hubiese en aquellos instantes funcionado normalmente, habría podido levantarme sin dificultad alguna, pero estuvo observándome con evidente muestra de curiosidad por espacio de

diez o doce segundos, en tanto uno de mis ayudantes trataba de quitarlo de mi lado. Ese tiempo me bastó, sin embargo, para serenarme.

..El paquidermo me levantó varias veces con su trompa y volvió a depositarme en el suelo. Evidentemente, lo que quería era depositarme en una posición tal, que le fuera posible hundir sus colmillos de marfil en mis carnes. Lo advertí, y cuando otra vez me sentí suspendido en el aire, apresé una de tales armas fuertemente con ambas manos. Y así estuve. "Jojo" me levantaba y me volvía a depositar, obligándome a hacer una serie de contorsiones que enorgullecerían a cualquier artista circense.

Al fin, varios de mis ayudantes, advertidos del peligro que corría, se hicieron presentes armados de garfios o ganchos, y poco a poco obligaron al elefante a hacer abandono de su presa y de sus mortíferas ideas. Fué sacado de la pista y amarrado convenientemente. Cheerful, uno de los que habían contribuído a librarme de tan embarazosa situación, me ayudó a levantarme. Después:

—¿Qué le sucedió, Clyde? ¿Quería suicidarse? — preguntó.

—¿Por qué? — interrogué a mi vez.

—Por lo que quería hacerle a "Jojo"...

—Yo no le quería hacer nada. Lo traje a la pista para practicar con él. Nada más...

—¿Y él lo atacó sin que usted le diese motivo?

—Así es — respondí.

Cheerful se quedó pensativo unos instantes. Luego, como si una repentina idea hubiese sacudido a su cerebro, volvió a interrogarme:

—¿Y dónde estuvo usted antes de traer a "Jojo" a la pista?

—En el patio donde están las jaulas de los tigres. Fuí a ver a "Jake".

Y entonces, tras una sonora carcajada, Cheerful sentenció:

—¡Ahora me explico! ¡Huele usted a tigres, Clyde; huele usted a tigres!

Cheerful tenía en aquel momento toda la razón del mundo. El fino olfato del elefante había notado en mí un suave olor a tigres, detalle que le había enfurecido, fresco aún en su memoria el recuerdo de las heridas que "Jake" le había hecho. ¡Y pensar que por ese simple detalle (a pequeñas causas, grandes efectos) había estado yo a punto de ser despedazado por aquel paquidermo!

Dos meses más tarde pude, sin embargo, presentar al público la exhibición de un tigre montado sobre el lomo de un elefante. Pero el felino no era "Jake", ni el paquidermo "Jojo". Tuve que tomar otra nueva pareja y comenzar de nuevo con el aprendizaje, pues con aquellos dos ni intenté siquiera volver a insistir. Un elefante nunca olvida...

Los últimos Rosales

(Continuación de la página 27)

Angel Leal que aquel paso habría de ser, con el tiempo, algo así como la piedra fundamental de una fuerza política, que llegaría a organizar revoluciones para ocupar el gobierno.

Don León Rosales ocupó, pues, una banca en el Senado de la provincia, y aunque guardó absoluto silencio, se vinculó a los hombres más esclarecidos de su época, que en la legislatura de Buenos Aires, antes de la federalización de la capital, irradiaban la elocuencia de su palabra en debates memorables. Estaban allí Luis Sáenz Peña, Juan José Romero, Miguel Goyena, José Hernández (Martín Fierro), Mariano Demaría, Rufino Varela, Rafael Ruiz de los Llanos, Emilio de Alvear, Gregorio Torres, y tantos otros porteños que formaban, por así decirlo, la "flor y nata" de aquellos tiempos, estancieros en su mayoría, que eran, como el propio León Rosales, "senadores de número".

El tiempo pasaba para todos, y como los años eran prósperos y el país se hallaba en ese momento inicial de su desarrollo, el esfuerzo hallaba de inmediato su premio.

José Peral, el "gallego galerista", que había salido a la ventura en el viaje inicial de León Rosales, y que siguiendo la trayectoria de su audacia y de su espíritu de empresa se había convertido en pulpero, hizo venir de España la elegida de su corazón, y con ella la madre y el padre, quienes, al fin y al cabo, aunque viejos, de algo le habrían de servir en los menesteres de la "esquina".

Ya el boliche "La Banderita" — así lo habían bautizado, porque sobre el mojinete principal había colocado un trozo de latón al que dió forma de gallardete — era el negocio más importante de la zona. El crédito facilitó a don José su marcha ascendente. Ya era el suyo un almacén de "ramos generales" y algo así como una sucursal bancaria. No solamente pagaba los cheques de los vecinos, sino que en muchos casos facilitaba anticipos a cuenta de cueros y lanas que los estancieros le entregaban y que él mandaba retirar en sus enormes carros. Media docena de éstos formaban su "tropa", y cien caballos, marcados y contramarcados varias veces, constituían el conjunto escuálido y deshecho a cuyo cargo estaba el arrastre de aquellos carromatos, algunos de los cuales admitían una capacidad de treinta mil kilos.

Era el orgullo de don José poseer el vehículo más importante de la región. El vasco Jacinto Narvalaz, que había sido alambrador y que también se había radicado en el Azul, se jactaba de ser el dueño del mejor y más grande carro de cuatro ruedas de veinte leguas a la redonda. Don León no se resignó a quedar relegado al segundo término, y en uno de sus viajes a Buenos Aires, mandó hacer uno que sobrepasara a todos los que se habían hecho hasta el presente y que se pudieran hacer por muchos años.

Fué en ese viaje cuando don José conoció la posibilidad de una ampliación en la línea del ferrocarril que llegaba únicamente hasta Las Flores.

La ubicación de su almacén, en el cruce de dos caminos, le hizo pensar en la existencia de un futuro pueblo. Con espíritu previsor, don José había invertido sus ganancias en la compra de hectárea sobre hectárea. Fué así cómo llegó a integrar un "par de legüitas apenas", según lo expresaba él, cuando quería destacar su insignificancia junto al inmenso poder de los terratenientes, dueños y señores de la comarca. ¿Qué significaban, en efecto, esas "dos legüitas", cuando las estancias más chicas tenían diez leguas de campo? Es claro que su situación en aquel paraje habría de favorecerlo, si por acaso llegaba alguna vez el ferrocarril.

Entonces sí don José daría el salto que él soñara cuando inició su fantástico viaje a "las Américas", luego de haberse fugado del hogar paterno, en la aldea rodeada de montañas.

Entretanto, era necesario pensar en la educación de sus hijos. Él era "un gallego bruto", y aspiraba a que sus descendientes no soportaran en el futuro ninguna de las contrariedades que le había ocasionado más de una vez su ignorancia.

A su mujer le había hablado en varias ocasiones:

(Continúa en la página 50)



Toreros de pacotilla llegan, como si fueran cómicos de la legua, a exhibir su destreza en una...

CORRIDA DE



I

LAS diez y siete horas de una tediosa tarde pueblerina anunciaban las campanadas del reloj de mi farmacia, campanadas cuyo eco se perdía entre la silenciosa hilera de frascos rotulados que, como inanimados muñecos del "grand guignol" de la famacopea moderna, parecían sonreír, incrédulos, ante el resultado terapéutico de sus contenidos.

Sentado frente al mostrador, Alberto Jáuregui, flamante alumno de sexto año de medicina, leía sin leer uno de los tantos periodicuchos de "la prensa local", en los que con irreverente promiscuidad aparece la noticia del casamiento de la señorita X con el estanciero Z, juntamente con el aviso de propaganda de la cochería de pompas fúnebres más importante de la comarca, inserto deliberadamente en la sección "Sociales". Al fin y al cabo, se dirá el periodista, casamientos y entierros pueden figurar en la misma sección. ¿No se trata, acaso, de variaciones sobre un mismo tema?

Yo me encontraba en el laboratorio preparando unas antipáticas píldoras de creosota y fenol que habían sido recetadas por un médico "optimista" a un tísico, que en el periódico del día siguiente figuraría escalonado entre los novios y las pompas fúnebres, cuando de pronto escuché el siguiente diálogo entre Alberto y un curioso parroquiano:

— ¿Es usté er tío Remedios?

— ¿Cómo dice el señor?

— ¿Que si es usté er farmacéutico?

— ¡Ah! El farmacéutico. No entendía eso del tío remedios...

— Pues, amigo de mi arma, er tío remedios y er farmacéutico son una mesmísima cosa; lo mismo que si usté dijera que cuatro güevos son dos pares, pongamos por caso.

Atraído por la curiosidad provocada por este diálogo, abandoné el laboratorio y me dirigí al salón, donde frente a Alberto se encontraba un extraño personaje, tipo de chulo andaluz. Vestía amplios pantalones de pana de color marrón; un proyecto de saco representado por una chaqueta muy cortona, de finísimo terciopelo negro; una chillona faja de color punzó daba, por lo menos, diez vueltas a su delgada y quebradiza cintura, y un amplio sombrero de castor de color gris perla, ribeteado de negro, echado sobre la frente, casi cubría la mirada de sus ojos chispeantes, que se movían dentro de las órbitas con la agilidad de aleteos de mariposas.

— Aquí tiene usted "ar tío remedios" — díjole Alberto, imitando al andaluz, ya en franco tren de juerga.

— ¡Que Dios lo eleve a la categoría de "rey de los emplastos"! — me auguró el visitante, acompañando su augurio con un ceremonioso saludo hasta el suelo, del que creí no volviera por temor a que se quebrara.

— ¡Ole por tu mare! — gritó Alberto, saltando de su silla como empujado por un resorte y acompañando la expresión con un repiqueteo de castañuelas. Y aquel "ole" y aquel repiqueteo produjeron el efecto de una corriente eléctrica aplicada al cuerpo de nuestro curioso personaje. Aquella cara cómicamente rasurada, con visajes de bufo, se iluminó de pronto, como alumbrada por un rayo del ardiente sol de Sevilla, del sol adorable de aquel "nido de hidalgos" soñadores, donde viven en eterna y bulliciosa compañía las manolas y los cantaores, las guitarras, las navajas, los mantones y los amarillentos chatos de manzanilla.



— ¿Er señó es andaluz? — preguntó vivazmente a Alberto.

— No, señor; simplemente aficionado — respondió.

— Pues argún antepasao andaluz debe de haber tenío usté, porque se lió con un ole que ni en la mesmita caye de Triana.

Y dando media vuelta, se encaminó hacia el mostrador donde yo le aguardaba.

— Pues sí, señores; como yo les decía, yo había acudido ar farmacéutico porque me siento un poco nervioso, y er domingo, siempre que Dios Nuestro Señó lo permita, tengo que toreá.

— ¿El señor es torero? — preguntó Alberto.

— ¿Que si soy torero? ¡Várgame Dios y María Santísima si lo soy! Y de los güenos, ya que vine a este pícaro mundo tan sólo para liármelas con los bichos.

— Torero por afición y por atavismo — aseguré yo, no pudiendo aguantar la risa provocada por los visajes y posturas del "tío ese" y la curiosidad de Alberto, que llevado por su espíritu de jarana, no se separaría un segundo del "torero".

— Por afisión o lo que sea — continuó,— er caso es que soy torero, y d'aqueyos que acostumbran a limpiar los morros con el pañuelo.

Y simulando tener una capa entre las manos, hizo un gracioso balanceo hacia el costado, como si tratara de evitar una cornada; volvió a llevar la capa, como envolviéndola a su cuerpo, hacia el otro costado; apoyó las dos manos sobre la cadera, sosteniéndola, y en un impetuoso arranque de entusiasmo exclamó:

— ¡Ole por los toros y por los chatos de manzanilla con que me ama-

CUENTO

Por

PEDRO L. PADILLA



TOROS EN CATRILO

...y aquello es un grotesco remedo que, lejos de ser espectáculo emocionante, resulta un sainete.



mantaran desde er cielo! ¡Venga de ahí!...

Toda la gama de emoción inifinita provocada por una lidia pasó por mi espíritu ante el recuerdo del imponente espectáculo de una corrida de toros allá en Sevilla, la generosa tierra de la paz, la alegría y el amor. La lidia, la "morfina" de España, como la definiera el talentoso psicólogo José Ingenieros, titánica lucha a muerte entablada entre un bruto, probable vengador de sus cornúpetos antepasados y un hombre indefenso, escudado de las iras del bruto por una hábil capa de toreo, roja, sangrienta, como si en ella hubiesen estampado sus labios de claveles y derramado sangre de corazones enamorados mil hermosas manolas!...

Después de una breve pausa y recordando haber oído algo de corridas de toros a realizarse en nuestra tranquilísimo pueblo, le interrogué:

— ¿Entonces serán ustedes los que van a torear en la fiesta de beneficencia de la Sociedad X?

— Los mesmos en cuerpo y arma. Ayer yegamos de Tucumán; estamos esperando que terminen d'arreglá er tendío y que yegue er domingo.

— ¿Son muchos ustedes? — pregunté.

— Catorce entre picaores, capeaores, espadas, ayudantes y manolas.

— ¡Ah! ¿Traen también manolas? — preguntó maliciosamente Alberto, saboreando la posibilidad de algún triunfo en probable lidia amorosa, saturada de toros y panderetas.

— ¡Josú! ¿Y dónde habrá visto usté una corría que se precie, en que no haiga manolas que animen ar torero con sus cháchara y repajoleos cuando va a entrá a matar? Una corría sin eyas sería argo asín como tener hambre y engañá al estómago con buches d'agua caliente. Y vorviendo a mi caso, ¿qué me dan ustedes pa carmá los nervios? ¿Me darán argo?

— ¿Cómo no? — respondí, y de inmediato le preparé una porción polibromurada. Le entregué el frasco, indicándole que tomara una cucharada de las soperas cada tres horas. Lo miró detenidamente, y luego leyó en voz alta la fórmula del medicamento escrita en la etiqueta: "Bromuro de sodio, bromuro de potasio, bromuro de amonio, bromuro de alcanfor." Y exclamó de inmediato:

— ¡Ay, mi mare querida; pa mí que ar primé trago de la mistura ésta voy a quedá hecho un retrato ar bromuro! Amigos míos, muchas gracias y buenas tardes. Que sigan ustedes en paz de Dios y que el domingo los vea por el tendío.

Me alargó la mano, sin tomarse la molestia de averiguar el precio del medicamento, y se despidió con un piropo:

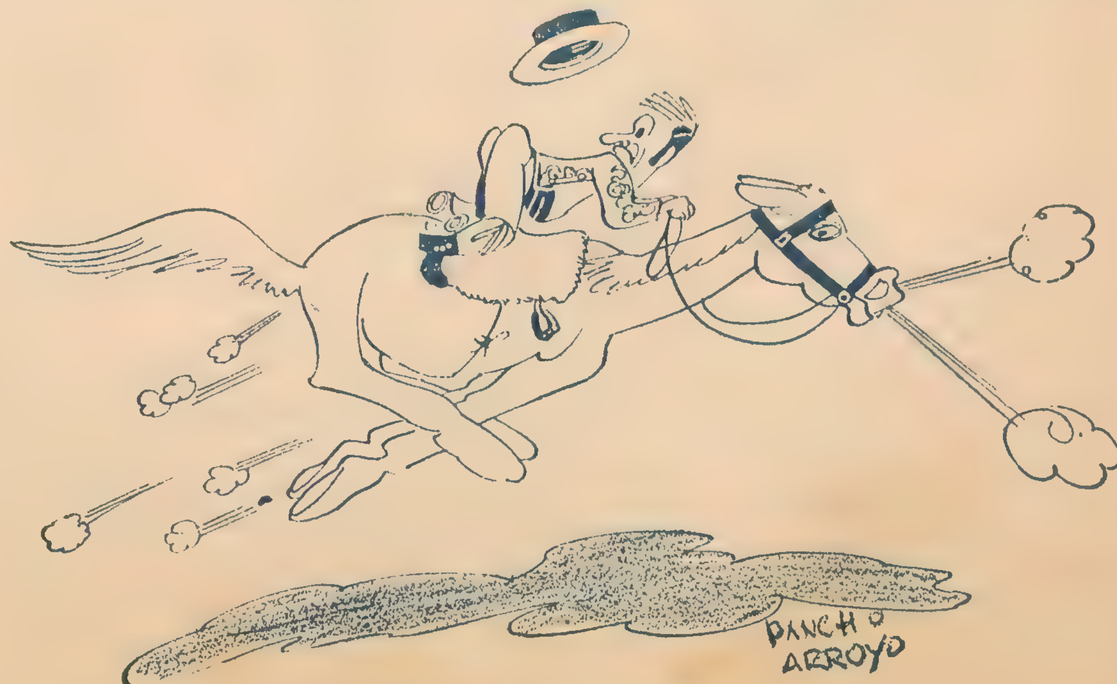
"—¡Adiós ar "tío remedios" más inteligente de toa l'América!" — Y palmeándole la espalda a Alberto, le invitó a que los visitara en el hotel donde se hospedaban, frente a la plaza del pueblo, diciéndole:

— Oye tú, "tío juerga": te espero esta noche en el hotel de López; tú tienes cara de afisionao ar jaleo; anda, que te vas a divertir; te voy a presentá unas chulas que son capaces d'hacer temblar a un San Antonio de cera con sólo una miraíya.

Y tomando con las manos las puntas de su cortona chaqueta, inició una serie de "pataíyas" en el suelo, acompañado en su meneo flamenco por los palmoteos de Alberto, que le seguía entusiasmado. El torero semejaba un pichón de pato "picazo" ensayando su primer vuelo al borde de una laguna.

Antes de continuar nuestro relato explicaremos el porqué de la tan comentada corrida de toros que fué a turbar la monótona tranquilidad del pueblo, interrumpida muy de tarde en tarde por el estruendo de una bomba anunciadora de las funciones de algún circo o la liquidación pasmosa de comestibles averiados realizada por el almacén de don Fulano, "honrado comerciante" que apremiado por circunstancias especiales, se veía obligado a desplegar sus actividades comerciales dentro del incómodo círculo formado por los abogados, procuradores y alguaciles de juzgados más nombrados del pueblo.

En el mes de septiembre los componentes de la Sociedad Italiana habían realizado una fructífera kermesse. No queriendo ser menos,



sus hermanos hispánicos resolvieron efectuar otra kermesse con fines de mutualista caridad, y, como broche final de todos los festejos con que alborotarían a la pacífica población durante una semana, figuraba una corrida de toros.

II

Las once de la noche. Cerré cuidadosamente la puerta de mi botica, y en compañía de Alberto, que aguardaba la orden de marcha impacientemente desde las nueve, iniciamos nuestra caminata por la avenida principal o calle ancha del pueblo; atravesaríamos la plaza y nos anunciaríamos en el hotel de López, negocio de hospedaje barato en que la dureza de las camas rivalizaba cumplidamente con la dureza y antigüedad de las carnes ofrecidas a los huéspedes.

La plaza ofrecía un aspecto magnífico. Rivalizando en hermosura con las flores, sus gentiles hermanas, que adornaban los simétricos canteros, las niñas, luciendo graciosísimas y tentadoras toilettes, en las que dominaban las tonalidades claras, paseaban en grupos de cuatro o cinco, tomadas coquetamente de la cintura unas, del brazo otras. Se me antojaban inquietas bandadas de palomitas blancas dialogando despreocupadamente sobre temas de trivial feminidad.

Un movimiento casi instintivo nos llevó a sentarnos en el único banco desocupado que halláramos, ubicado precisamente frente a una de las puertas del hotel de López. La noche, la hora, el perfume de las flores que abrían al cielo sus cálices inmaculados y puros; aquellas bandaditas de palomas blancas que pasaban coquetas y luego se perdían allá a lo lejos como una nube en el cielo, como una olita en el mar, convidaban a la meditación, al silencio, al recogimiento.

No sé cuánto rato permanecimos mudos, tocados los espíritus por la misma magia de sentimentalismo romántico a que incitaba el cuadro, la hora, el silencio; lo cierto es que despertamos de nuestro sueño de quimeras al escuchar una zamba provinciana, cantada con acompañamiento de guitarras por los cantores de voces aguardentosas y cascadas, localizando al dúo en el hotel de López. Abandonamos nuestro asiento, atravesamos la calle y entramos en el hotel. Un vaho acre, mezcla de cocina, tabaco y alcohol, atacó en forma violenta nuestra pituitaria.

Un "¡ole por er tío remedios!" fué el saludo con que nos recibió el "torero de la botica", el que con un salto de verdadera langosta se separó del grupo formado por sus colegas y las cuatro manolas, y gesticulando grotescamente se cuadró frente a nosotros.

—¿Cómo está usté, "tío remedios"? —dijo, alargándome la mano. —¡Qué guapo está usté! Pasen, pasen ustedes a sentarse entre los muchachos. ¿Y qué dices tú, "tío juerga"? —inquirióle a Alberto, palmeándole la cara. —¡Qué serio estás, Josú! Parece que esta noche te hubieras gastao una cara pa un velorio.

Y casi a empujones nos llevó hasta la mesa ocupada por la troupe, entre las miradas curiosas del público habitué, extrañado ante tanta familiaridad.

Tomamos asiento alrededor de la mesa ocupada por la cuadrilla, sobre la cual alcancé a contar catorce botellas de cerveza y como doscientos puchos de cigarrillos repartidos en varios platillos de café que el dueño del hotel había colocado estratégicamente, en el temor de que aquellos devoradores de tabaco incendiaran el moviliario.

Lo único pasable de la comparsa era nuestro "torero de la botica", "Reverte V", según rezaba en el cartel de la corrida, y las cuatro manolas, morenas todas, de hermosos ojos negros, movedizos y chispeantes. Los otros toreros, entre los que figuraban nombres de abolengo toreril, tales como "Espartaco VI", "Muleta IX", "Gallo IV", y otros cuyo apodo de lidia era acompañado por el número "XXX" era un conjunto de arenques ahumados por el tabaco, flacos, de ojos hundidos, en los que la miseria fisiológica corría pareja con las indudables semanas de forzoso ayuno. Para mí, que algunos ya se habrían olvidado de comer; no hacían otra cosa que fumar como murciélagos.

Amaneciendo, abandonamos a nuestros compañeros de juerga, previa formal promesa de que concurriríamos al día siguiente a la corrida. Ya transponíamos la puerta cuando la Guadalupe, una de las manolas que me había dispensado mayores atenciones durante la visita, me gritó:

—¡Oiga usté, tío Remedios!

Me di vuelta para atender al llamado; se acercó mimosamente la gitana, cuyo cuerpo adquiría insinuantes modulaciones de onda en el andar; me envolvió en la acerada mirada de sus negros ojos, profundos, soñadores, misteriosos, con sugestiones de abismo, y mientras asomaba a su boca la gloria de una sonrisa picaresca, me dijo por lo bajo:

—¿Quisiera usté hacerme un favor?

—Dos, si puedo — respondí súbitamente.

—Gracias, gachí; con uno basta, con uno solamente, que me sabrá a gloria y que he d'agradecértelo con toíta mi alma. Lo harás, ¿verdad?

¿Quién resiste al influjo soberano de un par de ojos de cielo?

—Lo haré — respondí.

—Pues tráeme mañana unos gramiyos de cocaína. — Y al notar mi azoramiento, continuó: — No t'asustes, no. Es pa mí. La tomo dende hace mucho tiempo. Tráemela, y que sea pura.

III

Llegó, por fin, la hora de la corrida de toros. La concurrencia, transportada en autos, breaks, sulkys y caballos, formaban una interminable caravana por la calle principal del pueblo. El entusiasmo era indescriptible.

—¿Y serán toros bravos como los de Mihura? — inquiría ingenuamente un concurrente hispánico al amigo que le acompañaba.

—¡Calle usted! — contestó el interrogado. — ¿No sabe, acaso, que ese ganado sólo existe en España, en los pastoreos del propio Mihura?

—Sí, sí — comentó un andaluz que formaba parte del grupo; — me parece que si trajeran aquí un bicho d'aqueyos pa ser lidiao por estos tragaleguas, ar primé estornudo que pegaba er toro, había que ir a encontrá a los toreros debajo de la tierra.

—No crea usted — argumentó otro. — Ayer por la tarde traían por el callejón de Menéndez una tropa que no parecía tener cara de muy buenos amigos.

—¡Josú, qué bravos! —respondió súbitamente el andaluz. — Si esos que traían ayer son los toros bravos, m'animo yo a torearlos a escupidas.

Y una sonora risotada del grupo, ante la feliz ocurrencia, dió término a la conversación.

La "plaza" desbordaba de gente. Alrededor de un potrerito de la feria de González habíase armado una cantidad de palcos que crujían bajo el peso de la concurrencia, que un tanto impaciente por la prolongada espera, aguardaba ansiosa la aparición de la cuadrilla. La banda del pueblo, estratégicamente ubicada en un palco adornado con hojas de palmeras y mantones de abigarradas tonalidades, inició la ejecución de un pasodoble picante y retozón. Se acallaron los murmullos de la inquieta multitud; un silencio de muerte reinó por un momento en la plaza, silencio que fué interrumpido luego por una estruendosa salva de aplausos al aparecer la cuadrilla en la arena de la lidia, marchando al compás del pasodoble.

Encabezando la comparsa marchaban las manolas, que eran recibidas por una concurrencia hispánica con unos oles que partían la tierra. Detrás de ellas los "picaores", cabalgando en unas yeguas de las utilizadas en los pisaderos de barro, flacas como guitarras; parecían sostenerse en pie gracias al apoyo que, como quinta pata, les prestaba una enorme caña tacuara

El buen humor en nuestros teatros

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO



ELLA (J. Goldar). — ¡Tú ya no eres un caballero!
EL (P. Nacaretti). — Te equivocas... ¡Aún me queda dinero!

De "INTERLUDIO ANTIRROMANTICO", éxito del Teatro del Pueblo.



PERIODISTA (J. Ferrando). — ¡Sin duda, su padre estará encantado con tantos homenajes!...
TITO (J. VEHIL). — ¡Él no los quería aceptar, pero mamá es tan persuasiva!...

De "CUANDO SE ES ALGUIEN", éxito del teatro Odeón.



SEÑOR LUIS (S. Ferrer). — ¿Qué tal, vecino? ¿Cómo van los negocios?...
EL TIO CRISPIN (J. Palmada). — Ya lo ve... ¡Tirando!...

De "EL SEÑOR LUIS, EL TUMBON", éxito del teatro Avenida.



PELO DE ZANAHORIA (P. Fernández). — Mi madre dice que soy muy feo.
EL PADRE (J. Veneziani). — ¡Tu madre exagera!
PELO DE ZANAHORIA. — En cambio, mi profesor de dibujo me encuentra hermoso.
EL PADRE. — ¡Exagera tu profesor!

De "PELO DE ZANAHORIA", éxito del Teatro del Pueblo.



SIRVIENTA (N. Piucelli). — Ahí va el viejo Euclión. ¡Es tan avaro que siempre se tapa la boca para no perder el aliento!...

De "AULULARIA", éxito del Teatro del Pueblo.



ALGUIEN (M. Faust Rocha). — ¡Cuando se es Alguien, hay que tener la suerte de saber morir a tiempo!...

De "CUANDO SE ES ALGUIEN", éxito del teatro Odeón.

terminada en acerada punta que llevaba en la diestra "er picaor". Más atrás, "Reverte V", el "torero de la botica", risueño, coquetón, vestía elegante traje de luces de color verde, con más brillantes y perlas "que gotas un aguacero", al decir de un poeta criollo. Por fin, cerrando la marcha, el grupo formado por los "capeadores": ocho murciélagos, o c h o espárragos, ocho cebollas a medio desarrollarse. Todo el poderío, todas las perlas, todos los atavíos refulgentes habían nacido y muerto en "Reverte".

Previa una vuelta alrededor de la plaza entre los frenéticos aplausos de la concurrencia, la cuadrilla formó frente al palco oficial; se adelantó "Reverte" acompañado de las cuatro manolas, y dirigiéndose al presidente le espetó un: "¡Ole por er señó presidente y por las mozas guapas que lo acompañan!" Agradeció el obsequiado el brindis,; invitó a las manolas de la cuadrilla a ocupar un sitio en su palco, y, a la usanza de "allá", entregó a "Reverte" las "llaves der toril". El torero hizo un gracioso saludo, tirando al aire la montera, y se encaminó con su cuadrilla "a lidiá er primer bicho".

IV

El primer toro, la primera víctima inocente que nada había hecho en este mundo para que la suerte le deparara tan cruel destino, era un ternero colorado, grandote, hijo de una vaca criolla, guampuda, de pelo bayo, a la que luego veremos tomar una participación muy activa en la lidia.

No quería el pobre ternerón saber nada de lidia, y casi tiene que intervenir hasta el presidente para rogarle que abandonase el toril.

A golpe de pechazos de caballos y estacadas y chuzazos aplicados despiadadamente por los "picaores", fué sacado, quieras que no, al medio de la plaza, al medio del "redondel". Quedó el pobre ternero mudo, absorto, pensativo; paseó la mirada llena de ingenua ternura por la plaza; parecía despedirse del mundo; miró fijamente hacia el toril, y como exhalando su postrera queja, lanzó un profundo balido lleno de mística tristeza, balido que conmovió intensamente a la vieja vaca baya, que resoplaba inquieta dentro del reducido brete de alambres.

—¡A empezá con este sangre gorda!—ordenó con voz potente "Reverte", un poco impacientado por la mansedumbre del ternerón y el cosquilloso murmullo de la concurrencia.

Pinchado por todos los costados, el ternerón echó a correr como alma que lleva el diablo, perseguido por aquella jauría de toreros que gritaban desesperadamente, echando a volar sus capas coloradas. No había "toro", pero había "toreros". Entusiasmados con la faena, los "capeaores" simulaban "pases" inverosímiles, corrían como locos, se atropellaban entre ellos, capeaban a las yeguas de los "picaores", que incitaban a sus compañeros con el grito de "¡ar bicho!", "¡ar bicho!", mientras "Reverte", corriendo tras el ternerón, que huía despavorido, gritaba hasta desgañitarse: "¡Asín, asín! Duro con él, duro nomás!" Y creo huelga comentar que el pobre animal quedó hecho una espumadera a fuerza de chuzazos y palos aplicados despiadadamente.

Tocóle luego el turno a la "suerte de banderillas"; un buen par clavadas en forma limpia por "Reverte" inclinó un poco para su lado el fiel de la balanza de la simpatía del público "entendío" que festejó ruidosamente la hazaña. El ternero, un poco molesto, dió muestras de avisparse. Un "capeador" se le puso de frente, animándole con la capa. Embistió el ternero, y en su atropellada dió por tierra con el torero que tenía al frente. Se levantó prestamente, restregándose los ojos y escupiendo tierra, y buscó al ternero, que bramaba enfurecido por otro par de banderillas clavadas por "Reverte".

—¡Que entre a martar, que entre a matar!—exigió el público a "Reverte", héroe de la jornada taurina, y éste, dirigiendo un expresivo saludo de agradecimiento por la confianza depositada en él, entró a matar.

El ternerón empacado, con el morro casi tocando el suelo, mugía de dolor. Un "capeador" entregó parsimoniosamente a "Reverte" la espada, un machete de vigilante, perteneciente en sus buenas épocas al sargento Bermúdez, hoy finado. "Reverte" envolvió un poco su brazo izquierdo con la capa; llevólo luego a la altura del pecho, y empuñando la espada con la diestra, "entró a matar".

Se hizo en la plaza un silencio profundo. Ya la punta de la espada tocaba la cruz del ternerón, cuando uno de los "diestros" que oficiaba de ayudante díjole al 'mataor": "Aguárdate, Reverte, que ar bicho, der susto, le ha ocurrío una disgracia..."

"Reverte", impávido, estiró el brazo con fuerza, hundiendo la espada hasta la empuñadura en el cuerpo del pobre animal, que, sin caer, lanzó un furioso bramido de dolor.

El ternerón, ensangrentado, echó a correr por la plaza dando aullidos de dolor. Al pasar por el toril y constatar el calamitoso estado de su hijo, la pobre vaca vieja saltó los alambrados que la aprisionaban, y transformada en una verdadera furia, apareció en la arena. La concurrencia inició el desbande desordenadamente, presintiendo que se aproximaba el fin de la lidia.

La cuadrilla de toreros se transformó en una tropa de gamos desteñidos; el último en iniciar la disparada fué "Reverte", y en verdad que pagó cara su afición a los toros. En un desesperado impulso de guapeza, quiso hacer frente; tarea inútil; de una feroz embestida la vaca lo hizo rodar por el suelo.

Con la espada clavada y chorreando sangre por la herida, embistió también el ternero en un supremo esfuerzo de venganza. El "Bomba IX", que en su furia de salvación se había encaramado a un árbol, gritó paternalmente:

—¡Quítate d'ahí, "Reverte", que te va a lastimá la bestia!...

V

Entre varios concurrentes subían al pobre "Reverte" a la ambulancia de la flamante Sala de Primeros Auxilios de la localidad. De "Reverte", aquel "Reverte" que hace un momento vimos aparecer en la plaza radiante de alegría, compitiendo casi con el mismo sol a fuerza de reflejos del pedrerío que le adornaba, sólo quedaba una especie de loro verde, desplumado y maltrecho.

En momentos en que partía la ambulancia, una de las manolas se encaramó al estribo y solícitamente le dijo:

—¿Quieres que suba yo p'acompañarte, arma de mi arma?

—¡Dejarme solo, mardita sea tu estampa!—rugió el torero.

—¡Anda, gachón!... No t'amilanes. ¡Viva la sangre torera!—gritó con fuerza la "niña", mientras descendía.

—¡Mardita sea la leche que t'ha criao a ti y a los bichos!—volvió a rugir "Reverte".

La ambulancia rompió la marcha velozmente, rumbo al hospital del pueblo. El sincrónico tintineo de su campana se apagaba a lo lejos, como absorbido por la nube de tierra que la envolvía. Y dicen que al pasar frente al hotel de López, una de las manolas cantaba melancólicamente, al compás de un rasgueo de guitarra:

"Torero del arma mía,
cuídate pa no morir,
que sin la luz de tus ojos
yo ya no podría vivir."

Las peripecias de PANCHO



— Tata, después no queres que te digan que "sos un gil con ruedas"...

La sonrisa de la semana

LA AFICION Y LA PROFESION

De pequeño, Emil Handersen, natural de Schleswing-Holstein, en Flensburgo, había dicho muchas veces a su padre, al cruzar una de las famosas campiñas de esa región eminentemente lechera, de Alemania: "Un día, papá, Schleswing-Holstein no será tan sólo famosa por sus vacas; lo será también por sus toreros."

En cuanto, un domingo, en jira campetre se enfrentaba con uno de los pacíficos rumiantes, el joven Emil se desataba la roja corbata de "foulard" de su traje de marinero e iba a refregarla por el húmedo y áspero morro de las vacas echadas sobre la hierba. Con dignidad y condescendencia de matronas las pacíficas bestias soportaban los avances del niño, sin tomar en cuenta su agresividad, lo mismo que el padre, peluquero de profesión, escuchaba indiferente sus fantásticos proyectos de vivir en el barrio de Triana en Sevilla y aprender el lenguaje "caloró" o gitano, en cuanto llegase a la edad de elegir una carrera.

Y, en efecto, la disciplina del colegio y de la necesidad secó en flor las aspiraciones taurinas del joven Emil; se dejó crecer la coleta, pero en cambio, tuvo que cortar los cabellos a todos sus conciudadanos, aunque la navaja en la diestra y la brocha en la izquierda más parecía dispuesto a dar "la puntilla" a un "bicho" que a afeitar a un hombre.



Pero entre aquellos ignorantes del arte que hizo la fama de Pepe-Hillo, de Costillares y Pedro Romero — ídolos del rapista alemán — tales actitudes no pasaban de ser una extravagancia innocua.

No obstante, poco a poco comenzó a murmurarse en la localidad que en la peluquería de Handersen pasaban cosas sorprendentes. No es que hubiese nada que alegar de la forma en que se realizaba allí el servicio; al contrario, Emil era un artista con las navajas, las tijeras, las tenacillas y las pinzas de depilar; pero después de realizado el trabajo, en algunos casos, y especializándose precisamente con los vecinos más respetables, con los casados y padres de familia, en un descuido les cortaba la oreja.

Perseguido por la policía y efectuado en su casa un registro, acaba de comprobarse que Emil Handersen conserva en botes de formol diez y seis orejas humanas. Apremiado por su abogado defensor a revelar las causas de tal proceder, el joven ha confesado que, desviado por la suerte de su afición a una profesión que no amaba, trató de conciliarlas en lo posible (forjándose en la mente, mientras ejecutaba el trabajo la idea de hallarse toreando) una con otra. Por eso, cuando el trabajo estaba hecho a la perfección y ante determinados hombres, la tentación de premiarse a sí mismo con el supremo trofeo de la oreja, le resultaba irresistible: "Cuando me veo ante unos pitones — ha dicho el infeliz en su defensa — no puedo contenerme."

Pero su sinceridad lo ha perdido; quizá los desorejados y los jueces se habrían sentido conmovidos ante su historia; pero las damas de la localidad se han mostrado inflexibles y piden para él la reclusión perpetua.

Miss Gioconda

PIERNAS...

He aquí la solución del pequeño enigma de la página 33:

1. Mary Carlisle.
2. Amanda Falcón.
3. Carmen Lamas.
4. Dora del Grande
5. Aída Olivier.
6. Rosita Moreno.
7. Dora Llovet.
8. Gloria Guzmán.
9. Haydée Bozán.

Para las madres

(Continuación de la página 12)

ESTIMULANTE

Atendiendo a su pedido, le damos a continuación la receta de un buen estimulante para el caso que le incumbe. Hela aquí:

Cafeína	0,25	gramos
Benzoato de sodio	0,25	"
Tintura de kola	4	"
Jarabe de naranja	30	"
Agua de melisa	70	"

Este preparado debe usted tomarlo por cucharadas, y éstas pueden ser de una a tres al cabo del día.

Cdo. a "F. de N.", de Teodolina.

Los últimos Rosales

(Continuación de la página 43)

— Cuatro hijos tenemos por la gracia de Dios, y debemos hacerlos instruídos...

— Pero a las mujeres les bastará con que sepan leer — argumentó la madre.

— ¡No, señor! No es bastante. Ahí estás tú, que ni para eso me sirves... Las dos mujeres y los dos muchachos, fueron "de cabeza" a la escuela.

José María, el mayor, luego Rosa, en seguida Carmen, y, por lútimo, León, homenaje tributado al antiguo patrón que lo había hecho su ahijado. Tal era el "lote" que don José Peral presentaba como fruto de su casamiento con la modesta galleguita que hiciera venir del terruño.

Con el propio don León habló don José sobre sus hijos.

— ¿Podré contar con su apoyo, don León, para que mis muchachos puedan entrar al mismo colegio de sus hijos?... Los veo tan caballeros, que aunque haya de gastarme las economías, los míos se harán gente...

—Me parece muy bien y lo felicito. En el primer viaje que haga a Buenos Aires, yo mismo me encargaré de los trámites del caso.

— ¿Y las muchachas, don León?

— ¿También las querés mandar a la ciudad?

— ¡Claro que sí, que aprendan!

— Le pediré a mi mujer que se ocupe de hallarles lugar en el mismo colegio de mis hijas.

Don José volvió a su casa más contento que nunca. Paso a paso iba realizando su trayectoria y ya veía para sus hijos un porvenir sin sobresaltos.

— ¡No han de ser hombres de campo — decía con absoluta convicción, — ni los quiero ver detrás del mostrador lidiando con tanto gaucho pendenciero! Quiero que mis hijos vivan como gentes... Para eso este "gallego bruto" gana dinero y no sabe en qué gastarlo.

Al comenzar el invierno del año siguiente, don José, su mujer y su prole hicieron rumbo a Las Flores, donde alcanzarían el tren que habría de llevarlos a Buenos Aires.

Fué un viaje largo, silencioso, porque pesaba sobre todos una misma angustia: la separación. El mismo don José, a pesar del halago que lo llevaba a dar este paso trascendental en su existencia, sentía en el fondo de sí mismo como un arañazo que le fuera desgarrando sus entrañas.

Los muchachos, por su parte, parecían esas plantas arrancadas de raíz de la tierra; ibań marchitos, sin aliento para nada, ya que sabían que en la ciudad su único horizonte serían las cuatro paredes del colegio.

— ¡Hombres útiles, hombres útiles — repetía don José como una cantinela, — y no un "gallego bruto" como su padre!

La madre pensaba en sus hijas: ellas, en verdad, iban a un sacrificio inútil. Pero la buena mujer había aprendido únicamente a obedecer, y guardaba silencio.

(Continúa en el próximo número.)

Rulito y Blas

(Continuación de la página 28)

tres horas en agua con sal, cebolla, zanahorias, ajo, perejil y nabos, y cuando está a punto se saca y se deja enfriar en prensa.

Un plato de huevos:

Se ponen en pequeñas cazuelas un poco de manteca, pedacitos de jamón y unas cuantas arvejas, se tienen tres minutos al fuego, se echa un huevo en cada cacerolita, se polvorean con sal y pimienta y se ponen cuatro minutos al horno.

Le siguió un plato de verduras:

"Arvejas a la crema", que se hacen poniendo dos cucharadas de manteca a derretir, se agregan dos cogollos de lechuga tierna, sal y seis cucharadas de caldo o agua; se le echa un kilo de arvejas sancochadas, se agrega una copa de leche, dos yemas de huevo con sal, pimienta y un poquito de azúcar.

El postre fué una magnífica ambrosía.

Para ella se baten siete huevos, dos con la clara; se le agrega medio litro de leche y raspadura de limón, se prepara un almíbar con medio kilo de azúcar y dos vasos de agua o leche, y cuando esto está a punto se le echan los huevos con la leche y se hace cocer a fuego lento, sin revolver.

Fué un júbilo inmenso en mi hogar el estreno de Rulito en la cocina.

Brígida se siente feliz, pues dice que Rulito todo lo aprendió de ella, y en efecto tiene toda la razón.

Juan me ha dicho que tiene orgullo de sus hijos, y que está satisfecho de la forma en que yo los encamino por la vida, enseñándoles todo lo que un hombre y una mujer deben saber.

Rulito, cuando forme hogar, será una ama de casa ejemplar; en eso confío.

Lo que nos causó mucha gracia es que mientras Rulito hacía la comida, Blas y Roque se encerraron en el dormitorio; fué inútil llamarles.

Respondieron que estaban preparando la gran sorpresa del día, y, en efecto, una vez que terminamos la cena, que ponderamos, y gustamos la rica ambrosía; mientras Rulito fué por el café, ellos trajeron una bandeja con las copas y una botella de licor.

Lo habían preparado en la forma siguiente: en un litro de anís seco habían agregado un kilo de azúcar y cincuenta centavos de esencia de banana; quemaron un poco de azúcar para darle color y lo agregaron al anís; luego colaron en papel filtro el total; y así, rápidamente, nos ofrecieron un magnífico licor, digestivo y agradable.

Como Juan estaba en el secreto, después del almuerzo se fué al centro, y en la noche, cuando los tres niños dormían, fuimos muy silenciosamente a dejar debajo de cada almohada un libro de cuentos y dentro una pequeña suma de dinero para que cada uno se comprara algo en recuerdo del primer día de labor doméstica.

Aunque Juan no hubiera premiado a los niños, yo hubiera quedado de todas maneras muy satisfecha, *por la utilidad que trae a cada uno en la vida, eso de "nada es mejor que saberse servir a sí mismo."*







Cuando se tienen...

Los OJOS SECOS

... ¿no será porque se ha llorado mucho interiormente?

I

YO he sido de todo — comenzó diciendo el hombre que había triunfado en los negocios. — Recuerdo que hasta fuí lazarillo de un ciego que, lejos de inspirar compasión, era repugnante, y hasta llegué a odiarlo con todas las fuerzas de mi corazón de niño; porque yo tenía entonces doce años y ya me ganaba la vida guiando a don Pascual, el ciego, hombre de una avaricia terrible, a pesar de que poseía en el banco una fortuna, como luego se vino a saber al irse para siempre de este mundo.

"Dormía yo en una miserable cama junto al ciego. A veces don Pascual se despertaba sobresaltado, se levantaba del lecho y me zamarreaba desesperadamente.

"— ¡*Depósito*, levántate, no te duermas! — gritaba enloquecido, con los cabellos grises erizados de espanto.

"Yo me restregaba los ojos y me sentaba en la cama. Miraba al ciego con una mezcla de rabia y terror. Y poco a poco el sueño me iba venciendo; pero apenas volvía a dormirme, tornaba aquel ciego aborrecido a sacudirme y a suplicar que no me durmiera. En mi corazón de doce años surgía el odio, un odio que no sabía cómo manifestarse y que se deshacía en planes de venganza.

"Uno de los motivos por los cuales también mi odio crecía cada vez más era porque, no obstante conocer mi nombre, siempre que tenía necesidad de llamarme, me decía *Depósito*.

"— *Depósito*, alcánzame las zapatillas.

"— *Depósito*, léeme el diario.

"— *Depósito*, ve a comprar vino.

"No hacía más que llamarme así. ¡Y había que ver la rabia que me daba oírme llamar con ese apodo tan antipático! Cuando se lo decía, él me contestaba:

"— No te enojes, *Depósito*, hijo mío. Tu nombre siempre se me va de la cabeza. En cambio, *Depósito* lo retengo fácilmente...

"Su avaricia era tan grande, que apenas si me dejaba probar un trago de vino. Decía, para justificar esta acción, que los niños no deben beber vino, que les hace daño; pero como a mí siempre me ha gustado comer con vino, le robaba una copa apenas se descuidaba un instante. Cuando lo advertía, se encolerizaba y juraba que yo iba a ser un perdido, un ladrón, cuando menos.

"Una tarde lo acompañé al banco. Tenía que depositar una cantidad de dinero. Él decía que sólo poseía unos pocos pesos, pero a mí me habían dicho que era bastante rico y que tenía varias casas en Flores. Entramos en el banco, y en seguida me dijo:

"— *Depósito*, hijo mío: mete la mano en esta bolsa que tengo en el bolsillo interior del saco y dame la libreta del banco.

"La bolsa mencionada estaba cosida al bolsillo y cerrada con un lazo corredizo; pero como su dueño le había hecho un nudo muy apretado y el ciego me tenía agarrado de ambas muñecas, yo no podía realizar la operación. Al decirle que me soltara para que pudiera desatar el nudo, se puso hecho una fiera y a dar gritos.

"— ¡Eres un ladrón, *Depósito!* ¡Tú lo que quieres es robarme la plata que tengo en la bolsa! ¡No he de soltarte, no, ladrón, canalla!...

"A los gritos destemplados del ciego acudió gente, y en seguida me agarró del brazo un pesquisante. Me llevaron preso. A las veinticuatro horas recuperé la libertad, pues el mismo don Pascual, arrepentido quizá de lo que había hecho, fué a pedirme que me dejaran libre, porque todo había sido un error..."

CUENTO

Por

HECTOR RICARDONI

II

Y después de ese episodio desagradable, ¿usted dejó de ser lazarillo? — le preguntó uno de los que escuchábamos la narración.

— Ese fué, desde luego, mi primer pensamiento; pero mi madre, que era viuda y trabajaba como una bestia lavando ropa a domicilio, me convenció de la necesidad que había de que continuara con aquel maldito ciego.

"A mí desde muy niño me ha gustado mucho leer. Ahora mismo, a pesar de mis preocupaciones comerciales, yo jamás me duermo sin antes haber leído veinte páginas de un libro. La lectura desarrolla la observación en el hombre, además de otras cualidades. A los doce años, naturalmente, yo, más que leer, devoraba todas las obras de Alejandro Dumas y Emilio Salgari. Pues bien: ¿saben ustedes cuál era mi tortura más grande? Oír que don Pascual, apenas comenzaba a sentir sueño, decía:

"— *Depósito*, es hora de que apagues la luz. Es muy tarde, y luego por la mañana no quieres despertarte.

"Yo me mordía el labio de rabia. ¡Tener que dejar de leer en lo mejor de un episodio, cuando el protagonista se hallaba rodeado de los más grandes peligros!... Y me hacía el sordo y continuaba leyendo, teniendo cuidado de no hacer ruido al dar vuelta las hojas. Pero el implacable ciego volvía a la carga:

"— *Depósito*, ya te he dicho que te acuestes, que es muy tarde.

"— Son apenas las nueve, don Pascual — decía yo casi con lágrimas en los ojos.

(Continúa en la página 53)



"...y sabrás que la que fué tu novia ha sido abandonada por Alberto. Ha descendido mucho la pobre. Ahora es una mujer cualquiera en uno de los barrios bajos de Londres."

La MUERTE CALCULADA

...es, en todos los casos, el dulce placer de la venganza por largo tiempo paladeada.

Cuento policial por

H. BLOMFIELD

FRANCIA entera se sintió convulsionada cuando ocurrió el hecho que pasamos a narrar. Y en verdad no era para menos. Fué así:

René Pascal, soldado activo de la Legión Francesa, que en el desierto africano luchaba contra las rebeldes tribus rifeñas, vió a un soldado tirado en un gran pozo de arena. Se incorporó para ayudar al herido, y un grito de asombro escapó de entre sus labios.

—¡Mi Dios! ¡Es él! ¡El hombre que...!

Pero René Pascal bien pronto recobró la perdida serenidad. Se inclinó, le dió agua para que saciara la terrible sed que le azotaba, y con grave riesgo para su propia vida lo puso sobre sus hombros y lo llevó a un lugar seguro. Seis meses después, cuando ya el herido había sido dado de alta en un hospital, René Pascal lo retó a duelo, lo mató y fué a su vez condenado a muerte por un tribunal militar. El soldado herido se llamaba Alberto Morant.

Pocos años antes ambos hombres trabajaban juntos en un banco, en Londres. Pascal se había enamorado perdidamente de una joven manicura de una peluquería local.

—¡Si vieras qué hermosa es! —le decía con frecuencia a Alberto. —¡Y buena, cariñosa..., amable..., en fin, tiene de todo!...

Y Alberto sonreía, sin dejar de reconocer que le agradaría encontrarse con la novia de su amigo. Pasaron así varios meses y llegó al fin el momento en que el joven enamorado debió retornar a su patria para cumplir con el servicio militar.

Pero antes de partir se comprometieron. Luego se separaron. Sin embargo, pocos meses después de haberse enganchado en el ejército, René notó que paulatinamente las cartas de su novia tornábanse más frías. No sabía a qué atribuir tal actitud de ella. Pero un día lo supo todo. Fué un amigo, uno de sus propios compañeros de oficina que hallándose en Francia pasando unos pocos días de vacaciones, le contó lo ocurrido. Sus palabras eran puñales que iban a clavarse rectamente en el corazón del infeliz.

—Después que tú te fuiste, Alberto comenzó a cortejarla. Ella no se resistió mucho tiempo... Primero él le dió palabra de casamiento..., después... ya fué tarde... Hoy ella es su amante. No lo ocultan. Viven juntos.

Y no fué esto lo peor, sino que la horrible noticia le llegó cinco meses después en que un amigo, entre otras cosas, le escribía lo siguiente:

"...y sabrás que la que fué tu novia ha sido abandonada por Alberto. Ha descendido mucho la pobre. Ahora es una mujer cualquiera en uno de los barrios bajos de Londres."

Llegó al fin el día en que, ya cumplido el servicio militar, René pudo retornar a Londres. Iba dispuesto a buscar a su novia, a salvarla del abismo, a hacerla su esposa si ella lo deseaba. Se encontraron una noche en una sórdida taberna.

—¡Lilí!

—¡Tú!

El casi no la conocía. Estaba muy cambiada y de su antigua belleza sólo pocas huellas quedaban. Después de algunos minutos de conversación durante los cuales ella le narró la forma cómo Alberto la había abandonado y obligado luego a mezclarse con gentes llenas de manchas, René le hizo la propuesta:

—Pero ¡todo eso ha pasado ya, Lilí! Volveremos a vivir... Nos casaremos... Habrá felicidad aún para nosotros. Nos casaremos.

Pero ella, lanzando en sus palabras el último resto de dignidad que aún le quedaba, lo rechazó:

—No, René. Yo ya no te merezco. Soy una cualquiera. No podría llevar tu apellido.

Fué en vano que él intentase convencerla. Y se separaron.

Algunos meses después la joven fué hallada muerta por intoxicación. Las drogas la aniquilaron. René Pascal se encargó de todo lo referente al entierro. Luego renunció a su carrera en el banco, cortó con su familia e ingresó en la Legión Extranjera. Necesitaba, al igual que todos los que allí entraban, olvidar algo.

De resultas de un grave escándalo ocurrido en Londres, Alberto Morant hubo de hacer lo mismo que su ex amigo. Y no se encontraron hasta que, en medio de una cruenta lucha sostenida con los rifeños, René lo encontró en un pozo de arena. Lo reconoció de inmediato. Pero pasado el primer momento de estupor una leve sonrisa se dibujó en el rostro del legionario. Abrió su cantimplora y aplacó la sed del herido, de ese hombre que tan inicuamente había destrozado su vida. Luego lo echó sobre los hombros, y corriendo el peligro de caer a cada instante bajo las balas enemigas, lo sacó de allí, librándolo así de morir de sed o a manos de los rifeños. Alberto Morant permaneció seis meses internado en un hospital. Cuando salió de él lo primero que hizo fué apersonarse a René para agradecerle.

—¡Muchas gra...!

Pero una cachetada recibida en pleno rostro le impidió seguir hablando.

—¡Miserable! —sentenció René con rabia mal contenida. —¿Es que crees que tu vida me interesa? ¿No comprendes que ante el cadáver de aquella infeliz mujer juré matarte y que si te hubiese dejado en aquel pozo de arena jamás habría podido cumplir mi juramento?

—¡Entonces!...

—Entonces, ¡te he salvado para poder matarte!

Pronto un duelo fué arreglado. Pistolas y a treinta pasos. Era un duelo a muerte.

Pero, según se dice, pocos segundos antes de que se diera la señal para que disparasen René hizo funcionar su pistola. Y Alberto Morant cayó con el pecho atravesado por una bala.

—Me fué imposible aguardar — explicó René. —Lo vi todo rojo... y disparé...

En la Legión Extranjera los duelos no son permitidos. Ateniéndose a ello René fué juzgado por un tribunal militar y condenado a la pena de muerte. Sin embargo, hecho público el motivo por el cual había matado a aquél hombre, y considerando que antes de matarlo le había salvado la vida, la primera sentencia fué conmutada por la prisión perpetua.

Y en la cárcel terminará René Pascal sus días, acaso satisfecho por haber vengando la memoria de la única mujer que amó en su vida.

FIN

Carreras de caballos

(Continuación de la página 20)

Tomando en cuenta los gastos incidentales se puede decir que 80.000 dólares se fueron en esos dos años, y lo único que Broadway Limited reportó a su dueño fueron dolores de cabeza.

En este cálculo no se tiene en consideración la plata que el señor Waggoner puede haber perdido jugando a su caballo. Tomando en cuenta este último factor no sería extraño que el dinero perdido por el señor Waggoner con su caballo llegue a pasar los 100.000 dólares.

Como contraste se puede citar el caso de Man o' War, el padre de Broadway Limited.

Man o' War fué comprado en Saratoga Springs por el señor Samuel D. Riddle por la suma de 5.000 dólares. Corrió durante dos años y ganó veinte de las veintiuna carreras en las cuales participó. Sufrió su única derrota en manos de Upset, en el Premio Stanford Memorial Stakes corrido en Saratoga.

En concepto de premios solamente, este caballo aportó a su dueño la bonita suma de 249.465 dólares. Ahora veamos sus otras ganacias.

Sus servicios en el stud, durante los últimos doce años, significaron una ganancia de más de un millón de dólares. Su promedio era de treinta hijos e hijas por año, o sea trescientos sesenta en doce años. El precio de los servicios de Man o' War se cotizaba a 5.000 dólares cada vez.

Hay en los anales del turf inglés un caso quizá más extraordinario todavía. Se trata del caballo Brown Jack.

Siendo potrillo, Brown Jack era un animal que ninguno quería. Su dueño, después de inscribirlo en dos carreras y verlo llegar último, resolvió venderlo a un amigo en 50 libras, o sea 750 pesos moneda nacional más o menos.

Empero, Brown Jack mejoró muchísimo y llegó a ganar más de 25.000 libras, o sea 375.000 pesos moneda nacional. Hoy en día es uno de los más grande favoritos de los hipódromos de Inglaterra. Como uno puede imaginarse, su primer dueño todavía no se ha repuesto del disgusto.

Otro caso es el de Head Play. Este caballo fué adquirido en las ventas de Saratoga por 550 dólares, hace dos años. Ultimamente ganó unos 19.000 dólares; lindo negocio, ¿verdad?

El mismo Head Play fué instalado segundo favorito por el Derby de Kentucky, esta última primavera. La noche antes de la carrera, la señora Willie Crump, esposa del jockey dueño del caballo, tuvo oportunidad de venderlo por 30.000 dólares al contado y un porcentaje de las probables ganancias en la carrera del día siguiente.

Sin embargo, por cada dueño de caballo que se hace rico, hay docenas que se funden. Muchos caballos adquiridos por un buen precio en vista de su parentesco con caballos famosos, jamás han devuelto un solo centavo a sus dueños.

F I N

Los ojos secos

(Continuación de la página 51)

"—No me engañes, que he sentido dar las diez...

"Entonces apagaba la luz y me metía en la cama, aguardando a que se durmiera. No bien escuchaba sus primeros ronquidos, me levantaba y encendía una vela, que yo compraba con mi dinero para estos casos de lectura clandestina. Y cuando ya me había olvidado de la miserable existencia y de aquel inaguantable ciego que amargaba mi infancia con sus rezongos e impertinencias, oía su voz que rugía:

"—Pero ¿otra vez has encendido la luz, muchacho del diablo?

"Yo no sé cómo se las componía para saber que nuevamente había luz en la habitación. ¿Se dan cuenta los ciegos cuando hay luz y cuando se está a obscuras? Nunca quise preguntárselo, pero me inclino a creer que sí, que los ciegos lo saben.

"—No es la luz eléctrica lo que he prendido, sino una vela, don Pascual. Es que estoy leyendo un libro muy bonito, ¿sabe?

"—¡Nada, nada! Te digo que apagues esa luz y te acuestes en seguida. No quiero que provoques un incendio con la vela, ¿entiendes?

"Pero él no temía eso del incendio, sino que pensaba que las velas que se consumían yo las compraba con su dinero. ¡Siempre la tacañería más repugnante, siempre la avaricia senil más digna de lástima y desprecio!

"Todos los días quería que le leyera el diario; pero no crean ustedes que él tenía interés en saber todas las noticias en general. No. Él sólo quería que le leyera diariamente los avisos fúnebres. Yo nunca me expliqué por qué se deleitaba escuchando esa lectura; porque don Pascual era evidente que gozaba oyendo aquella retahila de nombres.

"—A ver, empieza a leer —me decía repantigándose en su sillón.

"Y yo comenzaba a leer hasta cansarme aquellas largas columnas de letra menuda. A veces él me tomaba del brazo fuertemente y decía:

"—A ese me parece que yo lo conozco. A ver, lee despacio; quiero saver quiénes son sus deudos...

"Y cuando yo empezaba a leer la lista de los deudos que invitaban al sepelio, él me interrumpía para exclamar con desaliento:

"—No, *Depósito*. A ese tampoco lo conozco..."

III

—Una mañana, después de tres años de padecer día tras día la tacañería y el mal humor de aquel desdichado, me levanté más temprano que de costumbre. Me acerqué al lecho de don Pascual y me quedé clavado de espanto: el ciego estaba rígido y con la boca totalmente abierta. Hacía varias horas que había muerto, a juzgar por la rigidez cadavérica del cuerpo y la lividez del rostro, siempre congestionado, de bebedor incurable.

"Llamé a los vecinos dando gritos. Se llenó la habitación de gente y todos no hicieron más que censurar la sordidez en que vivía un hombre que poseía no sé cuántas casas que le daban buena renta para poder llevar una existencia mucho más decente que la que todos conocían.

"Hubo quien me dijo que debería alegrarme, porque como no se le conocían parientes, acaso toda su fortuna iría a parar a mis manos. ¡Tonterías que siempre dice la gente en estos casos! No pasaron veinticuatro horas sin que se presentara una mujer con dos muchachos ya bastante crecidos. Ella, según afirmó, era la esposa legítima del ciego. Se había apartado de él asqueada de sus borracheras y de la tacañería de su existencia de viejo avaro. Pero todos la vieron llorar como si hubiese sido el más ejemplar de los maridos, y al verla llorar tan desconsoladamente, rompieron a llorar también todos los vecinos, hasta los hombres, que no podían ver al ciego sucio y gruñón.

—Y usted también lloraría, ¿verdad?

—Yo fuí el único que tenía los ojos secos como una piedra. Y eso que a mí cualquier tontería me hace derramar lágrimas...

FIN

Elija su MODELO



1



3 5 2 6 7

1.—Este traje de fiesta, de línea muy sentadora, está confeccionado en muselina de seda blanca, con estampado de vivos colores. El cuerpo es ceñido al talle, drapeándose un poco en la cintura.

2.—Este trajecito para niñas está confeccionado en crêpe de seda estampado con lunares de color vivo. Lleva en la parte anterior un tablón que, en la parte superior, termina en recorte unido al vestido.

3.—Este traje para jovencitas es de lanilla color verde nilo. Las mangas, que son muy abullonadas, y el cuello están interpretados en seda blanca.

4.—Vestido para niñas, en lana fantasía color marrón. La pechera, cuellos y puños son de seda amarilla. Un detalle bonito lo constituyen los grandes botones colocados a los costados de la pechera.

5.—Vestido para fiestas. Está confeccionado en crêpe de Chine, celeste, y está adornado con cintas color azul.

6.—En voile color lila está confeccionado este vestido para niñas. El cuello y el lazo que acentúa el talle son de taffetas blanco.

7.—Vestido para niñas, en color rosa. Se ha empleado para su confección el organdí. Está adornado con frunces, alforzas anchas en la pollera y un moñito de cinta blanca.

8.—Este elegante traje de fiesta es de tul. En la bata lleva un original adorno de cintas de terciopelo azul. Estas cintas están colocadas a manera de fichú, envuelven la cintura y se anudan a un costado.

9.—Este traje de fiesta es de corte muy elegante. Lleva un adorno muy original, que toma la bata en la espalda y termina pasando debajo del cinturón en un doble lazo. Este adorno es amarillo y de seda ciré. La pollera, en cambio, es de una seda opaca.

10.—Este traje de seda ciré verde es muy juvenil, de línea sencilla y moderna. Las mangas las forman dos grandes volados fruncidos.

para la TEMPORADA que se INICIA



11. — Traje de calle, confeccionado de lanilla fantasía. La pechera y las grandes solapas son de piqué de seda blanco.

12. — Este traje es de lana fantasía, color amarillo ocre; está adornado con un cuello muy novedoso y puños haciendo juego, color azul claro, estampado en blanco.

13. — Este traje, color rubí, es de forma muy juvenil. Está adornado con volados plissé.

14. — Traje confeccionado, de seda verde; lleva una pechera blanca y un original cuello blanco y verde.

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

COMERCIANTE DE PILAR, F. C. P. — *El Código de Comercio, artículo 580, establece que "el contrato de prenda comercial, es aquel por el cual el deudor o un tercero a su nombre, entrega al acreedor una cosa mueble, en seguridad y garantía de una operación comercial."*

● ●

A. B... LINA. CORRIENTES. — Lo lógico es que usted se dirija a una casa de artículos de electricidad o radiotelefonía. Consulte los avisos que las más importantes insertan en los diarios y revistas.

● ●

LECTOR ASIDUO DE M. A., FORMOSA. — *No conocemos ese domicilio y aunque lo conociéramos no podríamos facilitárselo, porque no damos direcciones privadas. 2º No hay ningún aparato que permita descubrir esos supuestos tesoros subterráneos.*

● ●


Gustavo A. Bécquer

POROTA. TIROL. CHACO. — Esa rima "volverán las obscuras golondrinas" es, efectivamente, de Gustavo Adolfo Bécquer, poeta romántico español. No podemos dar aquí una biografía por falta de espacio. Consulte cualquier diccionario enciclopédico o historia de la literatura española en una biblioteca pública. Nació en 1836 y murió en 1870. Era oriundo de Sevilla y de origen alemán, por la rama materna. En verso está influenciado por Heine, Goethe, Auersperg y Musset. En sus prosas por Hoffman y Grimm.

● ●

ALBA AZUL. — Escríbale a ese cantor a la radio donde trabaja.

● ●

ESTUDIANTE. — Diríjase al Consulado Británico, en Rosario.

● ●

E. A. M., ESTUDIANTE. — Escriba a la Facultad de Agronomía y Veterinaria. En uno de nuestros números anteriores hemos dado ampliamente las condiciones de ingreso. Consulte la colección de "Mundo Argentino" en nuestra casa.

● ●

E. J. FRANCK. — Diríjase al Consulado Norteamericano, en Pergamino. Si no existe, escriba al de Buenos Aires, Avenida Roque Sáenz Peña número 567.

● ●

MAB. ROSARIO. — Envíe esas colaboraciones, que si son buenas se publicarán sin ningún compromiso ulterior de nuestra parte.

●

FEDOR. — Polistilo quiere decir que tiene muchos estilos y también que tiene muchas columnas. Se dice, pues, "pórtico polistilo" o "monumento polistilo", aunque no tenga columnas.

ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.



LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

UN DESCONTENTO. — Nuestra representación política tiene por base hasta ahora la población del país y no las características distintivas de la misma. Bien es cierto que el sistema falla al no concedérseles el derecho del voto en las elecciones nacionales a los habitantes de los territorios nacionales. 2º Respecto a la disminución de los sueldos de la justicia, el artículo 96 del Digesto Constitucional, en lo relativo al Poder Judicial, dice: "Los jueces de la Corte Suprema y de los tribunales inferiores de la nación, conservarán sus empleos mientras dure la buena conducta, y recibirán por sus servicios una compensación que determinará la ley, y que no podrá ser disminuída en manera alguna mientras permaneciesen en sus funciones."

PERGAMINENSE. — Los norteamericanos, así como los ingleses, tienen un alto sentido de la filantropía. En Estados Unidos no sólo se ejerce en forma privada, como lo hizo Rockefeller, que destinó su inmensa fortuna a obras de caridad y de cultura, sino que existen corporaciones que destinan sus actividades a la ayuda del prójimo. Esas fraternidades (leemos en "Hombres entre juguetes" de Homero Guglielmini) suman más o menos un total de 35.000.000 de afiliados. La orden de los Relicarios Místicos, que suman unos 600.000, mantiene una infinidad de hospitales en todo el país para el tratamiento exclusivo de niños inválidos. La Sociedad de los Modernos Hombres de Madera, con 1.000.000 de miembros, se dedica a subvencionar hospitales para tuberculosos. Los llamados Extraños Compañeros sostienen 60 asilos para huérfanos. Los Alces proporcionan 3.000.000 de dólares anuales en obras de beneficencia."

● ●

A UN GIGLI. — Se han obtenido alteraciones de la voz como resultado de operaciones, pero usted comprende que si eso fuera científicamente posible, cada uno tendría el registro de voz que quisiera para el canto y no el que la naturaleza le ha dado.

● ●

SATISFECHA DE JUNIN.—No es correcto que una persona salude a aquellos a quienes no conoce, por la calle. Mejor dicho, no está dentro de las costumbres aceptadas por la sociedad. 2º Aunque esa persona pase por frente a la casa de un conocido, no tiene por qué saludar a las personas que hay en su puerta, si son desconocidas para él. 3º Ese nombre se le da a una persona en los dos casos que usted cita. 4º Las personas nacidas el 8 de abril tendrán en general buena suerte en la vida. Lo mismo puede decirse de las nacidas el 18 de mayo, si aprenden un oficio. Se distinguirán también por cierta inclinación a los viajes.

● ●

CORDOBES.—No existe en el país ninguna casa que venda monos de los llamados chimpancés.

EL ARTE DE CONTESTAR

DIDACTICO. ROSARIO. — Horóscopo de los nacidos el 27 de noviembre: Espíritu imaginativo. Poco apego al trabajo. 2º Para esas cosas no existen consejos. Se nace con la facultad de escribir y se aprende a escribir bien conociendo el idioma, estudiando sus formas y leyendo a los clásicos y escritores que pueden servir de modelos. 3º Edgar Wallace tenía secretarios, a quienes dictaba sus novelas. No sabemos si los mismos tomaban versión taquigráfica de sus palabras. Ese procedimiento suele ser utilizado por escritores muy fecundos y de concepción rápida.

● ●

UN AFECTADO. TUCUMAN. — Concurra usted al hospital gratuito de esa localidad o diríjase a un médico particular, pues acaso sufra usted una afección a la garganta que deba ser atendida.

● ●

CABEZA DURA. — Es usted el que no tiene razón. Las dos únicas rimas verdaderamente castellanas que conocemos con esa terminación son aljófar y almófar. Aljófar es palabra árabe y designa una perla de figura irregular y comúnmente muy pequeña. También es el conjunto de perlas de esta clase, o cosa parecida al aljófar, como las gotas de rocío (Diccionario de la Academia). Almófar es también una palabra de origen árabe y designa una parte de las armaduras antiguas consistente en una especie de cota de malla, sobre la cual se ponía el capacete, es decir, la pieza destinada a cubrir la cabeza (Diccionario de la Academia).

● ●

EL ROSARINO. — Concurra al Registro Civil correspondiente a su jurisdicción y le darán todos los datos necesarios, facilitándosele, además, el cometido de su empresa.

● ●


Batalla de Caseros, donde fué derrotado Rosas

ADMIRADOR DE JUAN MANUEL. — La entereza de Manuelita Rosas al conocer la noticia de la derrota que acababan de sufrir las tropas del tirano en Caseros, fué admirable. El 16 de febrero el "Concit" salió para Inglaterra. La fuga de Rosas descripta por Ibarguren, es como sigue: "Rosas, vestido de negro, del brazo de M. Gora (encargado de negocios de Inglaterra), que iba con uniforme de capitán de la marina británica, y seguidos por Manuelita, su hermano Juan, el secretario de la legación y algunos marineros, se embarcaba sigilosamente en la fragata "Centaur", nave capitana del almirante Henderson. Pocos días después trasbordaron al barco de guerra "Concit", que los llevó a Inglaterra. Manuelita escribió desde a bordo, al partir, a su amiga Josefa Gómez una carta en la cual, entre otras cosas le decía lo siguiente: "En estos momentos nos hacemos a la vela para Londres. Hasta ahora no contamos con ningún recurso, pero la Providencia divina velará por nosotros. Estoy enteramente resignada a mi destino, y para poder probar mi gratitud al Todopoderoso por el bien inmenso que me ha hecho concediéndome la vida de tatita, yo cuidaré de él para que con mis asiduos cuidados pueda hacerle llevadero su destino."

Hojeando los últimos Libros

COMENTARIOS por ANIBAL PONCE

AUGUSTO BUNGE: "LA GUERRA DEL PETROLEO EN LA ARGENTINA"



Augusto Bunge

Hace apenas una semana el doctor Augusto Bunge dictó en el Colegio Libre de Estudios Superiores la clase final de un breve curso sobre el problema del petróleo frente a los trusts mundiales. Con excelente criterio y documentación precisa abordó en cuatro lecciones la situación creada en torno del petróleo, desde el punto de vista económico y político.

Aunque desde un tiempo relativamente corto, y a raíz de escándalos políticos de vasta resonancia, no es un misterio para nadie la universal infiltración de los grandes trusts del petróleo en la casi totalidad de los estados contemporáneos, es ilustrativo conocer no sólo los orígenes de esos poderosos mecanismos, sino también los procedimientos de que se sirven para introducirse y prosperar.

En uno de los capítulos mejores de su tan interesante libro titulado "A la conquista de la riqueza", Lewinsonh ha contado a propósito de Rockefeller algunos detalles extraordinariamente interesantes sobre los comienzos y la adolescencia de una de las más temibles empresas actuales. Y a su vez Upton Sinclair, en una novela muy conocida y justamente célebre — "Petróleo" — ha evocado de manera magistral, la vida dramática de los grandes trusts con la complicada red secreta de delaciones y de espionajes, con los procedimientos sutiles o bárbaros de que echan mano. Panorama temible en que los suicidios y los asesinatos, son detalles triviales frente a las hecatombes de las revoluciones y de las guerras.

Después de una certera reconstrucción del momento actual del mundo frente a los dos trusts poderosos que se llevan una guerra sin cuartel, el doctor Bunge aludió en su curso a la intervención de los mismos trusts en la política de América Latina: desde el ejemplo clásico de Méjico hasta los recientísimos conflictos bélicos que son, de todos, conocidos. Su libro recientísimo sobre "La guerra del petróleo en la Argentina" viene a ser, por eso, una ilustración feliz de sus lecciones. Aunque no se trata de un libro en el sentido preciso, sino de un escrito judicial presentado por su autor en la querella que le entabló una provincia argentina por motivos bien notorios, el doctor Bunge ha encarado el problema con tal altura doctrinaria que su escrito se convierte a poco de leerlo no en una simple papelería de juzgado, sino en un estudio denso y perspicaz al mismo tiempo. Los aspectos argentinos de un conflicto que abarca ya, directa o indirectamente, la superficie de la tierra, adquieren en el libro a que hacemos referencia un tratamiento particularmente feliz.

Por su minuciosa información, por los entretelones que revela, por la exactitud de sus conclusiones, "La guerra del petróleo en la Argentina" será en breve un libro indispensable para cuantos quieran seguir con alguna claridad muchos de los fenómenos en apariencia inextricables de la política. Más de un enigma insoluble encontrará de pronto una respuesta; muchas actitudes desconcertantes, una explicación. Lo que a una visión superficial se presenta como el caos, adquiere un orden de esquema después de enfocarlo con los antecedentes que hormiguean, a millares, en la historia de los grandes trusts. Historia terrible en que los gigantes y los enanos se persiguen por este otro "oro" legendario, y en la cual también todo parece permitido con tal de alcanzarlo y poseerlo.

Verdad terrible y desconcertante para los que aún se empeñan en encarar la compresión de la política mundial mediante el juego de otras fuerzas infinitamente menos eficaces. Porque de acuerdo a la sabrosa "boutade" de Luis Fischer, habrá que aconsejar, de más en más, a los que se detienen perplejos o turbados: "¿Es posible que no comprenda usted la política del mundo? Pues, hombre, es muy sencillo: "Cherchez le petrole..."

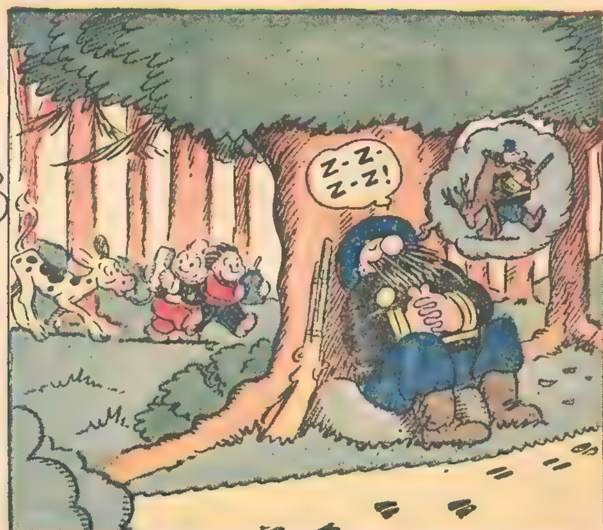
Aníbal Ponce

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR

























¡Hola!...

¿Con quién hablo?

I

Marcela. — *¡Hola! ¡Hable!... Aquí han llamado...*

Una Voz De Mujer. — *¿Hablo con la casa del señor Conrado Hernácz?*

Marcela. — *Sí; habla con la casa del señor Hernácz.*

La Voz. — *¿Está la señora?*

Marcela. — *Soy yo, la señora. ¿Qué desea?*

La Voz. — *¿De verdad que es usted la señora?*

Marcela. — *¿Por qué lo duda usted?*

La Voz. — *Porque todas las sirvientas, por sorprender los secretos de sus amos, tienen la mala costumbre de querer hacerse pasar por su señora.*

Marcela. — *Le repito que soy la señora de Hernácz. ¿Qué desea?*

La Voz. — *Hacerle una prevención, señora. Nada me obliga a ello, pero mis sentimientos...*

Marcela. — *Diga de una vez, si no quiere que corte. ¿Qué quiere prevenirme?*

La Voz. — *Algo que por fuerza ha de resultarle muy doloroso, ya que se trata nada menos que de su felicidad.*

Marcela. — *¿De mi felicidad, dice?*

La voz. — *Digo y repito. Su esposo, el venerable señor Conrado Hernácz, le es a usted infiel.*

Marcela. — *¡Eso no es posible! ¡Miente usted!*

La Voz. — *Oiga, oiga. ¡Qué es eso de que yo miento! ¡O se figura usted que tiene por esposo a un santo de terracota!*

Marcela. — *¡Se burla, encima!*

La Voz. — *Le hablo muy en serio, señora. Su esposo, a quien usted sin duda adora entrañablemente y cree sincero y leal, no la merece a usted.*

Marcela. — *¡Cómo lo sabe!*

La Voz. — *Pues por la más sencilla de las razones. Porque en este momento está en mi casa...*

Marcela. — *Eso no es posible.*

La Voz. — *Sí que lo es.*

Marcela. — *¿Y me habla usted en su presencia?*

La Voz. — *¡Oh, no, señora! No soy tan tonta. Carmelo en este momento ha salido a comprar unos fiambres.*

Marcela. — *Es usted, por lo visto, una mala mujer, que ni siquiera sabe respetarlo. ¿Qué le mueve a llamarme por teléfono para decirme semejante cosa?*

La Voz. — *Pues... deseo enterarla de esta deslealtad de su esposo. Él mismo me ha dicho que usted es un ángel de bondad, que podía estar en un altar, como una Virgencita, y yo, que a pesar de ser una mala mujer, como usted acaba de decir, soy demasiado sentimental y "honrada" — ¡honrada, vea usted que paradoja!, — no puedo menos que abrirle los ojos, para que no se fíe de él y lo castigue como se merece.*

Marcela. — (Temblando de emoción y ansiedad.) *No puedo creerla a usted sincera..., no puedo creer que usted, que debe vivir gracias a mi esposo, se lo juegue tan impunemente...*

La Voz. — *¿Y si yo le dijera que lo hago para deshacerme de él, porque ya me aburre, porque me he enamorado de otro... más joven y más rico?... ¿Me lo creería usted?*

Marcela. — (Con un sollozo.) *Se lo creería; se lo creería.* (Se le cae el tubo de la mano.) *¡Y yo que lo creía tan bueno, tan mío! ¡Ah! No tendré valor para escupirle en la cara su deslealtad... No tendré valor...*

II

(AL DIA SIGUIENTE)

La Voz. — *¿Hablo con la casa del señor Conrado Hernácz?*

Marcela. — *Sí. ¿Es usted la de ayer?*

La Voz. — *La misma, señora. Y es para volver a decirle lo mismo. Su esposo, contra lo que yo esperaba, acaba de volver a mi casa.*

Marcela. — *¿De veras?* (Lanza una gran carcajada.)

La Voz. — *¿De qué se ríe usted de esa manera?*

Marcela. — *¿De qué quiere usted que me ría, sino de su maldad..., de su afán de querer sembrar la discordia en el seno de mi hogar?*

La Voz. — *Le diré...*

Marcela. — *No me diga nada, porque entonces va a oír a mi esposo, al venerable señor Hernácz, que se encuentra a mi lado, besándome una mano con efusión.* (Cuelga el tubo.)

LA TELEFONISTA INDISCRETA.

ENFERMO, TRISTE, DESESPERANZADO, *el* PRINCIPE

así lo prueba aquí

La reciente boda del príncipe de Asturias con la plebeya Edelmira Sampedro, fué uno de los matrimonios morganáticos más comentados de estos últimos tiempos, más que por la diferencia social de ambos contrayentes, por las circunstancias en que se unían. En efecto, el príncipe no se hallaba en condiciones de afrontar semejante



En esta fotografíc, el ex príncipe de Asturias aparece con su flamante esposa, haciendo un poco de yachting en un lago suizo. Quien lo ve así, sano y sonriente, comprenderá la fuerza irresistible del amor que por él sintió Edelmira Sampedro y Robato desde su primer encuentro.

ESTA entrevista ha tenido lugar en Lausanne (Suiza). Estábamos sentados en un bien cuidado jardín el joven príncipe de Asturias, de facciones finas y complexión delicada, que, como todos saben, es el hijo mayor del depuesto rey Alfonso XIII, de España; su radiante y fascinantemente bella esposa de unas cuantas horas, Edelmira Sampedro Robato, natural de la Habana, y el que esto escribe para MUNDO ARGENTINO.

El momento me pareció muy a propósito para hacer unas cuantas preguntas indiscretas. Y empecé así:

— Dígame, alteza, ¿cómo empezó el idilio?

El príncipe, o monsieur Alfonso de Borbón, como él democráticamente prefiere hacerse llamar, esbozó una ligera sonrisa. Entonces se encendió una luz en sus ojos. Se echó hacia adelante en su asiento, asió una de las marfilinas manos de Edelmira, y dijo tiernamente:

— Muy sencillamente; nos amábamos de manera entrañable. Y mire lo que son las cosas, Edelmira ha hecho un verdadero hombre de mí; ¡si, un verdadero hombre!



He aquí a la feliz pareja en un momento de grata intimidad, en el hotel de Lausane donde viven.



El príncipe enfermo permanecía siempre inmóvil en su sillón. Un día llegó el amor, y le dijo: "¡Levántate!" Y el milagro se produjo, porque casi siempre el amor es el mejor médico del mundo.. El dibujo presenta al príncipe preparándose para el sano ejercicio de patinar en uno de los lagos suizos.

El príncipe aparece aquí con su esposa y una de sus cuñadas solteras, la señorita María Sampedro y ***Robato.***

LA ENFERMEDAD DEL PRINCIPE

No pude menos que pensar que esa afirmación del príncipe estaba basada en una situación tan dramática como interesante, y de la cual el público en general sólo ha tenido vagos indicios hasta ahora. El príncipe, al igual que otros miembros de su casa, ha padecido de hemofilia durante sus veintiséis años de vida. Su mal, doloroso y peligroso en extremo, impide que la sangre coagule normalmente; de ahí que las víctimas de este mal sufran verdaderas hemorragias al menor rasguño.

Todo esto ha llegado apenas al público, pero no así el heroico papel que ha desempeñado la abnegada desposada del príncipe, de lo que hablaré más adelante.

Al ver a esta bellísima joven rebosante de salud, mis pensamientos retrocedieron a cierta noche en la Habana, no muy lejana, cuando también tuve la buena fortuna de estar en su compañía.

Era precisamente la víspera del día en que ella debía partir para Europa y para su inesperado idilio. Tomamos algunas copas de champán y bailamos



Esta foto fué tomada antes de realizarse el enlace, en el jardín del hotel que ambos novios ocupan en ***Lausana.***

de ASTURIAS RETORNO a la VIDA GRACIAS al AMOR

JUAN GASTARRALDE

responsabilidad por su estado físico, pero la bella cubana, con su amor, tuvo la virtud de restablecerlo, haciéndole tirar las muletas con que se ayudaba. Esto hace pensar que si el fuego de este amor no declina, el príncipe no volverá a padecer en lo sucesivo de ese mal hereditario que es como una maldición para los varones de la ex reinante familia de los Borbones.

El romance parece ser un factor primordial en la familia Sampedro, pues dos de las hermanas de Edelmira se casaron impetuosamente y con muy felices resultados, con miembros de distinguidas familias cubanas. Carmela se convirtió en la señora de Argüelles, y Clara, en la señora de Barraqué.

CÓMO NACIÓ EL IDILIO

Un hecho que no es muy conocido es que antes de que Edelmira saliera para Europa y conociera al príncipe de Asturias, estaba comprometida matrimonialmente con otro hombre: su novio era nada menos que el opulento aristócra-

(Continúa en la página 64)



Esta es la bellísima señorita Edelmira Sampedro y Robato cestido con su traje de novia.



El vértigo tras la inmovilidad del terrible mal que tenía postrado al joven príncipe fué algo así como la vida para él. Y en su delcite fué haciéndose cada vez más poderosa la llama purísima del amor.



Los recién casados abandonan el templo poco después de consagrarse el enlace. Es fácil advertir en ellos la íntima satisfacción que les embriaga en tan dulce momento.

y reímos hasta que llegó la hora de la salida del vapor.

LA FAMILIA SAMPEDRO

Después de que Edelmira hubo partido, me puse a cavilar sobre ella y el misterio de su familia. Algunos años hacía habían aparecido en la Habana, no sabía de dónde.

Debido a la poco común belleza de Edelmira y la de sus cuatro hermanas, las lenguas empezaron a moverse. La pregunta que con más insistencia se formulaban era esta: ¿Quiénes son estas bonitas extranjeras? ¿De dónde han venido?" Aún hoy muchos prominentes vecinos de la Habana siguen ignorándolo. Pero esa parte del misterio yo puedo aclararla. Edelmira nació en Sagua, un puerto de la costa de Cuba, muy celebrado por sus ostiones. El señor Sampedro, su padre, era un acomodado mercader español de pocas o ninguna pretensión social, que había emigrado a Cuba cuarenta años atrás.



La foto ha sorprendido uno de los momentos previos a la ceremonia civil que se realizó en Lausana. Parece, a juzgar por el ademán del príncipe, que está impaciente por que se termine de una vez el acto referido.

Hollywood, la Meca de tantas ilusiones de mujeres jóvenes y bellas, es también...

CUENTO

Por

REGINALD TAVINER



En Hollywood había una cantidad de esas chicas.

ROCKY había llegado a Hollywood con la intención de ser un astro del cine. Hacía ya años de eso, cuando todavía lo llamaban Rocklyn, pero ahora que conducía el autobus que hacía el recorrido hasta Vitatone City, lo llamaban Rocky a secas.

Rocky se asemejaba mucho a Hollywood mismo, todavía joven, pero con muchas experiencia, y la chica que esa mañana le había pedido al subir que le avisara cuando tenía que bajar, no sospechó por un instante la tragedia que encerraba su respuesta:

—¡Cómo no! Le avisaré; conozco muy bien la dirección.

Se notaba que era una novicia; bien pronto se incorporaría a ese grupo que hacía el trayecto casi todos los días, y que él conocía de tanto haberlos llevado y traído. Era una nueva edición de su propia historia; la única diferencia era que ellos todavía guardaban sus ilusiones, mientras que él ya las había descartado. Rocky las había descartado por una vida que si no le reportaba mucha gloria, le aportaba tres comidas al día y menos dolores de cabeza.

Solía llamarlas "Cinderellas" por las esperanzas que las animaban. Rocky siempre les deseaba buena suerte, y muchas veces hacía más que eso. Nadie mejor que él conocía los días angustiosos y sin comer que pasaban, y nunca se podía negar a llevarlas sin cobrarles cuando le decían que esta vez estaban seguras de conseguir trabajo, y que si no las llevaba iban a perder su única oportunidad.

Esas nunca volvían; pero otras nuevas llegaban para tomar su lugar. Por ejemplo: de esa chica que había subido al coche por la mañana, ya conocía su destino antes que ella se lo dijera. Parecía que era una ganadora de concurso de belleza de su pueblo. En Hollywood había una cantidad de esas chicas. Bueno, allí estaba y allí se quedaría, en la ciudad, más descorazonada.

Quizá ella no sabía aún. Quizá no lo sabría nunca. Por lo menos ella poseía una cabellera magnífica que resultaría muy bien en la foto, y además tenía aire de ser muy resuelta, y quién sabe si no llegaría a triunfar. Él se preguntaba si tendría bastante plata para aguantar el tiempo necesario. Su vestido era nuevo y su sombrero con aquella pluma le daba un aire de vitalidad y de pujanza atrayente.



—Vitatone City —gritó él, al mismo tiempo que paraba el coche cerca de la acera.

Rocky suspiró largamente al ver que la muchacha se dirigía con paso firme y lleno de resolución hacia la gran puerta del estudio. Era una chica más, con las mismas ilusiones y esperanzas de la otras.

Rocky hizo dos viajes de ida y vuelta antes de verla de nuevo, esperando el coche, para regresar a la ciudad. Se preguntaba cómo le habría ido. De las demás, por sus caras tristes, se imaginaba que no habían encontrado trabajo. Ella, en cambio, al acercarse, apareció sonriendo de una manera que denunciaba satisfacción. Pagó el viaje y fué a sentarse en el último asiento del coche; esto lo alcanzó a ver por el espejo que tenía colocado encima del parabrisa. Estaba distraída, quizá se pintaba visiones color de rosa, viendo su nombre escrito en grandes letras luminosas, anunciando la llegada de una nueva constelación en el firmamento de la pantalla.

Rocky no volvió a verla hasta una semana después, en su viaje de regreso. Llevaba un traje de soiree y parecía estar muy cansada. Lo que era peor, no encontró asiento, y hubiera tenido que hacer todo el recorrido de pie si no hubiera estado presente Slim Warnack, quien le ofreció su lugar. Rocky lo conocía a Slim y sabía que siempre era muy galante, quizá a causa de haber sido criado en el campo.

—Usted no hace mucho que ha llegado aquí, ¿verdad? —oyó que le preguntaba Slim unos minutos después. No podía verlos, pero la voz tranquila de Slim le era muy familiar. No alcanzó a oír la contestación de la chica, pero se imaginaba la respuesta sin necesidad de oírla. Lo que

La CIUDAD de los CORAZONES DESTROZADOS

...por el desencanto en que se quiebran las aspiraciones de muchas de las que sueñan vanamente en la gloria de la pantalla.

le extrañaba era que Slim le hablara, puesto que desde que lo conocía nunca le había oído hablar con nadie.

Ahora sentía que ella le decía a Slim que estaba bastante decepcionada de haber conseguido sólo un trabajo de "extra", a lo que contestó Slim:

— Muchos de los que están en Hollywood se darían por satisfechos de conseguir eso. Yo, en su caso, no me quejaría.

Al día siguiente volvió a verla, esta vez acompañada de Slim.

Frenó bruscamente el coche y en seguida salió de él.

—¿Qué tal, Rocky, como te va? — le dijo Slim al subir.

"Apostaría cualquier cosa que Slim se enamoró de esa chica", pensó Rocky. Y se convenció cuando sintió que Slim le decía a la chica si podía invitarla a cenar esa noche.

Después de esos dos o tres días de actividad, ya no pareció haber tanto movimiento en el Vitatone, y ya muy pocas chicas hacían el viaje, aunque Slim, por lo visto, nunca dejaba de ir, quizá esperando ver a la chica. Ella también iba muy poco ahora, y Rocky empezaba a ver que su situación se hacía cada día más angustiosa — el trabajo de extra no rinde mucho. — Su traje ya no era tan nuevo y en su cara se notaba cierto aire de desencanto. Sin embargo, aún no desesperaba, aunque había días en que Rocky estaba seguro de que no habría comido.

Al fin llegó un día cuando al subir al coche hizo como que buscaba en su cartera, al mismo tiempo que le decía que parecía que se había olvidado de su monedero.

— ¡No importa! La próxima vez me pagará.

Pero Rocky sabía lo que eso significaba. Al llegar frente al studio le sonrió.

— Espero que tenga suerte esta vez, señorita.

Ella le agradeció con la mirada y se dirigió lentamente a la ventanilla.

Él se fué hasta la esquina a dar la vuelta pensando en la tragedia de aquella chica, y no pudo contener un suspiro.

— ¡Qué ciudad más desconcertante!

Meses después, al llegar, con el coche vacío, al Boulevard, vió una chica caminando por la vereda. Pensó primero que estaba esperando un auto, pero le pareció que caminaba demasiado despacio para eso. De pronto notó que un hombre la alcanzó y le habló. La chica se detuvo de pronto, como sorprendida. Rocky, yendo despacio, los alcanzó. La chica, después de mirar al coche, hizo ademán de apartarse, pero el hombre, tomándola del brazo le hizo dar vuelta. Fué entonces que Rocky la reconoció como la chica que iba al studio. Frenó bruscamente el coche y en un instante estaba a su lado. De un certero puñetazo derribó al hombre, y tomándola del brazo la llevó al coche, al mismo tiempo que le decía:

— Un pequeño paseo le haría bien; y a esta hora no pienso levantar más pasajeros.

Puso el coche en marcha sin decir nada más, y ella se dejó caer pesadamente en uno de los asientos, también sin proferir palabra. Al llegar a destino Rocky dió la vuelta con el coche, y recién entonces quebró el silencio:

— No quiero meterme en sus asuntos, pero ¿no le parece un poco imprudente andar sola por las calles a estas horas?

Ella vió la nota de interrogación en sus ojos y movió negativamente la cabeza.

— ¡Quién sabe lo que me hubiera sucedido, Rocky, si usted no hubiera llegado a tiempo. Estaba harta ya de tanto caminar.

Dejó caer su cabeza entre sus manos, y Rocky vió que las mangas de su vestido estaban brillosas y a punto de romperse.

"¡Pobre chica! — pensó él. — Hubiera tenido que pasar toda la noche caminando, a menos que... hubiese aceptado comida y techo de un extraño... Pero, ¿a qué precio?"

—¿Quiere decir que estaba por ir con ese tipo a quien pegué recién?

— No sé. ¡Oh Rocky, me parecía que las cosas no podían estar peor, cuando providencialmente vi su coche. Llegó justo, a tiempo.

— Escuche, niña; yo conozco bien las cosas de esta ciudad. Hace ya mucho tiempo que estoy aquí y he visto muchas chicas llegar y muchas que se han ido. No es para todas el llegar a triunfar en la pantalla, créame. Terminará por perder toda ilusión como les ha sucedido a muchas. Ya debe haberse dado cuenta de eso. (Continúa en la pág. siguiente)



—Sí; ahora me he convencido — contestó ella sin levantar la cabeza.

—¿Por qué no renuncia ahora mismo? Olvídese de todas sus ilusiones de ser artista. No vale la pena, créame. Lo mejor que puede hacer es casarse. ¿Qué le parece? — Se acercó un poquito a ella, y prosiguió: — Yo..., este, cualquier hombre estaría orgulloso de casarse con usted. No tendría mucho lujo, pero por lo menos tendría techo y comida, cosa que en estos tiempos no debe despreciarse. ¿Por qué no lo piensa?

—Sí, sí, lo pensaré. Es usted muy bueno al tenerme tanta consideración; no lo olvidaré nunca.

Rocky la ayudó a bajar, y al despedirse le puso un billete de cinco pesos en la mano...

Pasaron muchos meses antes de recibir Rocky su respuesta, y fué de una manera que no lo esperaba. Bajaba por la avenida Franklin una tarde, cuando de una bocacalle salió una voiturette que al tratar de evitar el choque, patinó y vino a golpear el paragolpe trasero. Rocky detuvo su coche y descendió a ver el daño causado. El conductor de la voiturette también bajó a ver. Se reconocieron inmediatamente. Era la chica.

—¡Qué sorpresa encontrarlo, Rocky! Aunque he viajado muchas veces en su coche no pensé nunca que lo iba a chocar.

Estaba muy bien vestida, y Rocky no dejó de notar la nueva plumita que lucía en el sombrero. Parecía ser la chica de los primeros tiempos, llena de entusiasmo, como era cuando llegó a Hollywood.

—Voy a hacer el trayecto con usted hasta el Boulevard, y de ahí voy a telefonear a la compañía de seguros para que vengan a buscar el coche.

Sacó una moneda y abonó el viaje, luego prosiguió:

—No he tenido la oportunidad de verlo desde aquel día para agradecerle su gentileza.

Y volviendo a abrir la cartera, sacó un billete de cinco pesos y se lo entregó.

—Otra vez, gracias. Me trajo suerte, mucha suerte. Slim consiguió un puesto de maestro de equitación en el Parque, y yo trabajo ahora como vendedora en la casa Henry.

"Siguiendo su consejo, no traté más de buscar un contrato en el cine. El único contrato que he firmado ha sido con Slim, ¡y ese es para toda la vida!"

FIN

Las grandes historietas de SOGLOW

AVENTURAS DE UN REY











S. M. EL CACIQUE

Enfermo, triste...

(Continuación de la página 61)

ta cubano señor Alberto Gou Cossio. Parecía que las relaciones de los dos jóvenes estaban perfectamente cimentadas, pero la primera mirada del príncipe eliminó de inmediato a Cossio como posible marido de Edelmira.

El encuentro del enfermizo y demasiado mimado príncipe de Asturias y la vibrante y dinámica beldad cubana, constituyó un pequeño drama en sí mismo. El príncipe había ido de Fontainebleau, donde residía con su real familia desterrada, a Lausana, para ingresar a un hospital donde recibiría un tratamiento especial contra la hemofilia.

Y sucedió que Edelmira tenía un amigo enfermo, y que éste también estaba recluído en el referido sanatorio. Así es que nada más natural que Edelmira fuera a visitarlo. Este amigo la presentó a Alfonso de Borbón... El resto todo el mundo lo sabe.

LA LUCHA DEL AMOR

Desde un principio, Edelmira, que es muy decidida, determinó que alguien debía ayudar al príncipe a curarse. Pero en concepto de los expertos médicos que lo atendían, los obstáculos sobre este punto eran poco menos que insuperables. La hemofilia ha sido llamada la maldición de los Hapsburgo debido a que este mal ha atacado a muchos miembros de tal familia, inclusive al hermano menor del príncipe de Asturias, Gonzalo, de diez y ocho años de edad.

La ciencia médica ha estado atacando el mal por muchos años, pero siempre con poco o ningún éxito. Recientemente la doctora C. L. Burch ha hecho diversos experimentos con ciertas secreciones glandulares, los cuales hasta ahora parecen ir por buen camino. Estas secreciones contra la hemofilia se obtienen de los miembros femeninos de la familia de los atacados, ya que el mal sólo es transmitido a los varones de la familia y nunca a las mujeres.

Puede que Edelmira no haya sabido mucho sobre la hemofilia, pero lo que sí sabía era las maravillas que puede llevar a cabo la fuerza de voluntad. Desde los primeros días de su amistad con el príncipe, Edelmira se propuso curarlo con la ayuda de él mismo.

"¡USTED VA A CAMINAR!"

—¡Olvide las muletas! —le ordenó Edelmira imperiosamente, como mujer de gran carácter que es: —Puede apoyarse en mí al caminar. ¡Y usted va a caminar!

También consiguió Edalmira que Alfonso se desembarazara de muchos miembros de su numeroso séquito cuyas solícitas atenciones hacían al príncipe más mal que bien. Así, pues, Edelmira se hizo cargo por completo del bienestar del paciente.

Imagínese mi asombro cuando cierta tarde, al dar un paseo por el parque, me encontré a los dos caminando en dirección opuesta. He conocido al príncipe por espacio de varios años, pero nunca, en el tiempo de nuestra relación, pude siquiera soñar que tal milagro fuera posible. No sé cuál será la explicación científica del mejoramiento del príncipe, pero a mí me basta saber que las fuerzas psíquicas constituyeron en este caso casi una reacción química, y que dieron por resultado este notable fenómeno.

Lo cierto es que el príncipe está ahora en mejores condiciones físicas que en ningún otro tiempo; y que él suele decir con una sonrisa franca y optimista:

—Todo se lo debo a mi hermosa y abnegada esposa.

EL AMOR Y LA NOBLEZA EN CUBA

Antes de que se llevara a cabo este matrimonio, los periódicos de todas partes del mundo se hicieron lenguas alabando o reprobando la conducta del príncipe de Asturias al escoger para esposa una plebeya cubana. El caso, sin embargo, no tiene mucho de particular, a juzgar por los siguientes casos.

Eduardo Guell Rente, poeta cubano, se enamoró de una hija de un noble español. Como él era pobre, ella no tardó en repudiarlo como pretendiente y él juró hacer todavía un mejor matrimonio. Y así fué, en efecto. Andando el tiempo contrajo matrimonio nada menos que con la hermana de la consorte del rey de España, prima en primer grado de la reina Isabel II.

He aquí otro ejemplo: Amelia Hamel, una cubana, se casó con el conde del Aguila, sobrino del rey Francisco de Borbón. Otro Borbón, Francisco de

Borbón-Castellvi, se casó con la hermosa Elena de la Torre Bassave. A la muerte de Elena, Francisco se desposó con otra dama cubana, Felicia de León Balboa.

Sin duda, algunos recordarán aún el matrimonio del general español Madan con la encantadora cubana Francisca de Uriondo; su hija, a su vez, contrajo matrimonio con otro noble español, el duque de Durcal, primo hermano del rey Alfonso XII.

Estas imponentes uniones matrimoniales con individuos de las más orgullosas casas reales de Europa, nos indican que Edelmira no ha establecido precedentes absolutamente nuevos al convertirse en la esposa del príncipe de Asturias, aunque sus móviles en este caso fueron mucho más elevados que los que animaron a sus predecesores en similares empresas.

UNA HISTORIA ROMANTICA

La familia de los Sampedro es, como he dicho antes, rica en tradición romántica. Quizá el ejemplo más palpable de esto fué la fuga de su hermano menor (el más joven de la familia) con una joven todavía de más corta edad que él mismo. El hecho fué bien ocultado en aquella época, pero por personas allegadas a los Sampedro pude saber que el pícaro mozalbete y su novia se habían ya casado cuando los familiares de ambos pudieron echarles el guante. Ocioso es decir que aquel matrimonio "a toda máquina" fué anulado inmediatamente y que los dos precoces protagonistas fueron devueltos al seno de sus respectivas familias.

Cuando los Sampedro vinieron a Cuba, ellos mismos lo confiesan francamente, no eran millonarios. Sin embargo, poco después el señor Sampedro estableció un almacén de ventas al por mayor, y más tarde se dedicó al más lucrativo negocio de la caña de azúcar. A su muerte dejaba una fortuna de un millón de dólares.

Hace unos cuantos días volví a encontrarme en el parque con el príncipe y Edelmira. El príncipe se mostraba más atlético que nunca; sus finas facciones estaban bronceadas por el sol. Andaba no sólo sin dificultad, sino que también sin la ayuda del brazo protector de su esposa. Y no pude menos que reflexionar sobre el milagro que se había operado gracias a la fe ciega de una mujer, que había hecho un hombre hecho y derecho del príncipe a quien la ciencia había desahuciado.

LA RECONCILIACION CON DON ALFONSO

Antes de finalizar estas líneas, conviene decir que la enemistad surgida entre el ex rey de España y su hijo a raíz del matrimonio acaba de ser resuelta. Don Alfonso se ha acercado a su primogénito y han sido tales su sorpresa y su satisfacción al verlo rozagante, feliz, que le ha perdonado su amor por la "plebeya" Edelmira.

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

"*Revista de Estadística Municipal*. Publicación mensual. Volumen conteniendo los números de enero a diciembre de 1932. Buenos Aires.

"*Internacionalismo y patria*", por Juan B. Justo. Editorial "La Vanguardia". Buenos Aires, 1933.

"*Democracia y socialismo*, por Carlos Sánchez Viamonte. Volumen de 130 páginas. Colección "Claridad". Buenos Aires, 1933.

"*Obligaciones del martillero público*", por Julio A. Quesada. Legislación, jurisprudencia, usos y costumbres, sistemas de remates, precedentes gremiales, derecho comercial, ética profesional, aranceles, etc., etc. Volumen de 220 páginas. Ferrari Hermanos, Buenos Aires.



CHARLAS FEMENINAS

Por *MESEC TUBAT*

EVITA TU LAMENTO

Si lloras, no lograrás nada... Si te lamentas, no triunfarás nunca. El llanto disminuye a quien le derrama. Si sufres de amor, vale más que te alces y no te encojas bajo un sollozo. Porque al amor le desagrada la tragedia triste que implora... El amor prefiere a quien es altivo e imperioso. La amistad, con ser tan noble, generosa y desinteresada, huye también de aquel que se lamenta o mendiga. Le complace el compañerismo alegre. Más son las ocasiones en que la vemos inseparables a los amigos en las horas dichosas, que juntarlos si uno de ellos va herido de dolor. Luego, no lo olvides; si te ven triste se apenarán los que te aman... y se alegrarán mucho, pero mucho los que no te aman. No les des, pues, tal placer al enemigo ni tal pesar al amigo.

Aunque tengas motivos de tristeza muéstrate alegre, que esa es una forma de altivez y de orgullo insuperable.

Hay un proverbio chino que dice: "Ríe siempre delante de tus conocidos; vale más que tengan envidia de tus supuestas dichas, que piedad de tus verdaderas amarguras."

RECUERDO

Mis penas y mis desengaños tuvieron garras, alegría y goces, tuvieron alas; por eso, estas últimas fueron fugaces y pasaron rozándome apenas; en cambio, las penas y los dolores hincáronme sus garras y se afirmaron por siempre en mi corazón... Tu recuerdo, como mis tristezas, tiene garras también. Duélenme los labios que tú besaste, el pecho que oprimiste contra el tuyo, las manos que acariciaste, los pies que marcharon a tu encuentro.

Mi frente, por donde tu recuerdo pasa, es un vivo y un constante dolor...

¡Cuánto daño me has hecho! Y con todo, ¡bendito sea el dolor por venir de ti! ¡Quizá eres el gran recuerdo de mi vida, y quizá la vida me quedaría vacía si quisiera arrancarte de mí!... Quizá quedaría vacía, si sólo pretendiera guardar dulces recuerdos, tan escasos siempre en la vida de los hombres...

Aunque seas dolor, quiero guardarte, gran recuerdo mío, que has llenado de sol y de sombras mi existencia..., recuerdo ardiente de mi hondo amor, que has tenido tanto de gloria y tanto de infierno... ¡Bien te mereces una oración..., bien te has ganado una maldición!...

TODOS SOMOS IGUALES

No seas envalentonado ni orgulloso, porque todos somos iguales, ricos y pobres, grandes y pequeños; lo único que nos diferencia a los unos de los otros, es la inteligencia y el saber; si quieres ser superior, cultiva tu espíritu y trata con cariño a los que, en la ignorancia, queden inferiores a ti.

Sé indulgente, sé dulce y ten piedad para aquella que no pudieron o no quisieron llegar hasta donde tú has llegado.

Ni el dinero ni el frac te separan nunca del miserable o del operario que lleva blusa, sólo el saber divide las clases. Sé culto, aprende, estudia, lee y escribe mucho, que ese el el camino de la sabiduría y de la independencia.

SABER PERDER

No todos poseen la elegancia de saber perder, como no todos tienen la elegancia de dar. Son cosas verdaderamente difíciles. El que da debe dar con una naturalidad exagerada, y, rápidamente, otorgando el favor sin reflexionarlo, y saber no recordarlo nunca; dar para deprimir, mejor es no dar.

El que pierde debe hacerlo con una sonrisa en los labios; sin articular palabras demasiado importantes, como si no le causara la pérdida ningún desgarrón, aunque le esté sangrando el corazón y los intereses sufran un vuelco. Perder en el amor, y mostrarse vencido, no es sólo una inelegancia, sino que es también demostrarse en situación deprimente y disminuída.

La vida es una guerra continuada; hoy le ganamos una batalla y mañana ella nos gana otra; a mí hace muchos años que la vida me gana las batallas. ¡Pobre vida, aún no le he dado los derechos de vencedora; la peleo, a veces de frente, a veces de perfil, no pocas a traición y por la espalda; pero ella es más fuerte que yo; me gana siempre..., pero yo me río...; y ella, la pobre, no puede reírse, está tan fatigada de tanto vencerme! Estoy segura de que íntimamente me reconoce la elegancia de saber perder...

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA



—*¿Está completo el pasaje, don Giácomo?*

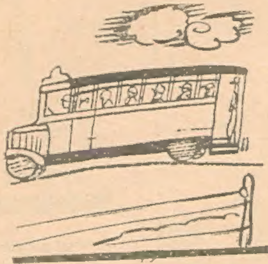
—Completo. Puede ordenar, cuando guste, la salida.

—*¿Ahora mismo?*

—Perfectamente.

● ● ●

"Me han contado — empieza don Giácomo — que se fueron en queja al gobernador de la provincia los concesionarios de una línea de ómnibus que salen de Ramos Mejía hacia el Oeste, porque resulta que se les prohibe levantar y dejar pasajeros en dos localidades de tránsito, y cuando se ordenó la consiguiente investigación para esclarecer esta resolución y se entraron a averiguar las razones en que se fundaba, apareció la "muñeca" de un diputado nacional, que era quien, en resumidas de cuentas, obraba "de guapo" en la emergencia, de modo que las cosas quedaron como estaban, porque en definitiva la política "tiene sinrazones que la razón no alcanza". Y hasta creo que se les dió a comprender a los quejosos que no era prudente exponerse a nuevas formas de persecución, insistiendo en las denuncias.



● ● ●



"Hablando de otra cosa. Usted sabe que a la ANA le ha salido una rival que se llama ADA. El animador de Ada, según tengo entendido, es un adinerado caballero que está ansioso por desempeñar algún papel de importancia en el radicalismo. Es un hombre de mundo, simpático, mano abierta y emprendedor, de quien se dice que se gastó unos cuantos miles de pesos, costeando pasajes para las delegaciones que vinieron del interior al entierro de Yrigoyen. Sin embargo, en la última elección de convencionales, no logró reunir más de un sufragio para sí, y cuando se procedió a la lectura del escrutinio, ese solo sufragio provocó una silbatina tal, que desde ese momento nadie se acuerda de este caballero, si no es para comentar su impopularidad. ¡Vea usted lo que se consigue con ciertos sacrificios!"

● ● ●

—*Con todo, en estos momentos el dinero hace mucha fuerza.*

—Usted lo ha dicho, don Mandinga. La gente desalojada el 6 de septiembre está con la soga al cuello. Usted no creerá lo que voy a contarle. Hace poco se propuso fijar una cuota mínima de dos pesos para cada uno de los convencionales que acababan de ser elegidos. Cuatrocientos convencionales, a dos pesos por cabeza, eran, por lo menos, ochocientos pesos. Bueno, ¡ni eso!... Se deliberó, se gritó, y se rechazó la moción. Que cada uno dé lo que pueda y... asunto concluído. Hay quien no puede aportar ni veinte centavos, porque los necesita para cigarrillos. Por otra parte, los que antes podían están cansados de arrimar el hombro. Y quien me refería esta situación de indigencia comentaba las cosas así: "¿Con qué plata quiere que conspiremos? ¿Quién se va a aventurar a nada si sabe que en el caso de fracasar una tentativa no hay apoyo ni auxilio posible? ¿No ve que se cae de maduro, que la necesidad nos ahoga?..."

● ● ●

"Hablando de cierto magistrado — sigue diciéndome don Giácomo — que expresó en una resolución su censura para los abogados que tomaban la defensa de ciertos individuos procesados por sus ideas contrarias a la patria y a la religión, oí en un círculo de personas bien informadas que "hay resoluciones que se condensan solas". Parece que el tal magistrado cae con frecuencia en la debilidad de deformar sus atribuciones complicándose innecesariamente la existencia, y que en este caso, como en tantos otros, la cámara revocará su resolución. La charla se hizo apasionante, con la intervención de un senador nacional, que contó algunas menudencias muy sabrosas de los procedimientos habituales de que se vale un ministro del Ejecutivo para seguir haciendo funcionarios judiciales mediante su influencia, pues, como se sabe, en rigor es el ministro de Justicia quien debería proveer las vacantes que se produjeran en el tribunal y no el otro de que hablaban.



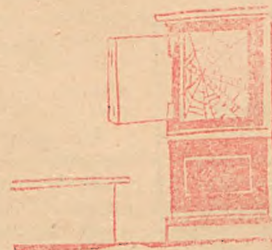
● ● ●

"Y ahora anote, don Mandinga, lo que voy a contarle. A los tres días de asumir el vice la presidencia, un legislador concordancista, en combinación con el subsecretario de un ministerio quiso madrugarlo, consiguiendo que le llevaran a la firma un decreto que, según él, el general debía haber firmado a último momento, pero, por lo visto, Roquita, que no vive dormido, halló el modo de aplazar la cosa, observando la redacción de aquél, y pudo entretanto cerciorarse que se trataba de una "mula flaca", haciéndole entonces decir al subsecretario que la tuviera "a pesebre" hasta el regreso de Justo. ¡Estos concordancistas son tipos de una atropellada que hay que ver, compañero!...



● ● ●

"Parece que la desaparición del doctor De Tomaso — concluye don Giácomo—ha sumido en tremendas cavilaciones financieras al partido. No sé si usted sabe que los legisladores de este sector no aportan de su dieta la contribución que es de práctica entre los socialistas, de modo que la caja partidaria se dice que está exhausta, y que el único que era capaz de soluciones afortunadas en estos trances era el ex ministro fallecido. Por lo demás, entre los dirigentes hay algunos que son hasta rehacios a cualquier sacrificio, partiendo de la base de que no tienen ninguna o tienen muy poca chance electoral, por lo menos dentro del actual sistema de la lista incompleta, y frente a la competencia demócrata. Conque, vea usted, hasta dónde sigue siendo todavía cierto en nuestro país aquello de que "los partidos son los hombres..."



Se non é vero...

En momentos de agudo nacionalismo no deja de resultar cómicamente contradictorio que un periodista extranjero haya conseguido, según se asegura, una representación consular en Europa, sobre todo conociéndose, como se conoce, la lista de "pretendientes" criollos que aspiran a "colaborar" desde el exterior con el gobierno.

● ●

Se sabe que hay un gobernador de provincia que cuando se ausenta de la sede de sus funciones, en lugar de delegar el mando en el vice, deja al hermano al frente de su despacho, no precisamente para que lo reemplace, sino para que lo consulte, lo cual es bien distinto.

● ●

Una circunstancia casual hizo que días pasados se conociera el revuelo que en una asociación del magisterio había producido el desplazamiento de cierto rector de colegio nacional, nombrado por el gobierno de Uriburu, pues hubo un inspector comisionado para hacerle sentir al ministro el desagrado consiguiente, y ese inspector se negó terminantemente a desempeñar ese impolítico cometido.

Por

El Viejo Mandinga

DE LA VIDA

El arte de la vida consiste en hacer de la vida una obra de arte.

Valtour.

● ●

Por buena tiene esta vida quien no la conoce.

Tácito.

● ●

No pidáis a Dios ni un día más ni un sufrimiento menos.

Madame Iwetchine.

● ●

Esta vida no es sino un tiem- de prueba para corregirnos y purificarnos. Cuando ya no tengamos que sufrir, tampoco tendremos que vivir, así como sale del hospital el que ya está curado.

Fenelón.



—A ese tipo no lo comprendo. Entró en la Legión Extranjera para tratar de olvidar algo que lo apenaba, y ahora no recuerda lo que es.

(De "Saturday Evenning Post", N. York.)

GALANTERIA

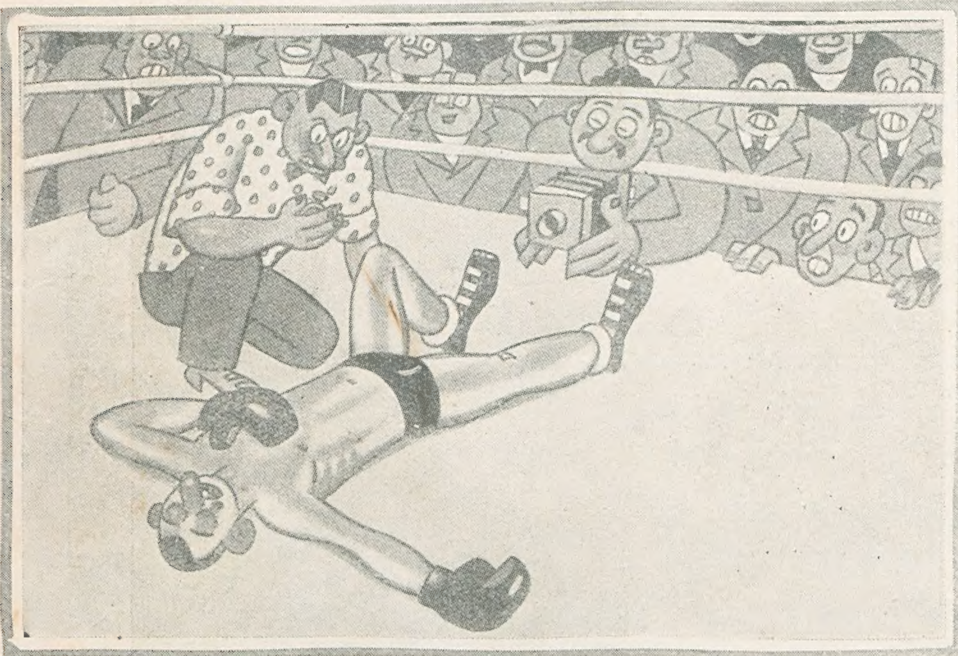
Una mañana en que el barón de Rothschild estaba absorbido en sus cálculos, su criado le anunció, desde el umbral, la visita de un duque.

—Señor — dijo el financista al aludido duque, sin interrumpir su trabajo:—Tenga a bien tomar asiento.

—Pero . . . — exclamó el duque, escandalizado de la acogida. — Soy el duque de X . . .

—Entonces sírvase usted tomar dos asientos.

SALPICON



—¡Quieto; un momento!

(De "Estampa", Madrid)

BUEN NEGOCIO

Courteline comía en casa de Pierre Wolff. Era en invierno y hacía un tiempo de perros. En el momento de irse, Wolff vió que su amigo no tenía sobretodo.

—¿No llevas abrigo? . . . ¿Y con este frío?

—Me lo han robado.

—¿Quieres que te preste uno?

Courteline refunfuñó:

—No. Soy enemigo de los préstamos.

—Entonces te lo doy — replicó Wolff sonriendo.

—No acepto limosnas.

—Entonces te lo vendo.

—¿En cuánto?

—En diez francos.

—Trato hecho.

Le dió los diez francos a Wolff, se puso el sobretodo, y salió diciendo al amigo que le acompañaba:

—No creo haber hecho un mal negocio.

EL PERDON

Todo depende de un principio invisible y de ahí nace nuestra indulgencia. No podemos librarnos de perdonar, y cuando la muerte, la gran reconciliadora, pasa, ¿quién de nosotros no cae de rodillas y hace en silencio sobre el alma que descansa, el gesto del perdón?

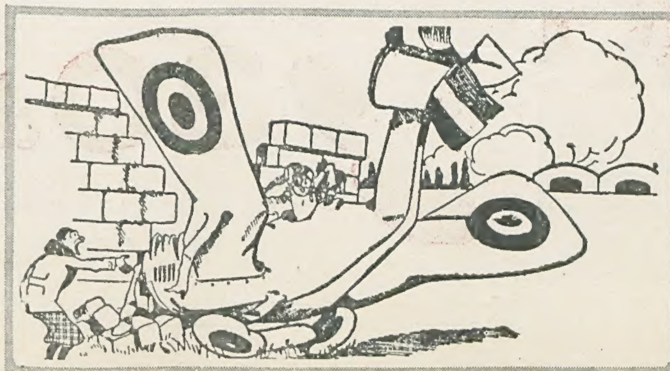
Si acabo de inclinarme sobre el inmóvil cuerpo de mi peor enemigo, ¿creéis que al mirar los pálidos labios que me calumniaron, los ojos apagados que hicieron llorar a los míos y aquellas frías manos que tal vez me hubiesen torturado, pienso todavía en la venganza? Todo fué de paso pagado por la muerte.

El alma nada me debe, e instintivamente la pongo por encima de los delitos más crueles y de las faltas más graves.

¡Cuán admirable y significativo es ese instinto!

Y si lamento alguna cosa, no es poder hacer sufrir a mi vez, sino quizá el no haber amado lo suficiente o perdonado antes . . .

Mauricio Maeterlinck.



—Pero, hombre, ¿no ha visto usted la pared?
El alumno aviador. — Sí; pero ha sido más fuerte que yo la atracción. He hecho la guerra en el servicio de tanques.

(De "Le Rire", París)









Desesperación de amor.

(De "Berlingske Tidende", Copenhague)

CUENTO JUDIO

Rebeca, la linda y acaudalada hija del banquero Meyer, se fuga con su novio.

Al día siguiente, el citado padre comparece ante los tribunales y denuncia al novio de su hija, por robo.

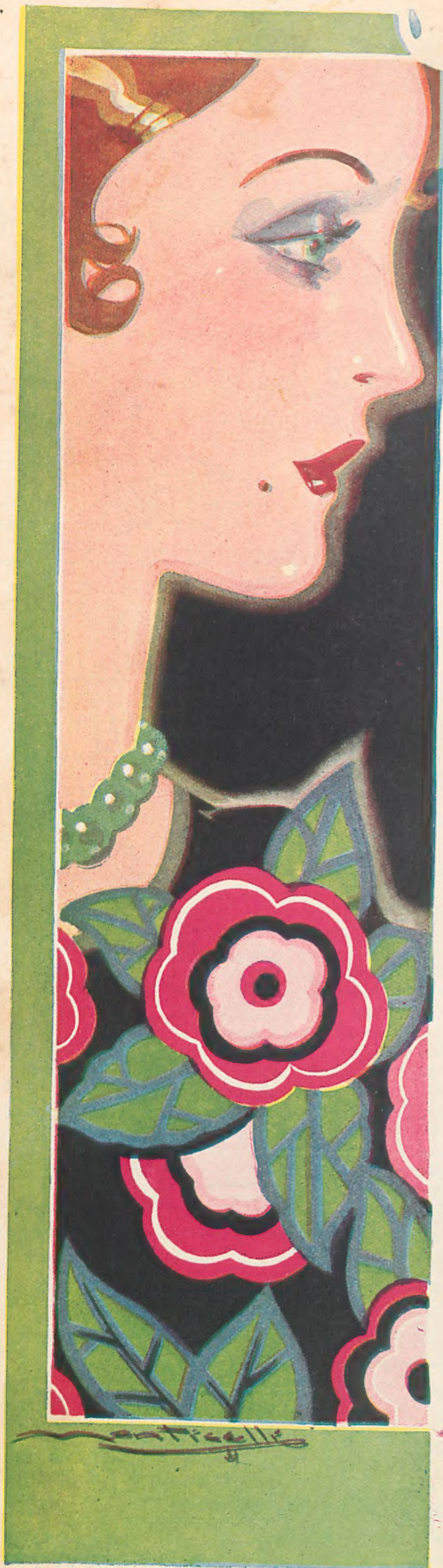
—Querrá usted decir por rapto — le corrige el comisario de policía.

—No; no, señor: por robo.

—¿Cómo por robo?

—¡Sí, por robo, por robo!... ¡Se han fugado en un magnífico 40 HP que acababa de adquirir!

Geniol
QUITA EL DOLOR



DOLOR DE CABEZA...

CALMA, ENTONA, DESCONGESTIONA

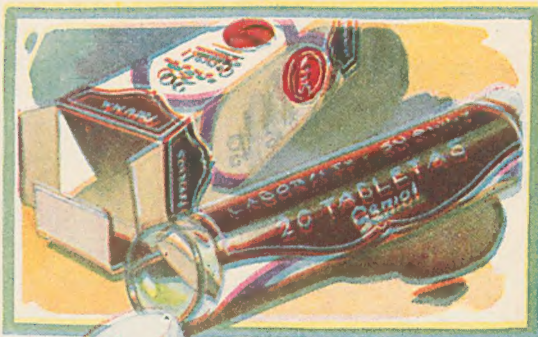
Señora:

líbrese de los dolores tomando durante sus períodos

Geniol
QUITA EL DOLOR
DA BUEN HUMOR

el calmante universal de la triple fórmula.

Una juvenil sonrisa brillará en su rostro en sustitución del agrio gesto del dolor, que desde el principio el Geniol domina, dando a su espíritu, la frescura y lucidez de sus mejores días.





30 cts.

EL LIBRITO
DE 4 DOSIS



IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA., S. A.